

VICENTE SAENZ

COSAS
Y
HOMBRES DE EUROPA

(Apuntes, opiniones y comentarios
de varias fechas)

EDICIONES LIBERACION
MEXICO, D. F.
1942

CINCO ERRATAS DE GRAN BULTO, AJENAS POR COMPLETO
AL AUTOR Y AL ORIGINAL

Página 135. — Ininteligible el cuarto párrafo, por haberse extraviado dos líneas.

Página 144, línea 26. — A Metternich le pusieron Matternich.

Página 151. — ¡El título! Refacción mundial en apoyo del Soviet, debiendo ser:
Reacción mundial, etc.

Página 178, línea 25. — Truncaron a Halifax, suprimiéndole las últimas cinco letras
de su apellido.

Página 184, línea 10. — Donde dice: Mientras cosas tan lamentables, debe decir:
Mientras hechos tan lamentables, etc.

A don Tomás Soley Güell, alto valor del
pensamiento hispanoamericano, con mi saludo
muy leal y afectuoso.

(Pánuco 194 - 2)

Vicente Sáenz,
México, D.F., 3 de
noviembre de 1942.

COSAS Y HOMBRES DE EUROPA

VICENTE SAENZ

LIBROS Y FOLLETOS PUBLICADOS

- Actitud del Gobierno de Washington
hacia las repúblicas centroamericanas
(Inglés y castellano)
- Traidores y déspotas de Centro América
El Canal de Nicaragua
(Inglés y castellano)
- Intervención de los Estados Unidos
en Centro América
(Inglés y castellano)
- Cartas a Morazán
Norteamericanización
de Centro América
Rompiendo Cadenas
- España en sus gloriosas jornadas
de julio y agosto de 1936
(Castellano y ruso)
- España Heroica
El resplandor de España
(Inglés y castellano)
- Palabras del Presidente
de la República Española
(Castellano, inglés y francés)
- La Doctrina de Monroe
frente a los nazis en América
- Guión de Historia Contemporánea
Cosas y hombres de Europa

POR PUBLICARSE

- Lecturas hispanoamericanas
Siete ensayos y un epílogo
Por qué tuve que disparar
El crimen contra España
(Continuación de "España Heroica")
- Penetración nazifascista en algunas
repúblicas hispanoamericanas

E. 197

VICENTE SAENZ

COSAS
Y
HOMBRES DE EUROPA

(Apuntes, opiniones y comentarios
de varias fechas.)

EDICIONES LIBERACION
MEXICO, D. F.
1942

VICENTIBENZ


COAS

Hecho el depósito y reservados todos los derechos del autor, de acuerdo con la ley.
México, D. F.
Septiembre de 1942.

HOMBRES DE EUROPA

Agencia de distribución

EDICIONES LERANON
MEXICO D.F.
1942



PORTADA

QUE un hispanoamericano abordase temas europeos —y valga también este proemio para mi reciente “Guion de Historia Contemporánea”—, sólo era posible hacerlo en sinfonía mayor de admiración y ditirambo.

¡Europa! ¡Europa!

¿Y lo nuestro?

¡Complejo de inferioridad!

Nunca mirábamos hacia nosotros mismos, sino para subestimarnos.

Siempre lo de Berlín o lo de Hamburgo, lo de París o lo de Viena —hombres, ideas y mercancías— era mejor.

Y no han faltado “*intelectuales puros*” —o *impuros*—, criollos o mestizos, hurgando hasta en lo íntimo de nuestros más altos valores, sin tomar en cuenta méritos ni virtudes, para empañar la memoria de estos o de aquellos próceres, restándole a la juventud de hoy los símbolos que tanto necesita.

Así hemos llegado a 1942.

Así hemos visto desfilar en el continente superculto, y en las islas del vecindario, a figuras que por ínfimas o por mediocres no soportaríamos, posiblemente, en nuestras denigradas repúblicas hispanoamericanas:

Chamberlain, Pétain, Darlan, Laval, Hacha, Antonescu, Halifax, el pequeñín antiespañol llamado Franco, Quisling, Daladier, Bonnet.

¡Tantos otros segundones del crimen y de la barbarie, ante los cuales, ciertamente, no habrá de caer nadie boquiabierto en este lado del mar!

Bien sabemos que aún dominan en nuestro medio, acá o allá, gobernantes atrabiliarios, con fusta de capataz, que no son, ni nunca pudieron serlo, ejemplo de democracia o modelo de sabiduría. Bien lo sabemos y lo deploramos.

¡Désptotas de altura o de bajura! ¡Tiranos o tiranoides, pues, y fe-

roces lacayuelos, y numerosos rábulas, y sargentones de inferior ralea, con su corte de protegidos, de secuaces, de políticos serviles, de "ilustres abogados" que rodean y aconsejan a los amos del poder y del machete!

* * *

Pero esos grupos dominantes, esa espuma o como quiera llamárse-la, con muchos títulos y con muchas condecoraciones, que no titubea jamás en vivir de rodillas ante cualquier despotismo o ante cualquier imperialismo; esas minorías aprovechadas y succionadoras, que a través de la Historia siempre han pretendido imponerse a la masa popular, no forman ellas solas el ambiente auténtico de Hispano América, como tampoco se pueden tomar como modelo del ambiente auténtico de Europa los personajes arriba mencionados.

¿Por qué, entonces, el menguado afán de criticarnos y de menospreciarnos?

¿Acaso no tenemos a Bolívar, Hidalgo, Morelos, San Martín, O'Higgins, Sucre, Artigas, Valle, Morazán, Sarmiento, Bello, Alberdi, Montalvo, Juárez, Altamirano, Hostos, Cuervo, de la Luz y Caballero, Maceo, José Martí, Rodó, Madero, Carranza, Varona, libertadores, pensadores, maestros, poetas, artistas, centenares de hombres —¡hombres en su más honda acepción!— que no fueron nunca partidarios del salvajismo ni de la esclavitud?

Ellos son América, como el Amazonas y como el Tequendama.

Como el Orinoco y como el Magdalena.

Como el Chimborazo y como el Ixtlaccihuatl.

Como el Aconcagua y el Pico de Orizaba.

Como los llaneros tropicales, y los gauchos argentinos, y las huestes victoriosas de Carabobo, Junín y Ayacucho.

Y como el "Facundo", y como "Doña Bárbara", y como "La Vorágine", y como el "Ariel", y como las "Catilinarias", e incluso como la romántica "María" de Jorge Isaacs, que tantas lágrimas hizo derramar a nuestras abuelas suspiradoras, de discreto escote y amplio miriñaque, mal llamado crinolina.

* * *

Muchos son nuestros defectos, grandes nuestros errores, crueles y codiciosas, como en el resto del planeta, nuestras castas privilegiadas.

Mas nada de eso les da color a las repúblicas iberoamericanas. Es decir, a la entraña popular de Hispano América.

Lo que nos da color, lo que forma nuestro "clima", poco tendría que ver, en todo caso, con lo que actualmente caracteriza al viejo mundo:

Bombardeo constante de ciudades abiertas.

Asesinato en masa de mujeres y de niños.

Persecución racial como nunca se había visto.

Fusilamiento nazi de rehenes.

Fogatas en donde se consumen las mejores obras científicas y literarias del ingenio humano.

Un salto atrás, de muchos siglos, que al hombre civilizado lo pone en el trance inevitable de tomar las armas para repeler el ataque de la bestia.

Sonreirán los sabihondos con la explicación científica en los labios, en tanto que mascullan:

"Etapas muy diferentes de desarrollo político, social y económico. El escenario es otro. La realidad del antiguo continente y la realidad del nuevo mundo son, sin duda, bien distintas. América y Europa, el feudo y la industria en su más avanzado desenvolvimiento, el imperalismo de las grandes potencias y la etapa semicolonial o agraria, no pueden compararse".

¡Claro que no pueden compararse, sobre todo si lo que viene a resultar de tan avanzado desarrollo es lo que está presenciando el siglo veinte!

¡Acaso nos ayude el paralelo, hoy y mañana, de manera que sientan nuestros pueblos, —desde el punto de vista humano— que no hay razón ninguna para que sigan caminando y tropezando en la Historia con la cabeza baja!

Por eso mismo, por la "diferencia de civilizaciones", acá no padecemos, como en la ribera opuesta del Atlántico, la locura del dominio universal, ni el ansia de ningún gobierno hispanoamericano por sojuzgar a sus vecinos, ni la aberración teutónica del racismo, ni gregarias idolatrías por pintores mesiánicos de brocha gorda.

* * *

Veamos, desde luego, hacia Europa.

Hacia la parte de Europa que lucha contra la barbarie y señala nuevos derroteros a la humanidad.

*Hacia la Europa que fué madre y emporio de tantas civilizaciones.
Hacia la castigada y torturada Europa de hoy, envuelta en llamas.
Hacia la Francia del General de Gaulle.*

Hacia los demócratas ingleses, adversarios de los "torics" y de Munich.

Hacia la honda España verdadera, que nos dió la eternidad de su cultura.

Y hacia el pueblo ruso, que con heroicidad inenarrable se enfrenta a la invasión tudesca.

* * *

¿Hacia España, cuando "el Africa comienza al sur de los Pirineos"?

Sí. Hacia España, que es lo nuestro; y que en treinta y dos meses de epopeya nos hizo recordar que también nuestros más altos valores eran ayer, y hoy lo siguen siendo, un producto gloriosísimo del sur de los Pirineos.

¿Hacia Rusia? ¿Pues no se tildaba de asiáticos a los rusos, con tanto desdén como a las razas sojuzgadas de la India, y como a los chinos del victorioso Chiang Kai-Shek?

Sí. Hacia Rusia, que por no tenerle miedo al fantasma comunista, ha sido más fuerte que los Estados de plutocrática civilización —¡civilización occidental!— para ir aplastando, con su vigor y con su empuje, a las hordas sueltas de la cruz gamada.

Pero veamos también hacia nosotros mismos.

Hacia lo propio.

Hacia lo que hemos vivido y estamos viviendo.

Hacia lo profundamente americano, con la figura de nuestros valores ejemplares ante los ojos.

Tal es el objeto de los apuntes de este libro, tomados por un hispanoamericano que pudo palpar de cerca la realidad de Europa, y que hoy se siente más unido que nunca a la realidad de Hispano América.

Vicente Sáenz.

México, D. F., agosto de 1942.

CHAMBERLAIN Y EL APACIGUAMIENTO

A los trece meses y dos días de haber estallado en Europa la segunda guerra mundial, el 3 de octubre de 1940, tuvo Neville Chamberlain —¡por fin!— la buena idea de renunciar a su doble posición de Jefe del Partido Conservador Inglés y de Lord Presidente del Consejo de Ministros de la Gran Bretaña.

Winston Churchill, nuevo Jefe del Gobierno, al aceptar sin demora tan deseada y esperada renuncia, creyó oportuno dar las gracias al fracasado político del apaciguamiento por sus servicios al Imperio, deseándole que, restablecidas sus fuerzas, “pudiese disfrutar de muchos y de mejores días”.

Ciertamente que no tendrían igual deseo —para el anacrónico estadista del paraguas y del alto cuello duro de mariposa— los abisinios, ni los chinos que aún se enfrentan al Japón, ni los españoles leales, ni los checoslovacos, ni los demás combatientes antifascistas —patriotas, ni más ni menos— cuyas tradiciones, cuya bandera y cuya tierra fueron entregadas por Chamberlain a la voracidad de los totalitarios, creyendo así salvar las colonias británicas y los intereses clasistas de la plutocracia inglesa.

Porque esa, fué, en resumen, la llamada política de realidades o de apaciguamiento: aprobar los hechos consumados por Hitler y por Mussolini, no importa cómo los hubieren consumado; o disponer, con británica flema, de pueblos y de territorios ajenos, entregándolos atados de pies y manos al Eje Roma-Berlín, en tal forma que la barbarie de los agresores no siguiera pregonando necesidades apremiantes de “espacio vital”.

* * *

Anunció Chamberlain su extraordinaria diplomacia en los primeros meses de 1938, después de un discurso fulminante del amo y señor de los tudescos, contra la política exterior inglesa.

Se asustaron en Londres y cayó por el suelo el Ministro de Rela-

ciones Exteriores, Anthony Eden, tomando esa Cartera sobre sí el propio Chamberlain, Jefe a la sazón del Gobierno, con el redomado hiltlerista Halifax en papel de consejero.

Anunció entonces el gran apaciguador, instrumento además de la City de Londres, que haría desde ese momento su "política de realidades". Y tendió sus largos brazos al Fuehrer y al Duce.

Con cálidos elogios y con amable sonrisa ofrecieronle amistad —mirando hacia Moscou— ambos dictadores. Pero a las pocas semanas, el 14 de marzo, entró Hitler en Viena y se apoderó del territorio y de los habitantes de Austria.

No pudo reprimirse Chamberlain: "¿Va eso contra Inglaterra?" Le contestó Hitler que con dejar tranquilo al Reich en Austria, sobraba para los germanos "espacio vital". Y que el Eje sería entonces más fuerte en su lucha contra el comunismo.

Quedaron satisfechos Chamberlain y sus acólitos, agradecidos los lores y emocionada la City, por aquello de la lucha contra el comunismo. Y en prueba de sagaz inteligencia reconoció el Gobierno británico, con rapidez inusitada, la legitimidad de cuanto el Reich había hecho y estaba haciendo en territorio austríaco.

* * *

Arreglado así lo de Alemania, reconocida oficialmente por Inglaterra la anexión nazi del Austria, había que darle gusto también a Mussolini para poner fin a la guerra de invasión de España. Comenzó de allí a esbozarse el acuerdo angloitaliano del Mediterráneo, firmado sobre la marcha el 16 de abril de 1938.

Mussolini obtuvo de Chamberlain que reconociera la conquista de Etiopía, y que el Gobierno inglés liberara a los miembros de la Sociedad de las Naciones del solemne convenio, anteriormente suscrito, de no reconocer la soberanía de Roma sobre Abisinia.

El Duce, por su parte, estuvo de acuerdo en retirar de España sus "voluntarios" y su material de guerra —confesando implícitamente que había violado el pacto de neutralidad—, pero "una vez terminada la guerra civil con el triunfo del General Francisco Franco y Bahamonde". Es decir, cuando las armas italogermanas tuviesen asegurada la victoria de los insurrectos.

Chamberlain arrugó el ceño: “¿Va eso contra Inglaterra o contra Francia”? Le hizo saber el Duce que con dejar tranquila a Italia en Etiopía, sobraba para los italianos “espacio vital”. Y que vencidos “los rojos españoles”, el Eje, Inglaterra y Francia, serían entonces más fuertes en su lucha contra el comunismo.

Satisfecho quedó Chamberlain, como en el caso de Austria; agradecidos se mostraron otra vez los lores; y de alegría se estremecieron las damas y los estirados caballeros de la Corte, por aquello de la lucha contra el comunismo. Era tan grato lo antibolchevique para la plutocracia internacional, que el soplo londinense de alegría atravesó el Canal de la Mancha, emocionando también al Gobierno “radicalsocia- lista” de París.

Cuarenta y ocho horas habían pasado desde que se firmó el convenio angloitaliano; cuarenta y ocho horas escasas, cuando Francia, el 18 de abril de 1938, pidió por merced a Mussolini que celebrase con los franceses un tratado similar al de Inglaterra. En esa forma podría enviar el Quay d'Orsay un nuevo embajador ante “Vittorio Emmanuele, Re d'Italia —desde luego— y Emperador augusto de Abisinia”.

* * *

Ya los apaciguadores estaban disponiendo de Etiopía como de cosa propia. Ya estaban negociando, asimismo, el porvenir de España, dando por segura la victoria “anticomunista”. Ya estaban, por añadidura, en tratos con el Japón, para dejarle en propiedad la parte conquistada de la China del norte.

Pero iba muy de prisa el caballero Chamberlain, con los franceses miopes o entreguistas a la zaga. Los ejércitos chinos continuarían deteniendo al Japón en las trincheras. Y España habría de seguir combatiendo al enemigo hasta febrero de 1939, en memoria por lo menos del millón de seres humanos sacrificados en su territorio por la barbarie nazifascista, en complicidad con las llamadas democracias.

Más de prisa que Chamberlain, sin embargo, iban Hitler y Mussolini en su desenfadada carrera de conquistas y de agresiones. Ese mismo año, durante el mes de septiembre, le plantearon al apaciguador el caso de la región de los sudetas en Checcoeslovaquia.

¡Viajes de Chamberlain, en aeroplano, a territorio alemán! ¡Conferencias con el Fuehrer! ¡Conferencias con Daladier para seguir “defendiéndose del comunismo”, mediante la vil entrega de los checos! ¡Y acaeció entonces la ignominia de Munich!

Lo demás es muy reciente para repetirlo. Nuevas agresiones totalitarias en busca de más “espacio vital”. Polonia. Fracaso del apaciguamiento. La nueva guerra que desataron al fin los agresores, cuando ya Francia estaba rodeada; y cuando Londres y París, por la actitud de Chamberlain, habían perdido la oportunidad del apoyo de Rusia, ofrecido insistentemente por Litvinov, antes de la entrega de Checoslovaquia y del derrumbamiento total de la República Española.

TOTALITARIAMENTE SERAN TRATADOS LOS TOTALITARIOS

LO que todavía queda de mundo civilizado, en esta época de barbarie y de general desquiciamiento, parece adoptar por fin la fórmula de que a los totalitarios se les debe tratar totalitariamente. Así se abate y se posterga, de una vez por todas, la política del apaciguamiento, que sólo ha servido para fortalecer a las potencias agresoras en el viejo mundo y en el extremo opuesto del Pacífico.

El ilustre escritor inglés, H. G. Wells, en una entrevista con los representantes de la prensa norteamericana, condenó enérgicamente a determinados funcionarios de su patria, quienes todavía creen posible "apaciguar" a Hitler y a Mussolini. Muy especialmente se refirió Wells al conocido nazifascista Lord Halifax, famoso segundón de Chamberlain.

Otros personajes de Inglaterra, de mal o bien ganado prestigio como pensadores, literatos, políticos o líderes obreros, no han tenido inconveniente en declarar que el único lenguaje, propio para los nazis, es el de la fuerza; y que en ese lenguaje les seguirán hablando, hasta obtener el triunfo de la libertad y la derrota de las dictaduras.

El Presidente Roosevelt, por su parte, en el clarísimo discurso que pronunció el 12 de octubre de 1940, aniversario del descubrimiento de América, dijo frases tan rotundas como las siguientes:

—“Las repúblicas americanas están determinadas a luchar por la paz, exactamente como dentro de la paz obramos por defendernos de cualquier ataque. Advertido de antemano este país, por las frecuentes agresiones de los dictadores contra los pueblos libres, ha resuelto adiestrar a sus hombres, emprendiendo la formación de una marina, de un ejército de tierra y de una fuerza aérea suficientes para defender todas las costas de América, contra cualquier nación o combinación de naciones poderosas y hostiles”.

—“Los americanos no nos dejaremos llevar por amenazas para seguir los caminos que los dictadores quieran señalarnos. Continuaremos

amontonando nuestros medios de defensa y nuestros armamentos. Continuaremos ayudando a los pueblos libres, que luchan por cerrar el paso a los enemigos de la democracia”.

—“Lecciones bien duras aprendimos en los últimos años. Sabemos ahora que tratando de apaciguar a los agresores, o negándoles eficaz ayuda a los que están en la brecha, precipitamos el ataque en contra de nosotros. Por eso sostengo que el pueblo de los Estados Unidos, que los pueblos todos de América, deben rechazar la doctrina del apaciguamiento”.

* * *

Es lógico suponer que el Presidente Roosevelt, al recordar las trágicas lecciones recibidas y aprendidas en los últimos años, pensó en el abandono criminal de España por las potencias democráticas, incluso la norteamericana; en el inconcebible pacto de neutralidad de Londres; en el cuadrilátero de Munich; en la entrega de Checoeslovaquia; en todas las debilidades y en todas las complicidades que dieron por resultado la actual conflagración.

En lo que atañe a los japoneses tuvo en mente el señor Roosevelt, no cabe duda, la tremenda responsabilidad que llevan sobre sus hombros —por el continuado sacrificio de China— voraces empresas capitalistas norteamericanas y europeas; las administraciones de Francia y de la Inglaterra de “tories” o de pelucas blancas; todo lo que forma, en suma, la plutoaristocracia internacional.

Esa responsabilidad arranca de 1931, año en que cayeron los japoneses sobre Manchuria; aumenta en julio de 1937, fecha en que fué intensificada la brutal y criminal embestida del Japón contra la República de Sun Yat-Sen y de Chiang Kai-Shek; y se hace todavía mayor tres años después, en julio de 1940, cuando Londres, queriendo apaciguar a Tokio, cerró el camino de Burma para que fuese más fácil al imperio del Sol Naciente el dominio de su víctima.

Pensaría Roosevelt en todo eso; y en Abisinia, bajo la zarpa del ario moreno de Roma; y también, desde luego, pensaría el Presidente de los Estados Unidos en Polonia, en Holanda, en Noruega, en Bélgica, en la Francia descuartizada, escarnecida y humillada de Pétain y de Laval.

Y pensando en semejantes cosas, y observando la realidad del mundo, ha lanzado su requisitoria, su reto a la barbarie nazifascista, no

obstante las amenazas del Fuehrer, del Duce y del Mikado, tratando de atemorizar a Washington; o las promesas de que le dejarían "substanciosas posesiones británicas en el hemisferio occidental", si mantuviese Norteamérica su neutralidad.

A esas amenazas, a esas promesas y al afianzamiento del Eje tripartita totalitario con su alianza político-militar, contestó Roosevelt en la forma ya indicada.

Y pasando de las palabras a los hechos, puesto que Tokio es el enemigo que Berlín y Roma le enfrentan —¡así vino a demostrarse posteriormente!— decidió suspender el Gobierno norteamericano todas las exportaciones de trigo a puertos del amarillo imperio; congeló los créditos nipones en Estados Unidos; y resolvió prohibir, en forma definitiva, que al agresor japonés se le siguiera protegiendo con la gran cantidad de hierro viejo que, durante largos años, sólo sirvió para sostener la guerra de invasión contra los chinos.

Replicó entonces el Japón con advertencias de desafío, tanto a Washington como a Londres, sobre todo al tener noticia de que Inglaterra dispuso abrir nuevamente el camino de Burma. Pero las amenazas no arredraron a Winston Churchill, convencido de que no se podía seguir apaciguando a ningún totalitario, pues apaciguarles era lo mismo que fortalecerles, con daño evidente para los agredidos y para los propios apaciguadores.

* * *

Hacia la misma fecha del discurso del Presidente Roosevelt salió publicada la noticia, en los más autorizados periódicos del continente americano, de que el Gobierno marioneta de Pétain estaba en arreglos para entregar la Guayana francesa a sus señores amos, Adolfo Hitler y Benito Mussolini.

El anciano e infortunado Mariscal, en efecto, pretendía fletar para dicha región varios buques mercantes, tripulados por marinos nazis. Viajarían en esas embarcaciones galogermanas numerosos fanáticos del Fuehrer, decididos a tomar el control de aquella zona y a extender su influencia en las repúblicas centro y sudamericanas.

La consabida región produce gutapercha, azúcar, café, cacao, oro, plata, cobre, hierro y otras materias primas de enorme importancia para los totalitarios. Pero —y he aquí lo estratégico— hay en la Guayana extensas llanuras para campos de aterrizaje, que podrían servir como centros de ofensiva sobre el Canal de Panamá.

Es fácil comprender, entonces, a qué se debe la actitud resuelta del Gobierno norteamericano. Y estaremos todos de acuerdo en aceptar que la experiencia de Europa le está sirviendo a Washington, y nos está sirviendo a los hispanoamericanos, de tal manera que sea imposible el dominio de la barbarie nazifascista en las naciones del nuevo mundo.

Convendremos unos y otros, los del norte, los del centro y los del sur, en que no nos queda más remedio, para evitar sorpresas, que tratar totalitariamente a los totalitarios en América. Mas con la esperanza de que la política del buen vecino, dando pasos atrás, no venga a convertirse en la vieja política del "big stick".

OFRECIMIENTOS Y REPARTOS NAZIFASCISTAS

CINCO días antes del 11 de noviembre de 1937, gozoso aniversario del armisticio, decidió adherirse Italia al pacto contra la Tercera Internacional, firmado meses atrás por Tokio y por Berlín.

Los tres países agresores hicieron entonces la declaración conjunta de que el objeto primordial de dicho tratado era, desde luego, combatir al "comunismo disociador", "enemigo de la civilización y de la cultura", única forma de mantener la paz del mundo.

De manera que Hitler, Mussolini y el Mikado querían la paz a todo trance, declarándose por lo tanto enemigos de la guerra. Así lo proclamaban el ario de Berlín y el ario de Roma, mientras tenían invadida a España; el mismo ario romano que se lanzó sobre Etiopía; y el Mikado que cayó sobre Manchuria y hacía pedazos el territorio chino, en tanto que ningún país del mundo podía quejarse de haber sido atacado por los "terribles bolcheviques".

El señor Chamberlain, el señor Daladier y los demás estadistas que a la sazón mandaban en Europa, emocionados con la política del apaciguamiento, no se alarmaron ni se previnieron.

Se había fortalecido, ciertamente, el Eje Roma-Berlín-Tokio. Mas Eden, en aquella fecha titubeante y después arrepentido; Chamberlain con su paragnas; Blum y sus contrarios; los pares y los lores; Bonnet y Halifax, podían dormir sin preocuparse, porque los tres imperios agresores hicieron la declaración conjunta, solemnemente rubricada, de que su convenio tripartita no iba sino contra Rusia y en beneficio de la paz.

La conciencia —o la inconsciencia— lejos de gritarles que estuviesen alerta, que se pusieran en guardia, se les tranquilizó todavía más a los altos funcionarios de la Europa democrática supercivilizada, al recibir promesa totalitaria de que debían tener confianza plena en la "palabra de caballeros" y en la "sinceridad anticomunista y antibélica" de los tres poderes signatarios.

Satisfechos quedaron Chamberlain y Daladier porque no era en perjuicio del Imperio británico ni del Imperio francés que se habían unido los dictadores. No. ¡Era por ideales, por principios, por amor a la paz, por salvar a Europa del "peligro rojo"!

Y en su satisfacción se unieron a los gobernantes anglofranceses sus colegas quintacolumnizados de Bélgica, de Finlandia, de Polonia, de Rumanía, de Bulgaria, de Hungría, de Holanda, de los reinos escandinavos y de otros países europeos.

Todos juntos echaron sus cálculos antes que inquietarse, para cooperar con el Eje. "que defendía la civilización occidental"; y para emprender, con fuerza inquebrantable, su gran cruzada contra el antiguo imperio de los czares.

* * *

Pasaron pocos meses. Austria cayó en poder del Reich. Después Checoslovaquia. Mussolini se quedó con Albania. Los teutones, sin pérdida de tiempo, con Memel. El territorio español, después de tanto resistir, vino a ocupar su sitio en la órbita del salvajismo totalitario.

Los dictadores, pues, ganaron en el viejo mundo todas sus batallas, hasta 1939, con excepción de España, sin disparar un solo tiro.

De modo que las "democracias" europeas, peliparadas, entregaron a sus dos rejoneadores lo que, con otros hombres y gobiernos, Hitler y Mussolini hubieran tenido que conquistar a viva fuerza.

Posteriormente se planteó la ocupación de Danzig por el capataz teutónico del Reich, o la guerra feroz se desataba. Decidieron por fin enfrentarse a la barbarie Chamberlain y Daladier.

Septiembre de 1939. Por segunda vez, en este siglo, se incendió la supercivilizada Europa con una nueva catástrofe de repercusión mundial.

¿El Eje totalitario contra Rusia y contra el comunismo? ¡No todavía! El Eje totalitario contra Polonia, Dinamarca, Noruega, Luxemburgo, Holanda, Bélgica, Francia, Gran Bretaña, los Balcanes. Es decir, contra aquellos países cuyos gobiernos querían cooperar, a todo trance, con Hitler y con Mussolini.

Al cabo de largos meses de tragedia y de dolor, de bombardeos y de matanzas, en el otoño de 1940, volvieron a suscribir un remozado pacto Italia, Alemania y el Japón, dispuestos a mantener su hegemonía en Europa y Asia.

Pero en su nuevo protocolo ya no hablan los totalitarios de acabar con el comunismo, porque pretendían que el Soviet les ayudara. “Este convenio —dijo textualmente von Ribbentrop, Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania— no se dirige contra ningún otro pueblo, sino exclusivamente contra los instigadores capitalistas de la guerra”.

El Conde Ciano, representante y yerno de Mussolini, declaró a su vez cosas semejantes a las de Ribbentrop, relacionadas con la paz y con la resistencia que los enemigos de Italia y de su suegro —Washington y Londres— “oponen a la felicidad humana”.

El Embajador japonés, Saburo Kuruso, fué más lacónico en sus declaraciones después de suscribir el pacto, afirmando que “ese instrumento de derecho, en manos de los defensores de la libertad, Japón, Italia y Alemania, será la espada del verdadero juez y contribuirá a que sea realizable la paz del mundo.”

* * *

A los pocos días de canjeado el “pacífico convenio”, como demostración de la sinceridad y de la firmeza ideológica de los totalitarios, ofrecieron Hitler y Mussolini a Rusia una serie de ventajas territoriales, económicas y estratégicas, a cambio de que el Soviet les dejase a los dictadores manos libres en los Balcanes. He aquí lo que Roma y Berlín prometieron a Moscou:

Bases aéreas, navales y terrestres en los Dardanelos y sobre la costa turca, búlgara y rumana del Mar Negro; posición predominante en Turquía, Irak, Irán y Afganistán; intervención del Eje ante el Gobierno de Tokio para obtener un acercamiento de Rusia con el Japón; reivindicaciones a favor del Soviet en el Báltico y en Escandinavia; y seguridades absolutas de que ni el trigo de Ucrania ni el petróleo del Cáucaso constituyen objetivos primordiales de la expansión del Eje en el oriente de Europa.

Al mismo tiempo que los nazifascistas halagaban a Rusia con sus ofrecimientos y con sus repartos, el *Popolo d'Italia*, órgano oficial de Mussolini, publicó, el 9 de octubre de 1940, tres puntos entre los cuales “tenía que decidirse” el Gobierno de Washington, a saber:

Neutralidad hasta la destrucción del Imperio británico, teniendo así derecho los Estados Unidos a tomar asiento entre los herederos de las colonias inglesas.

Condiciones diplomáticas de inferioridad para Washington, sin de-

recho a voz ni voto "cuando el Imperio británico sea dividido en una conferencia de paz, si Roosevelt continúa ayudando a Inglaterra con armas y con alimentos".

Y posibilidad, por último, de que Norteamérica tome parte activa en el conflicto a favor de los ingleses, lo que sería un suicidio de dicha potencia americana.

En caso contrario, por lo menos con una simple neutralidad efectiva, los del Eje dejarían al Gobierno norteamericano en posesión de Australia y de Nueva Zelandia.

¡De modo que la soberbia de los dictadores estaba disponiendo anticipadamente la repartición del mundo! Corría parejas esa audacia con su cinismo al hablar de paz, y de libertad, y de justicia, en plena guerra de agresión.

Pero a pesar del convenio de las tres téés, de la farsa, del engaño, la brutalidad y la barbarie; a pesar de los crímenes que han cometido, de sus maniobras diplomáticas y de su potencia bélica, no serán los antihombres quienes logren imponerse al sér humano.

¡Serán otros quienes puedan, el día de la victoria de los oprimidos, hablar con hechos reales de libertad y de justicia!

CONTINUA EN ESPAÑA LA ORGIA DE SANGRE

CREÍAN de buena fe algunos pazguatos, “gentes bien” asustadizas, beatas rezadoras, señoritingos y señoritongos, que lo de España, desde 1936 hasta el derrumbamiento, era en realidad una pía cruzada de la devoción católica —mahometanos, requetés, legionarios extranjeros, fascistas italianos y nazis alemanes, todos en amontonamiento— contra los terribles “monstruos rojos” españoles.

Es decir, contra el antimoscovita Largo Caballero, el intelectual Azaña, la noble figura de Ossorio y Gallardo, el maestro de los Ríos, el catedrático Negrín, el antimarxista don Julián Besteiro y ciertos republicanos del siglo diecinueve, que tenían tanto de radicales izquierdistas como de ateo el Santo Padre.

Es probable que a estas horas, sin venda en los ojos ni tapadera en los oídos, frente a la realidad trágica de Europa, hayan llegado a convencerse los engañados y los equivocados, muy a su pesar, de que no se trataba en España de cruzada católica ninguna. Y de que no merecía Franco, por consiguiente, los tedeums, los paternosters, el agua bendita, los escapularios, las bendiciones ni las indulgencias que fueron regalo suyo, con los ojos en blanco y el alma en suspenso, durante los treinta y dos meses de su continuada traición, sus depredaciones, sus crímenes y sus matanzas.

Pero si todo lo acaecido no fuere suficiente todavía para llevar luz al entendimiento de los empecinados; si lo que sucedió en el período de la guerra de invasión no les hizo comprender que estaban defendiendo una causa indefendible; si lo de ayer no es aún bastante para que puedan discernir con serenidad y con justicia, sería la suya terquedad de irracionales si mantuviesen sus puntos de vista frente a lo que está ocurriendo “en plena paz”.

Y de lo que está ocurriendo, después de la “victoria”, no dan cuenta periodistas “rojos”, ni Ministerio ninguno de Propaganda, sino las grandes agencias de publicidad, controladas por la reacción y por el ca-

pitalismo internacionales. Las informaciones de la postguerra en España se podrían sintetizar en seis o siete títulos, a saber:

Consejos de guerra. Fusilamientos. Cadena Perpetua. Terror. Hambre. Miseria. Espionaje. Dominio completo, taconeo insolente, autosuperioridad humillante de italianos y alemanes en el territorio sojuzgado de la panínsula.

* * *

De los millares de constantes asesinatos, a sangre fría, ha causado general sentimiento de indignación el de don Luis Companys, Presidente de la Generalidad de Cataluña. E igual ha sido la protesta en todos los sectores cultos hispanoamericanos, al conocerse la noticia de que también fueron llevados al patíbulo Rivas Cherif, Zugazagoitia y otros estimables ex-funcionarios, simplemente republicanos, por el grave delito de haber defendido la integridad y la soberanía de su patria.

El nombre de las nuevas víctimas del chacal español —o antiespañol—, tendrá que agregarse al de los numerosos y selectos grupos de intelectuales que corrieron la misma suerte en el curso de la criminal contienda.

Se inició la lista de sangre con Federico García Lorca, el gran poeta gitano, siguiéndole, entre otros, Antonio Espina, autor de *Panoplia de Luces*; José María Morón, Premio Nacional de Literatura con su *Minero de Estrellas*; Enrique Azcoaga, Premio Nacional de Crítica en 1933; los músicos Hernández Carrera y Antonio José; los pintores Baltasar González y Díaz Baliño; el joven poeta que cantó a los milicianos en romances maravillosos, Miguel Hernández; los periodistas Fernando Mora, José Rial, Constantino Ruiz, Arturo Guillén, Roberto Blanco Torres, Francisco Ponsá, Victorio Casas y tantos otros de quienes no se ha vuelto a tener noticia, ultimados inmisericordemente por los enemigos de la inteligencia. (*España Heroica*, páginas 309 y 310).

Pero la saña de las tizonas y de las espuelas no se detuvo en escritores, en artistas, en músicos o en pintores. Durante los seis primeros meses de invasión extranjera y de salvajismo militar, solamente en Galicia y en tan corto período, fueron ejecutados 417 médicos, 632 maestros y profesores, 187 abogados, 98 farmacéuticos, 23 telegrafistas y 42 ingenieros.

La proporción fué más o menos la misma en todas las ciudades y en todos los pueblos a merced de italianos, teutones con la cabeza cua-

drada, devotos de Mahoma, legionarios de la hez europea, falangistas y fanáticos de la sombra de don Carlos. (Ibidem.)

* * *

Con posterioridad a esos seis primeros meses siguieron las ejecuciones en forma pavorosa, habiéndose podido hacer una nueva lista de ajusticiados en la que se destacaban centenares de catedráticos, de profesionales, de artistas y hombres de ciencia. Valores mundialmente conocidos y respetados había en ese martirologio. Nombres humildes otros, inmortalizados al dar su vida luchando por lo humano. De todo esto publiqué también pormenores detallados en el libro complementario de *España Heroica*.

Allí figuran Leopoldo Alas, Rector de la Universidad de Oviedo; Ricardo Etcheverri, catedrático de la Universidad de Santiago de Compostela; Salvador Villa Hernández, Rector de la Universidad de Granada; Augusto Vinuesa, catedrático de la Universidad de Zaragoza; Joaquín Andrés Martínez, profesor del Instituto de Teruel; Manuel Santamaría, profesor del Instituto de León; José Polanco Romero, catedrático de la Universidad de Salamanca; Arturo Pérez Martín, Vice Rector de la Universidad de Valladolid; Duarte Salcedo, catedrático de la Universidad de Granada. ¡Y tantos más!

Muertos quedaron todos ellos, por no estar de acuerdo con las nuevas fórmulas de "la civilización occidental". O, tal vez, los que no jugaban en política, los que no pertenecían a ningún partido ni eran miembros de ningún sindicato, por haber creído que estaban en la obligación de orientar y dar ejemplo de honestidad a la juventud, no rindiendo tributo a los traidores domésticos ni a los invasores de su patria.

No acierta uno a explicarse que monstruosidades como las apuntadas puedan acaecer y prosperar; que la aberración sanguinaria sea más fuerte que la piedad y que la ética en naciones civilizadas, en naciones cultas, de experiencia histórica; que, en resumen, deba pagarse con la vida, con lo único seguro que tenemos y con lo único que somos, el creer o predicar que bien merecen los de abajo un discurrir menos cruel e inhumano por el mundo.

¡He allí las injusticias y las contradicciones tremendas de un régimen absurdo, que ya parece a la postre derrumbarse!

COMPLEJO HISPANOAMERICANO DE INFERIORIDAD

MIRAR siempre hacia Europa —como se explicó en la Portada—; sentirnos inferiores y humillados ante la “supercultura” del viejo mundo, ha sido, con razón o sin ella, capital defecto de nuestra raza.

Avergonzados nos dolemos de nuestros alzamientos sin contenido revolucionario, de nuestras fallas tocante a democracia, de la mediocridad de algunos gobiernos hispanoamericanos, de nuestros rúbulas y leguleyos, de tantas miserias y de tantos errores como hemos cometido y seguiremos, sin duda, cometiendo.

No hay razón, sin embargo, para persistir en nuestro ancestral complejo de inferioridad, ni para que supongamos que el señor Chamberlain, el señor Daladier, el señor Bonnet, el enteco Halifax o el cuñadísimo Suñer, verbigracia, se encuentren a más alto nivel que nuestros supermiopes estadistas o que nuestros muy ilustres, perínclitos y excelentísimos señores con ferretería en el pecho.

Tampoco habrá motivo, frente a Hitler y a Mussolini, para que los venezolanos, por ejemplo, se sientan tan humillados —¡como debieran estarlo!— de Juan Vicente Gómez o de Cipriano Castro; ni de José Santos Zelaya, los nicaragüenses; ni de Estrada Cabrera o de sus antecesores y herederos, los guatemaltecos; ni de Santa Anna o del bárbaro de Huerta, los mexicanos; ni, en fin, de toda nuestra colección histórica, los ciudadanos de las demás repúblicas americanas, desde el Bravo hasta la Patagonia.

* * *

Argumentación habría de sobra para respaldar afirmaciones tan rotundas como las enunciadas, con sólo revisar someramente la historia contemporánea de Europa, a partir de la fecha en que la cultura del viejo continente se ha convertido en barbarie supercivilizada. Pero co-

mo eso toma tiempo y requiere buena dosis de dedicación y de paciencia, basta con pasar los ojos por lo de estos mismos días, por lo actualísimo, por la segunda quincena del mes de octubre de 1940.

Período tan corto —¡y tan largo!—, fracasada la invasión nazifascista de las islas británicas, tendrá que considerarse como quincena de máximas indignidades. Pétain, Laval, Franco, los jefes y servidores de gobiernos marionetas, los pelefísimos y cuñadísimos que defienden “la nueva civilización occidental”, han acudido presurosos al llamado urgente de su capataz, el mesiánico pintor austríaco de brocha gorda, el omnipotente Fuehrer Adolfo Hitler, amo y señor de la Europa que tiene bajo su dominio.

En las conferencias celebradas, a la hora y en los sitios que el teutón les señaló, recibieron unos y otros las instrucciones terminantes, preparadas en Berlín, que los lacayos tenían que obedecer.

De acuerdo con esas órdenes, España y Francia; vale decir, Franco y su anciano profesor Pétain, quedaron obligados a cooperar con el Reich para imponer al mundo el salvajismo sin freno de los nazis, de los cabezas cuadradas, de la Gestapo y de la Ovrá; el “nuevo orden” totalitario de asesinatos en masa, de crímenes, de destrucción y de total aniquilamiento de la conciencia humana; el “volkstum”, en fin, de los germanos antiguos y modernos, sinónimo el gutural vocablo de primitiva crueldad y de feroz barbarie.

* * *

Ninguno de los criados hitleristas de las regiones conquistadas —y esto es lo que urge denunciar— ha cumplido tan estrictamente el mandato de su patrón —exceptuado sea el valetudinario de Pétain— como el curvilíneo y pequeñín traidorzuelo a quien por ironía se llama el Caudillísimo, convertido en primo hermano de Vittorio Emmanuele por haberle puesto Mussolini, entre los hombros y la cabeza, el collar de la Anunziata.

Los que en América hemos combatido siempre el imperialismo —toda clase de imperialismos—, jamás ocultamos nuestra indignación por los atentados de Washington y de Wall Street en algunos de nuestros países. ¡Contra los instrumentos criollos de ese imperialismo, principalmente, bautizados y conocidos de norte a sur con el mote de vendepatrias!

En el caso concreto de Centro América no podíamos aceptar sin protesta, verbigracia, que el pueblo de Nicaragua, invadido, traicionado y "revolucionado" con armas y con elementos norteamericanos, tuviese a la postre que cubrir a los banqueros anglosajones, hipotecando sus rentas fiscales, el costo total de los paseos punitivos que hacía el conquistador.

En otras palabras, que Nicaragua pagase, de acuerdo con el régimen criollo, pupilo de Taft, Coolidge o Hoover, la matanza de nicaragüenses en su propia patria, y la destrucción de propiedades en el territorio nacional de la indefensa y maniatada cuna de Darío.

Mas he aquí que comparado todo eso a lo de Europa —la Europa de monigotes y de cómplices aristocráticos de la barbarie—, lo nuestro resulta juego de niños, incluso en lo tocante a vileza, falta de hombría y mediocridad de tal modo extraordinaria, que los pelehísimos del otro lado del mar —como arriba quedó dicho— no podrán seguirnos juzgando ni adjetivando despectivamente, forma en que solían hacerlo.

* * *

Un millón de víctimas costó la guerra de Hitler y de Mussolini contra España. Muchos millones de pesetas arrasaron los bombardeadores italianos y alemanes, con la destrucción sistemática de pueblos y de ciudades a todo lo largo y a todo lo ancho del territorio peninsular.

Pues por haber matado españoles y por haber destruído propiedades, Franco dispuso reconocer a Italia cinco mil millones de liras oro, según convenio del 8 de mayo de 1940, teniendo que hacerse los abonos y que pagarse los intereses, ininterrumpidamente, desde la fecha del "ajuste" hasta el 31 de junio de 1967.

Alemania, por lo que a ella toca, ha cobrado mil doscientos millones de marcos oro, en parte compensados con exportaciones de mineral y con otros productos españoles que el Reich ha estado recibiendo, o que ha ido tomando por bien o por la fuerza.

El saldo será objeto de negociaciones ulteriores, para determinar su cuantía, la forma de amortización, los plazos e intereses que se fijarán al primo de Vittorio, al hermano gemelo de nuestros vendepatrias, para que el pueblo español pague lo que hicieron y devastaron en España los hitleristas desalmados.

Respecto a la actuación de Laval, de Pétain, de Quisling, del político "socialista" belga Henri de Mann, del "hombre fuerte" de Rumanía, Antonescu, de los demás entreguistas europeos y de los partidos gregarios que les aplauden y les siguen, no vale la pena repetir en estos apuntes lo que diariamente transmiten las agencias de publicidad.

Con lo que se ha dicho y dado a la estampa en los periódicos, con lo que se escucha todos los días a través de la radio, basta para demostrar que bien podemos ir dando sepultura, en Hispano América, a nuestro complejo anacrónico de inferioridad.

EL PACTO BRIAND-KELLOGG, RECUERDO LASTIMOSO DE UNA EPOCA CIVILIZADA

ANTE la catástrofe europea; lo de Abisinia, lo de España, lo de Austria, lo de Checoeslovaquia, lo de Polonia, lo de Noruega, lo de Holanda, lo de Francia, lo de Bélgica; ante las agresiones nazifascistas y la provocación italoalemana de esta nueva matanza colectiva; ante los bárbaros ataques del Imperio japonés en el lejano oriente, no satisfechos los nipones con la conquista de Manchuria; ante la extensión de la guerra al mundo entero, incluídos en ella los cinco continentes; ante todo eso, salvajismo al galope, es interesante revisar páginas aún frescas de historia contemporánea.

Una de esas páginas, brillante, luminosa, fechada en París el 27 de agosto de 1928, hizo concebir al mundo esperanzas, más o menos firmes, de convivencia entre las naciones desangradas y sufridas del planeta. Y se basaba el optimismo en que eran actores del acontecimiento, sin excepción, todas las grandes potencias, incluso las más agresivas y las más partidarias de la guerra.

El instrumento de derecho suscrito a la sazón vino a tomar el nombre de Pacto Briand-Kellogg, en memoria del estadista galo de la unidad europea, Aristides Briand, y del Secretario de Estado de los Estados Unidos, Frank B. Kellogg, forjadores, los dos al tiempo, de aquel convenio multilateral.

No es necesario, en realidad, hacer comentario ninguno, para darse cuenta del respeto que las grandes naciones civilizadas tienen por lo que firman, ni para tomar nota del acatamiento que les mereció un protocolo tan alentador como el enunciado. Basta con reproducir, sin quitarle punto ni coma, el texto de lo que unos y otros convinieron, no obstante que ya lo publiqué recientemente en el *Guión de Historia Contemporánea*.

Prosa que no es para contarla, sino para leerla y saborearla, campea en los tres artículos de tan famoso documento histórico. Y basta,

también, con volver los ojos hacia Europa y el Pacífico oriental, para llegar a la conclusión —una vez más— de que los hispanoamericanos, ¡al fin!, podemos respirar.

* * *

Dice así el texto completo del multivioloado protocolo, vertido al castellano del texto inglés que publicó, en su oportunidad, el Gobierno de Washington :

“El Presidente del Reich Alemán, representado por el Doctor Gustav Stresemann, Ministro del Exterior ;

El Presidente de los Estados Unidos de América, por el Honorable Frank B. Kellogg, Secretario de Estado ;

Su Majestad el Rey de los Belgas, por el Honorable Paul Hymenes, Ministro del Exterior ;

El Presidente de la República Francesa, por Monsieur Aristides Briand, Ministro del Exterior ;

Su Majestad el Rey de la Gran Bretaña, Irlanda y los Dominios Británicos de Ultramar, y Emperador de la India, con las siguientes representaciones :

Por Gran Bretaña e Irlanda del Norte, y todas las partes del Imperio Británico que no son miembros separados de la Liga de las Naciones, el Muy Honorable Lord Cushendun, Canciller del Ducado de Lancaster, Secretario de Estado Accidental del Exterior ;

Por el Dominio del Canadá, el Muy Honorable William Lyon McKenzie-King, Primer Ministro y Ministro del Exterior ;

Por la Comunidad de Australia, el Honorable Alexander John McLachlan, Miembro del Consejo Ejecutivo Federal ;

Por el Dominio de Nueva Zelandia, el Honorable Sir Christopher James Pavi, Alto Comisionado por Nueva Zelandia en la Gran Bretaña ;

Por el Estado Libre de Irlanda, Mister William Thomas Cosgrave, Presidente del Consejo Ejecutivo del Estado Libre de Irlanda ;

Por India, el Muy Honorable Lord Cushendun, Canciller del Ducado de Lancaster, Secretario de Estado Accidental del Exterior ;

Su Majestad el Rey de Italia, representado por el Conde Gaetano Manzoni, Su Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en París ;

Su Majestad el Emperador del Japón, por el Conde Uchida, Miembro del Consejo Privado;

El Presidente de la República de Polonia, por el Honorable A. Zales, Ministro del Exterior;

El Presidente de la República de Checoslovaquia, por el Doctor Eduardo Benes, Ministro del Exterior;

Quienes, habiéndose comunicado sus respectivos poderes plenipotenciarios, encontrados en buena y debida forma, han convenido en los siguientes artículos:

Artículo Primero

Las Altas Partes Contratantes solemnemente declaran, en nombre de sus respectivos pueblos, que condenan la apelación a la guerra para la solución de las controversias internacionales, y que renuncian a ella como instrumento de política nacional en sus mutuas relaciones.

Artículo Segundo

Las Altas Partes Contratantes convienen en que el arreglo o solución de todas las disputas o conflictos, cualquiera que sea su naturaleza, que puedan ocurrir entre ellas, jamás se buscará sino por medios pacíficos.

Artículo Tercero

El presente convenio será ratificado por las Altas Partes Contratantes nombradas en el preámbulo, conforme a sus respectivos requisitos constitucionales, y entrará en vigencia entre ellas, tan pronto como los diferentes instrumentos de ratificación hayan sido depositados en Washington.

Este Tratado, una vez en vigor como se prescribe en el párrafo que antecede, permanecerá abierto por el tiempo que sea necesario para la adhesión de todas las otras potencias del mundo.

Cada instrumento de adhesión de una potencia será depositado en Washington, e inmediatamente después de este depósito el Tratado entrará en vigencia entre la nación adherente y las otras partes signatarias.

Será deber del Gobierno de los Estados Unidos de América suministrar, a cada uno de los Gobiernos nombrados en el preámbulo, y a cada Gobierno que subsecuentemente se adhiera a este Tratado, una copia certificada del mismo y de cada instrumento de ratificación o adhesión.

En fe de lo cual los plenipotenciarios han firmado el presente protocolo en francés y en inglés, teniendo ambos textos igual fuerza, y estampan aquí sus respectivos sellos.

Hecho en París, el veintisiete de agosto de mil novecientos veintiocho”.

De entonces a la fecha los años transcurridos pueden contarse con los dedos de las manos, no siendo necesario ayudarse todavía con los dedos de los pies. Estarán de acuerdo los lectores en que huelga todo comentario.

EL PUEBLO ESPAÑOL SE SALVA ANTE LA HISTORIA

DIVIDIDOS, cuando más firmemente cohesionados habrían de presentarse al mundo; distanciados por pasiones y por rencillas que duele analizar, los dirigentes españoles de la República se acusan unos a otros, se echan en cara sus errores, protestan de ciertas criticables actitudes, y aun llegan a decir que “por eso se perdió la guerra”.

Creo estar en lo cierto si proclamo, una vez más, que “por eso no se perdió la guerra”, pues el pueblo como pueblo, a pesar de las divergencias lamentables de los políticos, cumplió su gran misión histórica durante casi tres años de intensa lucha, desigual y heroica, contra los poderosos invasores nazifascistas.

No. La guerra se perdió porque en el plano internacional era una guerra de todos contra España. Hubiera contado la República con el apoyo de las espantadas democracias europeas; hubiese tenido el respaldo decidido de alguna gran potencia, como tiene Inglaterra el de Rusia y el de Washington para combatir a los totalitarios, y el pueblo español hubiera sido invencible.

Pero todos los gobiernos, en el viejo y en el nuevo mundo, con excepción de México y del Soviet, estuvieron de acuerdo en ser neutrales y en repudiar la política de seguridad colectiva de la Liga de las Naciones, para que España pudiera ser dominada y aplastada, creyendo que en esa forma sería dominado y aplastado el “comunismo”.

Cuanto en su poder estuvo lo hicieron Francia e Inglaterra —Blum y Daladier, Chamberlain, Bonnet y Halifax— contra el Gobierno legítimo de la República Española. Desde negarle el derecho de comprar armas, en tanto que Berlín y Roma suplían a los facciosos con sus ejércitos y con cantidad ilimitada de material de guerra; desde eso, que era una violación escandalosa del Derecho Internacional, hasta bloquearle el excedente de sus exportaciones y los fondos, situados en el exterior, para el cumplimiento de obligaciones que debían cancelarse a plazo fijo.

A los hispanicidas, entretanto, a Franco y sus secuaces, París y

Londres, como también las otras democracias del viejo mundo, les otorgaban amplio crédito y les compraban al contado para que no careciesen de divisas.

* * *

Sobre este tópico he venido escribiendo con reiterada insistencia, y me parece necesario hacerlo de nuevo, porque conocidos exfuncionarios de la República están más empeñados en defender sus actuaciones personales, malas o buenas, que en proclamar orgullosamente la verdad de España, quizá con vistas al futuro y con el deseo —o el temor— de no comprometerse.

Cifras tienen en sus manos, y no les dan publicidad. Hechos y experiencias que ellos mismos han vivido, y prefieren mantenerlas en secreto. Razones fundamentales para exaltar la resistencia de su país al invasor, y hasta la fecha sólo se sigue hablando en los periódicos de la "guerra civil" española, con lo cual se niega a un millón de víctimas del fascismo en España la justicia que merecen.

Vuelvo entonces a la carga para demostrar que la historia de la tragedia de España, de la invasión de España por las potencias totalitarias, será también la historia de la complicidad franco-británica y de los demás gobiernos europeos, con Hitler y con Mussolini, para vencer a una república liberal y democrática, en cuyo régimen las plutocracias estaban viendo la sombra del fantasma comunista.

Y vuelvo a la carga para referirme de preferencia —aun cuando siga repitiéndome—, a la guerra económica con la cual se prestó cooperación a la guerra militar nazifascista, queriendo ahogar, asfixiar sin remedio al Gobierno constitucional, que no quería ni debía darse por vencido.

¿Prepararon y organizaron esa guerra económica Berlín y Roma? No. Ya quedó dicho que las dos potencias totalitarias hacían contra España la guerra militar. La guerra económica, el bloqueo de fondos y de divisas excedentes, junto con la guerra diplomática —y he aquí la gran enormidad, por no decir la gran monstruosidad—; toda esa trama con los invasores fué preparada y dirigida por las potencias democráticas, ni más ni menos; por la banca oficial, semioficial o privada de casi todas las naciones europeas.

Moverán algunos la cabeza con incredulidad —escribí en un ensayo sintético recientemente publicado—. Pues no la muevan —contesté y caigo ahora en pregonarlo— porque las cifras no engañan. Solamente

del mes de agosto de 1936 a enero de 1937 fueron bloqueadas, en números redondos, las siguientes cantidades al Estado republicano español, cuadro que también figura en el *Guión de Historia Contemporánea*:

Francia,	40,000,000.000 de francos.
Dinamarca,	2,000,000.00 de coronas danesas.
Suecia,	3,000,000.00 de coronas suecas.
Holanda,	3,100,000.00 florines.
Finlandia,	9,000,000.00 de marcos finlandeses.
Suiza,	3,000,000.00 de francos suizos.
Rumanía,	150,000,000.00 de leis, por 8,000,000.00 de pesetas.
Gran Bretaña,	1,999,000.00 libras esterlinas.

Incluye esta británica suma el bloqueo inicial del "ASCO" (¡ASCO!...: Anglo Spanish Clearing Office) por L 1,700,000.00; remesa al Martins Bank Limited, por L 239,000.00; y L 60,000.00 retenidas por el British Overseas Bank, causando graves trastornos en el pago de legaciones y embajadas de la República Española en el extranjero.

No está completa la lista. Pero el cuadro anterior es suficiente para comprender y juzgar la actitud del mundo oficial y financiero de Europa contra España, tomando "porque sí" el producto de sus exportaciones, para desequilibrar su balanza de pagos; poniendo, pues, todo su empeño en complacer a Hitler y a Mussolini, impresionadas las democracias o las plutocracias, seguramente, por la propaganda satánica de Goebbels contra el pueblo español "comunizado".

Y para que la ayuda a Franco y a los totalitarios fuese aún más eficaz, banqueros londinenses de la City, en connivencia con empresas petroleras, como la Royal Dutch, proveían de combustible a los facciosos de Burgos, merced al visto bueno de Chamberlain y de las autoridades holandesas.

Esta Royal Dutch es la misma compañía que quiso sembrar el desconcierto en México, valiéndose del citado Chamberlain, a raíz del decreto del 18 de marzo de 1938 sobre expropiación petrolera. Pero se encontró en la nación azteca con un gobierno revolucionario, que supo contestarle a Londres de manera irrefutable.

* * *

Si esa fué la actitud de Europa en treinta meses de tragedia, de martirio y de barbarie para vencer a un pueblo que cometía el delito

de defender su independencia, nada tiene entonces de extraordinario cuanto acaeció después, que vino a culminar en el ataque del Eje Roma-Berlín al Eje rival Londres-París. Y más adelante, en el ataque del Japón a los Estados Unidos.

Quiere decir, entonces, que con el sacrificio de España y posteriormente de Checoslovaquia para satisfacer a los totalitarios, a los impugnadores nazifascistas de la democracia, Chamberlain y Daladier sacrificaron en realidad la propia seguridad de sus imperios.

Y quiere decir, también, que si las grandes mayorías narcotizadas de Francia y de Inglaterra se hubiesen dado cuenta del peligro; si hubiesen tenido madura conciencia de clase, para no tolerar el entreguismo de sus líderes; si no las hubiera cegado la propaganda antisoviética de Goebbels, es indudable que España y Checoslovaquia habrían podido mantener su independencia, y que la voracidad totalitaria se habría encontrado con verdaderas democracias, unidas, cohesionadas, dispuestas a la lucha.

Pero el peligro "rojo" —¡incluso a trabajadores que nada podían esperar de las derechas!—, el fantasma comunista, se daba como explicación de tanta complicidad con la barbarie, de todas las debilidades y de todas las claudicaciones de Londres y de París.

La lógica más elemental, con respuestas negativas a unas cuantas preguntas, hubiera desvanecido tanto engaño y tanta demagogia: ¿Era comunista Abisinia? ¿Lo era España, efectivamente? ¿Lo era Checoslovaquia? ¿Lo eran los austríacos? ¿Lo era Albania? ¿Lo era Memel?

Pues sobre esos países que no eran comunistas, pero sí esenciales en el reparto del mundo por los imperialismos; sobre esos países que nada tenían que ver con el Soviet, se echaron Hitler y Mussolini, con la venia de Londres y de París, llevando en alto, agresores y cómplices, el pendón anticomunista.

Creyeron Downing Street y el Quai d'Orsay —en tiempo de Chamberlain, de Blum y Daladier— que sus colonias, sus imperios y sus mandatos de Versalles quedarían a salvo con los sacrificios apuntados. Pensaron que así se saciarían los dictadores. Y que el Eje Londres-París no tendría, por consiguiente, choque ninguno con el Eje Roma-Berlín-Tokio. La realidad brutal, sin embargo, fué a la postre bien distinta.

* * *

Por lo que a España se refiere, por lo de ayer, por lo de hoy, por lo de siempre, continúa siendo la nación de más trágico destino.

En ello está su grandeza. Y en ello está su heroicidad.

Ahora se ve clara la situación de Europa. Y también la situación de lo que será otra vez república democrática de trabajadores.

Muchos, en la Historia, tendrán que bajar la cabeza al norte de los Pirineos y al otro lado del Canal de la Mancha.

Los españoles leales, en cambio, serán siempre un símbolo y un fanal.

Quiero decir, el pueblo español —el pueblo como pueblo— que ha cumplido heroicamente su gran misión histórica.

Habrán fallado los políticos —algunos políticos—, que en esta hecatombe del mundo no vibraron con la hondura ni con la altura del espíritu español.

Pero el pueblo se salva ante la Historia.

¡El pueblo!

Y eso es lo que interesa.

SITUACION DE HISPANO AMERICA FRENTE A LA GUERRA EUROPEA

MAYO de 1935. *Futuro*. Título del ensayo: *América Latina frente al desequilibrio económico mundial*. Decía yo entonces:

“Así traten de disfrazar la realidad, sofisticándola y retorciéndola, enfrentándose con vanidosa y engañosa erudición a los hombres avanzados de izquierda, que se enfilan, resueltamente, en las legiones de la gran masa oprimida por el desequilibrio económico, bien saben los intelectuales que tratan de halagar a la reacción; los de la cultura por la cultura y el arte por el arte; los llamados, pues, por antinomia, idealistas, o los indiferentes por elegancia o por cálculo; los derechistas aferrados de todos los matices, en fin, que el desconcierto general que agita al mundo, agudizado a partir de 1929, no ha de resolverse en los planos contemplativos de la filosofía.

“Como en un intenso terremoto el epicentro es profundo. Tan profundo que abarca la extensión misma del planeta. La infraestructura se desmorona. Es fuerza, entonces, que el sacudimiento llegue aun a las más altas cimas de la superestructura actual, tan amada por quienes a ella se acogen, negando lo fundamentalmente básico, como a las ramas de los árboles acudían para salvarse los que no lograron entrar en el arca de Noé.

“Tragedia propiamente ha de llamarse este caos que nos ha tocado vivir. Honda tragedia humana que tritura la carne y el espíritu. Tragedia material y tragedia moral. Crisis de todos los valores tradicionales, como consecuencia lógica del derrumbamiento de un régimen social y económico que ya cumplió su destino.

“La humanidad atormentada, torturada, mira con angustia hacia todos los rumbos. Necesita orientarse. Y sus dirigentes capitalistas buscan soluciones, se deciden por fórmulas distintas, adoptan paliativos, pretenden evitar el peligro reforzando con débiles viguetas la cuarteada estructura.

“Vano, sin embargo, ha de resultar el esfuerzo de los improvisados estadistas —los pequeños estadistas de que habla Spengler, recordando posiblemente a Bismarck y viendo a Hitler y a Mussolini—, quienes codo a codo con las minorías privilegiadas imponen estos sistemas de transición, de simple espera. Vano ha de resultar ese esfuerzo, porque el problema fundamental no es posible resolverlo sino mediante una transformación completa, enérgica, definitiva del actual régimen político, social y económico.

“La bélica actitud del fascismo italiano y del nazismo alemán, la situación caótica que prevalece en la supercivilizada Europa, el descontento y el clamor de los trabajadores, las medidas de represión tomadas en varios países del viejo continente contra todo impulso humano de liberación, indican con elocuencia irreplicable que el carcomido edificio se derrumba; que la etapa burguesa, surgida de las entrañas del feudalismo, ha entrado a su vez en agonía; y que, por consiguiente, los paliativos que aplican los gobiernos al cuerpo social en descomposición, las medidas de emergencia, ya no tienen eficacia.

“¿Cómo explicar satisfactoriamente las causas del tenebroso caos, del catastrófico desequilibrio en que el mundo entero se debate? ¿Será que, de acuerdo con la teoría de Malthus, la población ha crecido efectivamente en progresión geométrica, y que ya están haciendo crisis la desnudez y el hambre porque la producción, en cambio, sólo ha podido aumentar en progresión aritmética?

“La ciencia, la técnica moderna, han echado por tierra el vaticinio del asustadizo pensador inglés. Nunca, gracias al maquinismo, al perfeccionamiento fantástico de los medios mecánicos de producción, ha tenido el hombre a su servicio mayores elementos de subsistencia como de un siglo a la fecha, al extremo de que en la actualidad —de acuerdo con cifras calculadas y comprobadas por los tecnócratas— todas las necesidades humanas o sociales pueden satisfacerse holgadamente, y hasta sobra, con exceso, para lo superfluo.

“Puede entonces afirmarse que la ley de Malthus, al predecir guerras, epidemias, calamidades sin cuento como defensas o modos biológicos de equilibrio social, tendrá que leerse alterando los factores. Porque las guerras, las calamidades, la indigencia y el malestar consiguiente de nuestro ciclo histórico, no reconocen por causa la escasez frente a la superpoblación, sino, al contrario, la superabundancia de toda clase de productos.

“Pero estos productos de la inteligencia y del esfuerzo colectivos no se distribuyen honestamente, no es su mira primordial el abastecimiento, el consumo de la sociedad. Al apropiárselos una voraz minoría detentadora, un grupo relativamente pequeño de capitalistas —si se le compara con la gran masa de trabajadores asalariados— quedan aquellos productos convertidos en mercancía y puestos a la venta en un inmenso bazar.

“Allí los usufructuarios de la actividad humana luchan unos contra otros, reforzando su poder de resistencia con el sacrificio cotidiano de los que apenas disponen en la vida de su fuerza de trabajo para defenderse. Todo se cotiza en el inmenso bazar que es el mundo contemporáneo. Todo se vende, todo debe traducirse en dinero para los explotadores del músculo, del cerebro y de la máquina, que ellos por sí solos no hubieran podido construir ni diseñar.

“Y saltando las fronteras para contender en los mercados del exterior, tanto en la venta de artículos manufacturados como en la adquisición de materias primas a bajo costo, los gobiernos que representan a la poderosa clase dominante provocan bélicos conflictos internacionales y se lanzan, con cañones o diplomáticamente, a la conquista de zonas de influencia, al sojuzgamiento, a la colonización de razas y de pueblos materialmente débiles, cuya servidumbre los Estados capitalistas consideran indispensable para fortalecer su estructura económica.

“Así nace la era brutal de los imperialismos, no importa que lleven por delante el emblema de la cruz o el ropaje embaucador de la civilización y del progreso”.

* * *

Después del preámbulo anterior, cuyos conceptos más esenciales me ha parecido oportuno transcribir, entraba de lleno, como base y nervio de aquel estudio, en una disección de la historia contemporánea de nuestros países, a saber:

Nuestros vicios, nuestras virtudes, nuestra economía medioeval.

El por qué del imperialismo anglosajón.

Concesiones.

Empréstitos.

Explotación de nuestras riquezas naturales por el capital monopolista extranjero.

Fauna de tiranazos, tiranos, tiranuelos, tiranillos y tiranoides, que también podrían llamarse déspotas o sátrapas de altura o de bajura.

Motines, golpes de cuartel, asonadas militares.

Junto a los amos del poder, Ministros de levita negra y pantalón a rayas.

Chisteras imponentes, cuellos duros de punta en ristre, engomadas camisas crujidoras.

Edecanes, políticos de muy "clara inteligencia", poetas, prosistas, abogados consultores, "grandes cerebros", muchos tontos, muchos listos, con sus esposas y sus hijas.

¡Indumentarias y caparazones —lo de afuera y lo de adentro— que no son para reír ni para que nadie se sienta consolado!

Música de vals cuando anochece, suspirando por el rigodón.

Señoras pudibundas en palacio.

Aristocráticas bellezas perfumadas.

Cumplidos caballeros sudorosos en su frac, con clavel en el ojal.

Azafates, pastelillos, vinos generosos y coñac.

Todos brindan por Su Excelencia con una copa de champán.

En la calle, cohetes, triquitraques, tamales, aguardiente vil o cerveza barata del país.

Charangas, marimba, música de viento, vivas al Gobierno, golpes, puntapiés y zapateados de vernáculo sabor.

A lo largo de la ruta, pies descalzos, rostros amarillos, paludismo, fiebre de microbios y fiebre, al mismo tiempo, de reivindicación.

Hombres, mujeres y niños en harapos, ventrudos de solitaria, de preñez o de lombrices.

Retraso, en suma, más cruel y doloroso frente a selectas minorías privilegiadas.

Abandono, desesperación, miseria y servidumbre, reflejándose forzosamente en la superestructura social de las veinte hijas de España.

* * *

Han pasado los años. La guerra, como estaba previsto, estalló de nuevo en mitad del siglo veinte. Y la situación de Hispano América frente a la hecatombe ya no es, ya no podrá ser la de una simple masa humana espectadora.

No será tampoco, —seguiré constantemente repitiéndome—, la de un continente con su ancestral complejo de inferioridad.

La nueva política interamericana de seguridad y alianza defensiva; la revisión de la Doctrina de Monroe, peligroso instrumento unilateral, de dominio imperialista; la lucha incesante de nuestros hombres de izquierda y de nuestras grandes mayorías contra la penetración totalitaria en nuestro medio, a pesar de algunos gobiernos afines de la barbarie y de la brutalidad; todo ese clima democrático —no sólo en su sentido político, sino también en su aspecto integral económico— que al fin se abre paso de norte a sur, hace que las repúblicas hispanoamericanas comprendan, a la postre, lo que son y lo que pueden ser en el concierto universal.

El “nuevo orden” que se avecina en el mundo no es, ni mucho menos, el que demagógicamente predicán los rejoneadores nazifascistas. Será ese nuevo orden el de un México que decreta y ejecuta la expropiación del petróleo y el reparto de la tierra a los que la hacen producir, obra máxima del Presidente Cárdenas.

Será ese nuevo orden el del plan sexenal, que mantiene las conquistas revolucionarias de los trabajadores, para que puedan cristalizar sus ideales de justicia en favor de las mayorías.

Será ese nuevo orden, en fin, el del Gobierno chileno del Frente Popular —¡el del Frente Popular!—, cuyo Embajador en México ha dicho con encomiable franqueza: “Un pueblo que lucha llevando encima la cruz del hambre, no es cierto que viva en una democracia verdadera, sino en una democracia fingida”, reforzando así la tesis de que es indispensable llegar a la democracia económica, para que el continente americano pueda cumplir su destino.

Y será sobre todo, ese nuevo orden, el de la honestidad revolucionaria, de tal modo que la reacción no pueda atacar certeramente a todo un movimiento de transformación social, por el enriquecimiento intolérable de algunos de sus líderes.

De ese espíritu de honestidad, indispensable en constructores leales de izquierda, ha dado pruebas el actual gobernante de la nación azteca, con haberse ceñido a la Ley de Responsabilidades. Y de ese mismo espíritu es también demostración evidente esta frase del General Cárdenas:

“Yo quiero que el pueblo de México, cuando salga del poder en 1940, cuando entregue el gobierno al futuro mandatario del país, me juzgue y

juzgue a los que conmigo han colaborado, en tal forma que si alguno de nosotros no puede justificar su fortuna, vaya el pueblo y destruya las propiedades mal habidas, condenando definitivamente a los prevaricadores de la revolución”.

* * *

Con lo que se ha hecho en México; con lo que hizo el Frente Popular de Chile; con lo que puede hacerse en Cuba; con mantenernos alerta frente a las maniobras y a las ambiciones de los totalitarios europeos; con los ocho puntos del Acuerdo del Atlántico, lealmente aplicados y no en la forma que emplea Inglaterra en contra de la India; con aprovechar la política del buen vecino y las prédicas del Presidente Roosevelt, no en apoyo de ningún imperialismo sino en favor de la democracia efectiva, la situación de Hispano América debe ser más bien de optimismo que de pesimismo, en relación con la tragedia que sacude al viejo mundo. Así podrá realizarse lo que expresé en las citadas páginas de *Futuro*, como remate del estudio mencionado al principio:

“A lo básico, a lo fundamental debemos ir. Habremos iniciado la urgente transformación de nuestra democracia cuando México, proveedor del cincuenta por ciento de la producción metálica mundial, aproveche sus enormes riquezas mediante una interpretación efectiva, profundamente revolucionaria, de su ley del subsuelo.

“Cuando su petróleo y el petróleo del Perú, de Venezuela, de Colombia, de Bolivia; cuando las maderas preciosas y los bananos de Centro América y de las Antillas; cuando el azúcar de Cuba, la plata de Honduras, el salitre y el cobre de Chile; cuando todos los productos que en cantidades fabulosas se extraen de nuestro territorio, sean para México, para Colombia, para Bolivia, para Centro América, para Cuba, para Chile, para el desenvolvimiento cultural y el desarrollo material de la comunidad hispanoamericana, y no sólo vayan a engrosar los caudales del explotador doméstico ni continúen multiplicando los millones del capital monopolista extranjero.

“Porque nuestro problema es un hondo problema de reajuste; de nueva organización infraestructural, sobre base de conjuntos; de lucha contra el monopolio de los medios de producción y de cambio, opuesta al individualismo en derrota de los siglos dieciocho y diecinueve; de radical batalla contra los que se aprovechan del trabajo humano.

“Transformación agraria, sobre todo, porque la tierra es la fuente de vida, es el patrimonio de las generaciones pasadas, de las generaciones presentes y de las que han de venir.

“Control absoluto y explotación del subsuelo por el Estado, representante de la sociedad, enfrentándose a los detentadores de esta gran fuente natural de riqueza colectiva, que hasta la fecha, a cambio de míseros impuestos y de jornales irrisorios, solamente ha beneficiado a los magnates del interior y de las grandes potencias”.

Todo eso conduce a la abolición real y efectiva de la esclavitud. Vale decir, a la formación de hombres y no de siervos, de ciudadanos y no de parias.

Entonces seremos fuertes para dominar al explotador de afuera y al explotador de adentro; para inmunizarnos contra el virus de la demagogia nazifascista; para ser dignos del momento crucial que vive la humanidad; para que la democracia, en suma, sea una verdad y una realidad en este vasto continente, habitado por ciento quince millones de seres humanos.

¡NON TEMBLES TERRA, QUE NON TE FAGO NADA!

COMO resultado de la agitación hiperestésica de los jefes totalitarios, de sus idas y venidas, de sus reuniones y conferencias durante la segunda quincena del mes de octubre de 1940, algo grande tenía que suceder. Y cosas, en realidad muy grandes, fueron sucediendo.

¡También, desde luego, muy pequeñas! La obediencia, por ejemplo, de Pétain y de Franco, quienes después de hablar con Hitler pusieron a Laval y al Cuñadísimo Suñer, respectivamente, como Ministros de Relaciones Exteriores de la Francia dominada y de la España escarnecida. Mas no vale la pena ni tiene importancia gastar tinta en lo pequeño. Respecto de lo grande —tanto como la tragedia puede ser grande lo cómico—, se verá en párrafos subsiguientes lo que al bufonesco Duce le vino a suceder.

El 28 de octubre de 1940 decidieron cambiar impresiones en Florencia Hitler y Mussolini, cuando ya el mesiánico teutón había impartido sus terminantes órdenes al anciano de Vichy, al Caudillísimo de la anti-España y a los demás criados obedientes del Reich en Europa. El mismo día, y de acuerdo en cometer este nuevo atentado los dos enloquecidos dictadores, estalló la guerra de Italia contra Grecia.

¡Proclamas altisonantes del histrión romano, a los acordes de la Giovinezza! ¡Lenguaje de ópera, florido y musical! Una vez más vino a demostrarse que el capataz fascista erró de profesión. Entre bambalinas, por su teatralidad, por su voz y por sus gestos, habría sido figura de primera magnitud. En *El Trovador*, en *Traviata*, en *Rigoletto*. ¡Perdón, oh maestro Verdi!

Opera, pues, ópera, como en sus discursos, como en sus desfiles, como en todas sus actuaciones, como al comenzar la ofensiva de los italianos en Guadalajara.

¡Tiempos aquellos! Era el 9 de marzo de 1937. A bordo del *Pola* navegaba el Duce con dirección a Libia. Y desde el flamante y adornado bergantín de guerra dirigió a sus mariscales un radiograma, cuyo final decía:

“Tengo la más completa seguridad de que el empuje de nuestros invencibles legionarios en el sector de Guadalajara, aplastará, en pocos días, la resistencia de los españoles. Marchad, como siempre, rumbo veloz a la victoria”.

Recibieron el encendido radiograma Nuvolini, Manzini, Coppi, Frucchi, Manca y el sanguinario Bergonzoli, verdugo siniestro de los abisinos. Lo recibieron, lo saborearon, lo pusieron en el pentagrama y a grandes voces empezaron a cantarlo, para que lo oyeran y lo corearan los *Flechas Negras* y los famosos corredores de *Littorio*.

Enardecidos gritaban todos: “¡Presto a la vittoria!”. Y al ser leído a cada grupo de invasores el “Comando de la mía Brigata Volontari”, pedían el bis en do de pecho, lanzando al aire una gran voz colectiva que hacía temblar la tierra: “¡Combatire! ¡Combatire! ¡Combatire!”

* * *

Mas he aquí que no combatieron los mandolinistas del fascio, sino que echaron a correr con rapidez vertiginosa, tragando polvo y viento, vueltas las grupas al ejército español.

La respuesta al radiograma del Duce no la dieron, entonces, los soldados italianos, ni llevaba música.

La escribió gloriosamente el ejército popular de la República Española en Trijueque, en Brihuega, en todos lo demás frentes de Guadalajara.

Increpó a los fugitivos del fascio, desde Londres, el Ministro Dino Grandi: “El honor de Italia se juega en esta guerra”.

Pero los soldados de la Roma Imperial, sin nada de común con los bravos luchadores de la heroica columna Garibaldi, no se detuvieron a investigar qué era ni qué significaba aquello del honor fascista.

Prefirieron seguir huyendo para salvar la vida, como en la batalla histórica de Caporetto.

* * *

Olvidado Mussolini de las fugas de sus *Flechas* y de sus generales; olvidado de sus derrotas en Pozoblanco, en Brunete y en el Ebro, aunque no sin advertir que con sus legiones a la retaguardia, después del desastre de Guadalajara; olvidado de todo eso, volvió a lanzar sus

proclamas y sus frases de guerra al caer intempestivamente sobre los griegos.

No quería recordar que sus bélicas hazañas lo fueron siempre contra pueblos indefensos o vencidos: Abisinia, Albania y Francia, cuando ya los franceses estaban derrotados.

Porque todos sabemos que lo de España no fué guerra de hombres contra hombres en el campo de batalla, con excepción de la lucha que produjo las derrotas fascistas arriba mencionadas, sino matanza vil de mujeres, de niños, de civiles no combatientes, desde cinco mil metros de altura y al amparo de la noche.

Mas no pensaba el Duce en reveses. Y convencido de que Grecia caería dominada en pocas horas, volvió a exclamar con su elocuencia de escenario: "Solamente la guerra cohesiona y vitaliza todas las energías hasta su máxima tensión".

* * *

¡Otro Guadalajara en tierra helénica! A las dos semanas de haber invadido Mussolini aquel pequeño país, todo allí era desconcierto, pavor incontenible, pies en polvorosa de los hombres del fascio. Voló entonces en avión, a pedir auxilio a Hitler, el segundo Duce, Ciano.

El 6 de noviembre de 1940 decían los titulares de los periódicos: "Enorme desastre del invasor en Coritzia, plaza fuerte de Albania, totalmente sitiada y dominada por la artillería griega.— Treinta mil soldados y oficiales fascistas huyen en completo desorden. —Los que no pudieron fugarse están atrapados en la ciudad".

El 10 de noviembre: "Espantoso descalabro de los ejércitos fascistas en Grecia y en Albania.—Quince mil hombres de la famosa división *Centauro* fueron aniquilados por los griegos.— Los invasores tienen que luchar, al mismo tiempo, contra los levantamientos en masa del pueblo de Albania, que combate codo a codo con el pueblo de Grecia".

Y este párrafo elocuente de la misma fecha: "Las fuerzas griegas que destrozaron a la división *Centauro*, pudieron escalar con heroísmo inigualable los altos desfiladeros de las montañas del Pindo, que en algunos sitios tienen mil ochocientos metros de altura. Las mujeres de las aldeas cercanas ayudaron a los defensores de su patria en el transporte de sus armas y de todos sus equipos, hasta las propias laderas de la montaña".

El 12 de noviembre: "Otra división italiana, en Yanina, ha sido despedazada por los griegos. Se calcula que sólo en ese frente central resultaron muertos nueve mil fascistas. El ejército invasor de Mussolini, perseguido de cerca por las tropas helenas, huye en el más completo desorden en todas direcciones".

* * *

Esa fué la respuesta de un pequeño pueblo, de una nación heroica, al ataque totalitario gestado en la segunda semana de octubre de 1940.

Esa es la lección que dan a sus victimarios los países que no quieren morir, no importa que las represalias contra las ciudades abiertas y contra los rehenes siembren de cadáveres calles, avenidas y los patios de las cárceles.

Así ocurrió en Madrid, en Valencia, en Barcelona, en todas las poblaciones leales de España. Y así ha sucedido en Atenas, Salónica, Corfú, Novarino.

Con el apoyo de Hitler, con la enorme maquinaria guerrera de los tudescos, la brutalidad nazifascista dominó a la postre a griegos y albaneses, como sucedió después en Yugoslavia. Pero con su resistencia y con su sangre —como España, como China— se salvan esos pueblos ante la Historia. Y caído quedará en ridículo el poderío del fascio, proclamado a voces estentóreas por su máximo y teatral sumo pontífice.

Habría que ver si Mussolini, después de esta nueva experiencia, en su delirio de imperial grandeza, sería capaz de retar de nuevo a nadie, incluso a los Estados Unidos, como lo hizo el vocero oficial de Roma, Virgilio Gayda, pocos días antes de lanzarse Italia sobre Grecia. He aquí sus palabras:

"¡Que no sigan los Estados Unidos provocando al Imperio italiano! ¡Cuídese el Presidente Roosevelt de las águilas del fascio, invencibles, poderosas, tremendas en sus ofensivas y en su venganza!"

¿Recuerdan los lectores al portugués del terremoto? "¡Non tembles terra, que non te fago nada!"

EL TRAJDOR MAXIMO DE ESPAÑA QUIERE PROTEGERNOS

MIL novecientos cuarenta. Noviembre. Día de todos los santos. Día de difuntos.

La guerra bestial de los totalitarios, que no es guerra de soldados ni de hombres, continúa abriendo cementerios en Europa.

Todo allí es destrucción y es matanza.

La muerte manda, dominando a la vida, con hálito de atrocidad y de terror.

Manda, pues, la muerte.

En las ciudades indefensas.

En las calles.

En las avenidas.

En los refugios contra bombardeos.

En los hospitales de sangre.

En los campos de concentración.

Desde el aire.

Desde las costas.

Desde las montañas artilladas.

Desde los cruceros y los acorazados.

Desde el fondo negro del mar.

Manda y ríe, porque es ama y señora de las fábricas, de los laboratorios, de la ciencia, de la hueca y pomposa civilización occidental, de todo cuanto creyó haber hecho la inteligencia de los sabios para mejorar y preservar al sér humano.

El Fuehrer bárbaro de los teutones manda y ríe, también, como un poseso.

A su vez ríe Mussolini, con forzada risa de histrión, al ver que millares de sus hombres van huyendo o caen en territorio griego, vueltas sus ancas a la heroicidad.

Y trata el Mikado de acompañar al de Berlín y al de Roma en tan

macabra risa, con el color más amarilló y con sus pequeños ojos más oblicuos, frente a los ejércitos de Chiang Kai-Shek.

Ríen, de igual manera, con alquilado regocijo, los pobres testaferrros de la barbarie supercivilizada: Antonescu, Pétain, Laval, Franco.

¡Toda la bajeza!

¡Toda la pandilla!

¡Los infortunados entreguistas que pretenden transformar al mundo, olvidando que son míseros esclavos del capataz del Reich!

* * *

¡Que lo hagan, si pueden, en la deshecha y carcomida Europa de las castas cerriles y de la molicie sin freno de los encumbrados!

Pero que acá nos dejen en paz, los rejoneadores y sus siervos, con lo que somos y con lo que tenemos.

Franco, desde luego, es el vocero de los nazifascistas.

Le han ordenado en Berlín que clame por la hispanidad.

Que nos oriente.

Que nos proteja.

Que nos defienda del imperialismo norteamericano.

En premio de ayudarnos, Hitler le ofrece, en su plan de distribución territorial después de la victoria, "dominio completo y manos libres en las viejas provincias españolas de América".

Y el gran hispanicida, traidor máximo de la hispanidad; grasa, curvas, papada y vientre, en abierta oposición con las rectas viriles, con el cerebro despejado y con el alma luminosa de los próceres...

El monstruoso criminal a sangre fría, torturador y asesino de los más altos valores de su patria...

El Generalísimo Francisco Franco, torpe, pequeñín y regordete, antítesis de don Quijote y de Bolívar, ha lanzado desde Madrid su salvador decreto, creando con ánimo cesáreo el Consejo de la Hispanidad.

* * *

Explican los periódicos que la misión de ese organismo no es otra que continuar la obra humana y civilizadora del Consejo de Indias, "de tan maravillosos resultados cuando guiaba y gobernaba al Imperio español de América durante la colonia".

Y agregan las hojas oficiales de propaganda, obedeciendo la con-

signa gutural del Fuehrer, que los Estados Unidos "no podrán desterrar a España del continente indo español, ya que el idioma, la religión y las costumbres son lazos que unen más que cualquiera otra conveniencia, por poderosa que ésta sea".

Los entreguistas levantan esta impresionante polvareda, con el pretexto de las bases aéreas y navales que necesita Washington para defenderse de posibles agresiones totalitarias.

Corre peligro entonces la hispanidad.

Pero los escritores de Franco nos ayudarán para que no nos devore la política del buen vecino.

Así nos lo ofrecen con estas palabras emocionantes y emocionadas: "Nuestras plumas —¡plumas, plumas!—, llenas de indignación y de pasión, están a vuestro servicio. Somos un ejército de voluntarios, firmemente unidos bajo vuestras banderas".

Y para que nos sintamos más fuertes, más invencibles, más invulnerables, contaremos además con el respaldo decidido de los universitarios de la "España Nueva", la de Franco, la de Hitler, la de Mussolini.

Los flamantes escolapios, en un mensaje a la juventud del Uruguay, hablan de libertad, de la soberanía territorial y del amor patrio.

El ilustrado Rector de la Universidad de Madrid, para no quedarse atrás, ampliando el radio de acción de sus pupilos, también ha creído conveniente dirigirse a todos los institutos culturales de la América del Sur.

Y hace constar que "España, en estas horas difíciles, se encuentra estrechamente al lado de todos los países americanos de raíz ibérica, en grave peligro por la intrusión de una potencia extraña".

* * *

¿Qué habría que contestar a semejantes cosas? Porque España, la verdadera y auténtica España; la universal y creadora; la del heroico y abnegado pueblo hispano; la de Cervantes, Lope, Calderón, Goya, Velázquez; la de Mina y Fray Bartolomé de las Casas, vive y eternamente vivirá en América.

La otra en cambio; la de Francos, Queipos, Molas, Dovalés, Morillos, Nicolaus y Monteverdes; la de espuelas, tizonas y encomenderos; la de siniestros Torquemadas, pretorianos, corregidores y tejas montara-cés, hace ya mucho tiempo que salió expulsada de nuestro clima.

¡A puntapiés la sacaron de América los aguerridos mexicanos, los

llaneros tropicales, los gauchos argentinos, los soldados indomables que lucharon y vencieron en nuestras guerras gloriosísimas de independencia!

¿Pues no se han dado cuenta estos señores generales, con mucha fanfarria y con mucho taconeo; y los falangistas, y los requetés fanatizados, y los cavernarios de todos los matices; pues no se han dado cuenta de lo que son y de lo que representan en América?

¿Pues no comprenden que en nuestro medio americano sólo está con su orgía de sangre, con sus traiciones, con sus crímenes y con su entreguismo la anti-España, que es como decir la anti-América española?

Y no por antiespañolismo, sino por todo lo contrario.

¡Por hispanismo!

¡Por antibarbarismo!

Escribí las frases anteriores y las líneas que siguen cuando todavía España luchaba contra la invasión. Las reproduzco porque cobran nueva actualidad:

“¡Imperio! ¿Con quién? ¿Contra quién? ¡Mal le habría de ir al cabecilla Franco en tierras de Bolívar!

“Mal le habría de ir, porque la raza del Libertador no es raza suya; ni su criminal movimiento de privilegiados tiene afinidad con el ambiente americano; ni hablamos en Hispano América el mismo idioma de los que siguen siendo partidarios de Fernando VII”.

* * *

¡Peores que Fernando VII, habrá que añadir en mitad del siglo veinte! Porque es difícil imaginar tanta vileza, tanta monstruosidad ensangrentada, tanta ignominia como las que hoy prevalecen en España.

Hasta los salteadores eran hidalgos en aquella tierra.

Los espías y los verdugos causaban asco como seres despreciables.

La felonía no fué nunca característica del espíritu español.

¡A Franco y a los suyos les estaba reservado bajar a lo más hondo de la degradación y de la infamia!

¿Será capaz de comprender, entonces, por qué la América española lo condena y lo repudia?

* Que no nos hable de patria, porque él es la antipatria.

Que no nos hable de raza, porque él es la antirraza.

Que no nos hable de libertad, porque él es símbolo abyecto de la más infamante esclavitud.

Que no nos hable de ningún peligro imperialista, porque nosotros sabremos defendernos de todo aquello que no sea la solidaridad americana, que no sea la democracia integral, como fórmula humanísima de mejoramiento colectivo.

No se preocupe de Hispano América el señor de la Anunziata.

Nos bastamos y nos sobramos con lo nuestro, con lo bueno y con lo malo.

Estamos en su contra.

Pero estamos con Bolívar, porque él sí es la libertad.

Y estamos con Morelos, porque él sí es la democracia.

Y estamos con Morazán, con Juárez y con Martí, porque ellos son, para nosotros, la independencia y la justicia.

¿Por antiespañolismo? No. ¡¡Por antibarbarismo!!

Como también estamos —por hispanismo, por antibarbarismo— con los 32 meses de lucha del pueblo español y con los que siguen combatiendo, en las cárceles o en el destierro, al sanguinario destructor de los más nobles y gloriosos atributos de la hispanidad.

COMO FORTALECIERON A LOS TOTALITARIOS CHAMBERLAIN Y DALADIER

El 18 de noviembre de 1940 publicaron los periódicos un expresivo mensaje, procedente de Vichy. Decía, en síntesis: "Los Ex Primeros Ministros Eduardo Daladier y Leon Blum, así como el Ex Generalísimo Gamelin, fueron hoy encarcelados en la pequeña población de Bourrasol, por órdenes del Gobierno. En la próxima semana serán juzgados por el Tribunal Supremo".

Ocho días antes se había también anunciado cablegráficamente —con detalles de la forma en que expiró—, el fallecimiento del valetudinario y fracasado apaciguador inglés, Neville Chamberlain.

Por la prisa que se dió en morir no hubo tiempo de que, como a sus compañeros franceses, le juzgara ningún tribunal de civiles, leales o traidores, o de militares con charreteras. Pero, en todo caso, muerto el uno y vivos los otros, ya la Historia los tiene bien juzgados y catalogados.

Ese juicio de la Historia; de los millones de hombres y de mujeres sin patria, sin hogar, perseguidos y encarcelados en los territorios de ocupación; de los centenares de miles de muertos en los campos de batalla y en las ciudades abiertas; el juicio de todos los caídos, en España, en Polonia, en Holanda, en Bélgica, en Francia, en Grecia, en Rusia, en el extremo oriente, no se basa, como el de los carceleros de la pandilla Pétain-Laval, en la ignominia de haber sido más o menos viles los jueces y los reos, más o menos entreguistas, más o menos partidarios y servidores del Fuehrer alemán.

¡Ese juicio es de entrañas abiertas, de sangre derramada, de niños y de ancianos bombardeados, de índices acusadores, de voces terribles de condenación y de protesta contra los cómplices de la barbarie, que fortalecieron a los totalitarios incesantemente, desde la agresión a Manchuria, y con el atraco de Abisinia, y cuando la hecatombe general se vislumbró en España!

En agosto de 1936, merced al pacto llamado de neutralidad, sirvió Blum a manos llenas los designios de Hitler y de Mussolini. Continuó Daladier esa torpe política de suicidio para Francia, hasta llegar al ignominioso pacto de Munich y al derrumbamiento inevitable de la República Española, a los cinco meses de haber sido entregada al Reich la nación checoslovaca. Y culminó el desastre francés con la actuación sin paralelo del infortunado Gamelin.

Ahora están los tres en el banquillo, ante una junta nombrada por Pétain, por Laval y sus acólitos, representantes del quintacolumnismo galo, de las doscientas familias, de los banqueros y comerciantes franceses, que sólo atienden a su lucro personal; representantes, para completar lo suyo, de las alegres damas de burdel y de los salones de París, que esperaban ansiosas la entrada de los alemanes en lo que fué Luteia.

Así salvaban todos y todas, su negocio. Y así, cuando los teutones dominaron la ciudad, las gentes de lucro, los almacenistas y los abarroteros, los petaines y los lavales, las cortesanas aristocráticas de variado triángulo, y las menos encumbradas de café cantante, pudieron exclamar con alborozo: "¡Oh la la, les allemands sont arrivés!"

* * *

Se acentuó entonces la era de las persecuciones contra los únicos que hubieran podido defender a su patria, si no hubiesen estado caídos, perseguidos y encarcelados desde el crimen de Munich.

Daladier —*Guión de Historia Contemporánea*, página 226— cuando más necesidad había de unión, de cohesión, de nacionalismo democrático, restó a su país el apoyo de seis millones de franceses: los más decididos, los más combativos, los más antifascistas, los campeones más reueltos de la democracia efectiva, de la justicia verdadera, del honor y de la libertad de Francia.

714 diarios, periódicos y revistas suprimió el Gobierno; 82 diputados tuvieron que salir expulsados del Congreso; alcaldes, líderes sindicales, consejeros municipales, cuantos dirigentes de la democracia francesa logró encontrar la policía, cayeron en prisión; 642 sindicatos, 795 asociaciones obreras y 322 ayuntamientos fueron cerrados con violación de toda ley.

Al llegar, entonces, el momento de la lucha, la República Francesa, vencida en el interior por Daladier, no tuvo ánimo ni fuerza para en-

frentarse a los ejércitos teutones, que fueron recibidos como en día de fiesta por los militares de la Cruz de Fuego, con "botas federicas", y por las altas clases corrompidas y degradadas de Lutecia y sus contornos, incapaces de combatir a nadie que no sea el pueblo.

De manera que toda esta tragedia de Francia, toda esta tragedia de Europa, toda esta tragedia del mundo, ya estaba en el ambiente. Fué iniciada al ayudarse sin tasa ni medida a los totalitarios, bajo la inspiración y bajo la dirección del inconsciente o del falaz plutócrata que hoy reposa en Inglaterra, aparentemente fallecido y sólo a medias enterrado.

Porque si Daladier quebrantaba en el interior de Francia la resistencia de su país, él y Chamberlain dejaron en manos enemigas la frontera de los Pirineos, que con el Frente Popular Español en el Gobierno habría estado resguardada en defensa de la democracia.

Y al entregar a Checoslovaquia, no satisfechos con el territorio que ponían a disposición de los nazifascistas, robustecieron además a Hitler con la línea Maginot de las regiones sudetas, y con los grandes centros industriales y militares de Checoslovaquia.

* * *

Pero eso es poco, como también quedó explicado en el *Guión de Historia Contemporánea*. Todavía en marzo de 1939 —¡para que el Reich atacara por fin a Rusia!— Chamberlain y Daladier cedieron al Fuehrer 1,600 aviones, 514 cañones antiaéreos, 2,175 piezas de artillería, 758 lanzallamas, 459 tanques, 43,876 ametralladoras, 1,190,000 rifles, 3,000.000 de obuses y más de 1.500.000.000 de cartuchos, junto con una enorme cantidad de materiales para construcción de puentes, reflectores, vehículos motorizados y todos los demás implementos bélicos que tenía Checoslovaquia.

Los datos transcritos han sido dados a la publicidad por André Marty, diputado y escritor francés. Dirán los reaccionarios que es hombre de izquierda. Habría que contestarles que sí es hombre de izquierda.

En otras palabras, que no es hombre de la talla de Pétain, de Laval, de Flandin, de Bonnet, ni de las damas pudibunas de "salones bien", o las menos pudibundas de café cantante, guñosas y alborozadas con el taconeo insolente de los invasores.

SOBERBIA ILIMITADA DE LOS ARIOS TUDESCOS

El 23 de diciembre de 1940, antevíspera de Navidad, publicaron los periódicos un mensaje cablegráfico que bien vale la pena reproducir. Constituye nueva evidencia de que el mesianismo y el egolatrismo del teutón de "pura raza", Adolfo Hitler, son anormalidades de manicomio que se reflejan, sin remedio, en el subconsciente de la gran fauna swastiqueña, quedando así comprobado el adagio de que un loco hace ciento, o en este caso muchos cientos de millares. Reza textualmente dicho cablegrama:

"Belgrado, diciembre 22 (ANTA).—Hitler será el amo absoluto del mundo dentro de muy poco tiempo, según declaraciones que hizo en una radiodifusión el general Franck, jefe militar de la Polonia ocupada por tropas del Reich, quien agregó frases como éstas:

"Las familias de los alemanes muertos en la guerra deben recordar que ser alemanes, por misericordia divina, es el dón más halagüeño y más envidiable que nos haya otorgado a los arios el Dios todopoderoso de Alemania. Ese Dios que nos inspira y que en la lucha nos da fuerza y valor para ser invencibles. Con su apoyo dominaremos a todas las naciones, pudiendo estar orgullosos de nuestra preparación para convertirnos en amos del mundo.

"Nuestro Fuehrer no es el responsable de la guerra, sino que tuvo que aceptarla para defender al Reich. Pero ahora se yergue ante el universo como el capitán más grande y como el vencedor más ilustre de la Historia, en todas las campañas guerreras de la humanidad. Es, sin disputa, el maestro de la estrategia a lo largo de todas las edades".

"Afirmó a continuación el elocuente e inspirado Franck que Alemania tiene que implantar, quieran o no quieran sus enemigos, el "nuevo orden" de Hitler. Y terminó diciendo que Polonia es alemana y que será siempre alemana, pues los polacos, en sí y por sí, no tienen ninguna misión que cumplir sobre la tierra".

Dos semanas antes, el 10 de diciembre, desde la plataforma de un cañón, había pronunciado el susodicho Fuehrer otro de sus famosos dis-

cursos estrafalarios. Tenía por auditorio, en una fábrica berlinesa de armamentos, al enorme rebaño de los obreros teutones con la cabeza cuadrada.

Y les habló, una vez más, de la necesidad germánica de “espacio vital”, del poderío de Inglaterra con sus numerosas colonias, del “absurdo” Imperio francés y de la incapacidad territorial asfixiante del pueblo alemán para cumplir su “glorioso destino”.

“La tierra no ha sido distribuída de manera tan injusta por la Providencia ni por Nuestro Señor” —dijo el mesiánico brochagordista—, calificándose a sí mismo como el instrumento de la divinidad y de la justicia celestial.

Levantó enseguida el tono de su voz para exclamar: “Durante toda mi vida he sido el representante de los pobres. No puedo permitir, por consiguiente, la riqueza inconcebible de un lado y la riqueza, también inconcebible, del otro lado”.

Equipara más adelante la diferencia y la lucha sórdida de clases con lo que ocurre entre las naciones, optando porque no haya explotadores ni explotados en el interior de los pueblos, ni tampoco desde el punto de vista internacional.

Exalta luego, como ideal máximo de su “nuevo orden”, la desaparición de todos los prejuicios de casta y de todos los privilegios, en tal forma que simples labradores y herreros puedan desempeñar, por su talento y por su preparación, las más altas funciones; y que humildes soldados lleguen por sus méritos a generales.

* * *

En el referido discurso, en síntesis, proclamó el desorbitado Hitler una democracia y un socialismo sui géneris, condenando la explotación, la riqueza y el egoísmo de “un mundo en el cual el último fin es siempre la lucha por la fortuna de la familia y del individuo”.

Pero ese mismo “transformador” destruyó implacablemente a la República Española, que perseguía mucho menos de lo que él predica; durante largos años ha insultado y denigrado a la nación soviética, por poner en vigencia la doctrina que se opone, precisamente, a la explotación y a la miseria; hizo mesa gallega con Checoeslovaquia; bombardeó y destrozó, en fin, a pueblos cuyo régimen de vida era menos infortunado que el de los nazifascistas.

Bien sabe el mundo, por otra parte, que la barbarie tudésca no ha tenido piedad para los pueblos dominados; ni para los judíos; ni para el conglomerado social, el país o el sistema que no se ciña a las ambiciones y a la brutalidad de los "arios de pura raza".

La contradicción salta de igual modo a la vista si se recuerda que en Francia sus mejores aliados son los grandes detentadores, los aristócratas, enemigos del pueblo, los industriales ventrudos y los almacenistas insaciables.

Lo mismo ocurre en Bélgica, lo mismo en Austria, lo mismo en los Balcanes, lo mismo en España, en donde el llamado Generalísimo es el más firme sostén de todos los prejuicios de la edad media, y de todos los privilegios de que gozaban las altas clases sociales durante la monarquía.

Pero la contradicción se explica si se recuerda, al mismo tiempo, que el pregonado "nuevo orden" de Hitler —como lo declara al final de su discurso— es un nuevo orden del Reich y para beneficio del Reich, de acuerdo siempre con la doctrina racial y anticientífica que sustenta la superioridad indiscutible de los arios.

Esa doctrina no admite más principios que los de la biología, distinguiéndose la raza superior, "la raza escogida y favorita del Sér Supremo", por sus caracteres físicos y por lo que esos caracteres suponen en el aspecto moral. Para Hitler el hombre de raza inferior debe perecer en la lucha por la vida, pues "la destrucción del débil significa la vida del fuerte".

Quiere decir, entonces, que el mundo tendrá que someterse, deformándose, a las leyes de la evolución de Darwin, "sin esas ideas bastardas que se llaman cristianismo, democracia o libertad, maculadas por la mezcla de razas inferiores, que no pueden comprender la elevación del espíritu ni la grandeza del alma de los arios".

Quienes tengan "sangre pura", posean los rasgos distinguidos de la "raza superior" y obedezcan al señor Hitler, serán los amos del mundo y los dominadores y encauzadores de la humanidad, siempre, por supuesto, al servicio del Reich. En ello descansa la soberbia ilimitada de los arios tudescos.

QUE TAMBIEN HISPANO AMERICA PUEDA VIVIR LA DEMOCRACIA

EN un nuevo discurso, lanzado al mundo desde Washington el 29 de diciembre de 1940, declaró el Presidente Franklin Roosevelt que el objetivo esencial de su Gobierno es el de mantener a Estados Unidos fuera de la guerra, durante varias generaciones. “Pero también —agregó— es el de preservar la independencia americana, y todas aquellas cosas que los vocablos “independencia americana” significan para los ciudadanos de la Federación”.

El Eje Roma-Berlín-Tokio, según el Presidente Roosevelt, amenaza directamente a los Estados Unidos, en el caso de que éstos interfieran los planes de expansión mundial de las potencias signatarias del pacto llamado anticomintern. “Los nazis, dueños de Alemania, han demostrado muy claramente —exclamó Roosevelt— que tienen el firme propósito de dominar a toda Europa, empleando después los recursos del viejo continente para lanzarse sobre el resto del planeta”.

En relación con la paz, manifestó el Presidente norteamericano que los Estados Unidos “no tienen el derecho ni la razón de fomentar conferencias pacíficas, sino hasta el día en que los agresores abandonen toda idea de dominación o de conquista del mundo. Sólo entonces podrá decirse que se han alejado de nuestros litorales las fuerzas agresoras de aquellos países, hoy en lucha contra los pueblos que viven y quieren vivir su libertad”.

Analizó a continuación en su discurso los orígenes de la Doctrina de Monroe, afirmando el señor Roosevelt que el hemisferio occidental, después de la proclamación de la mencionada Doctrina, quedó libre de cualquier ataque europeo o asiático.

“En cambio —y subrayó estas palabras—, nadie puede creer que América viviría tranquila si la victoria alemana convirtiese a los nazis en nuestros vecinos. En ese caso los poderes del Eje controlarían los continentes de Europa, Asia, Africa y Australia, quedando en situación

de emplear enormes recursos militares y navales contra el continente americano. No exagero al decir que entonces todos los hombres de las tres Américas vivirían en la boca de una pistola cargada con balas explosivas, tanto económicas como militares”.

En el transcurso de su sensacional alocución, por último, atacó el primer magistrado de la potencia anglosajona, con gran énfasis, la política suicida del apaciguamiento, al enemigo interior formado por las quintas columnas y a los que se imaginan que América no correría riesgo ninguno con el triunfo de la barbarie al otro lado del mar. Terminó diciendo que Estados Unidos será el arsenal de la democracia, y expresando su convencimiento de que los poderes del Eje no ganarán la guerra.

* * *

Veinticuatro horas después, al iniciarse el nuevo año, contestó el Fuehrer a las palabras de Roosevelt, en la forma brutal en que Hitler suele dar forma a sus pensamientos extraviados.

Declaró el mesiánico teutón que no terminará la guerra mientras no acabe con las democracias; volvió a presentarse ante su auditorio de rubios ilotas como el defensor máximo de los pobres; y no dió fin a su gutural elocuencia sin proclamarse nada menos que humanista, al asegurar que el reinado del oro ha pasado a la historia, de manera que sobre las castas capitalistas prevalezca el reinado del hombre; es decir, la superación del sér humano.

En el discurso de Hitler abundan, desde luego, expresiones tan suyas como “infame y estúpida”, refiriéndose a la acusación de agresora que lanzó Roosevelt contra la “inofensiva” Alemania. Y también, naturalmente, cae otra vez el poseso austríaco en la monomanía de considerarse como “intérprete de la providencia divina”, pues sólo el Reich podrá realizar los designios del Cielo.

“Escogido por Dios —aseguró— yo me encargo de que la democracia quede aniquilada de una vez por todas. Esa es mi determinación inexorable, respaldado por el pueblo alemán. La guerra deberá continuar hasta el fin; y semejante fin no puede ser otro que nuestro triunfo sobre los países demócratas, ya que nosotros somos los únicos capacitados para dictar, extender y sostener la paz del mundo”.

* * *

Definidas quedan, en uno y en otro discurso de fin y de principio

de año, las dos tendencias que dividen a la humanidad en esta época crucial. De un lado la tesis democrática; de la otra parte, la soberbia manía conquistadora y dominadora de los nazis.

Hitler y su rebaño, como los israelitas del Antiguo Testamento, están firmemente convencidos de que son el pueblo superior, la raza que Dios ha puesto sobre la tierra para que a todos nos señale el camino que debemos seguir, con la cabeza baja y con las manos atadas frente a la grandeza del Reich.

Democracia y antidemocracia, por consiguiente; humanismo y antitarbarismo; el hombre como hombre y la bestia o el antihombre, han llegado al punto de ponerse el uno contra el otro.

Y la lucha es de matanza, destrucción, sangre, desolación y ruina.

Pero de esa lucha surgirá, porque va la Historia en camino ascendente, una síntesis en que las mayorías sacrificadas ocuparán el sitio a que tienen derecho en la vida, ya que son ellas las que todo lo sufren y las que todo lo pierden en estas grandes crisis de la civilización.

Habría, sin embargo que hacerse una pregunta. ¿Vivirá también la democracia el conglomerado social hispanoamericano, después de la victoria que espera y pregona el señor Roosevelt?

Porque en algunas de nuestras repúblicas, como en la España de Franco, como en las regiones europeas ocupadas por los germanos, como en la Francia escarnecida por los modernos hunos, hay cárcel, persecución y atropellos, no precisamente para los quintacolumnistas del Fuehrer alemán, sino contra los defensores más firmes y decididos de esa democracia que con tanto ardor predica el actual Gobierno norteamericano.

Es obligación de cuantos nacimos en el nuevo mundo; de los que estamos contra el crimen y contra la monstruosidad totalitaria; de los que siendo antiimperialistas aceptamos la política del buen vecino, no perder de vista que la cooperación que podamos dar a los Estados Unidos, sólo puede interpretarse como cooperación en favor de la democracia verdadera, del mejoramiento colectivo, de una batalla firme contra la explotación del capitalismo internacional, dueño y señor de nuestras riquezas y el más firme sostén de vendepatrias y tiranos.

De lo contrario ayudaríamos a la victoria de una causa, ajena en realidad a nuestra propia esencia, y enemiga de nuestro desarrollo integral.

Ayudaríamos al predominio de grandes sociedades anónimas anglo-

americanas, succionadoras de nuestras reservas petroleras, de nuestras minas, de nuestras tierras, de lo que a todo trance necesitamos para llegar a ser lo que debemos ser.

En ese caso apoyo sobrado tendría la demagogia nazifascista para seguir infiltrándose en nuestros países. ¡Y para formar nuevos adeptos entre aquellos que se oponen a los privilegios de la Royal Dutch, de la Bond and Share, de la Guggenheim o de la Standard Oil, entre tantas otras empresas con oficinas principales en Londres o en Wall Street, como bien pudieran tenerlas en Berlín o en Hamburgo, al amparo tenebroso de la swástica!

NUESTRO DEBER HACIA EL PUEBLO ESPAÑOL

DE norte a sur en el continente americano, a pesar de los gobiernos reaccionarios, hubo un gran movimiento popular de apoyo entusiasta y de ilimitada simpatía en favor de la causa de los leales españoles, traicionados y abandonados por la vieja y carcomida Europa.

Más interesante y espontáneo resultaba ese movimiento, si se recuerda que era necesario luchar contra la falacia de la propaganda fe-roz de las derechas.

Los redactores y los corresponsales de los diarios de mayor circulación parecían estar inyectados de virus nazifascista.

Las agencias de publicidad desfiguraban los hechos, de acuerdo con sus conveniencias.

Y los "grandes cerebros", las enlevitadas eminencias criollas de puños con almidón, chaleco cruzado, leontina de oro y tétrico bombín, alzaban los brazos al cielo "por las iniquidades de los rojos".

Escupían todos ellos la palabra ¡comunista!, como un oprobio, a los defensores de la España invadida y ultrajada por las dos potencias totalitarias.

Nueve de cada diez diplomáticos españoles, para alivio de males, habían traicionado al Gobierno legítimo de su patria, poniéndose al servicio de los facciosos.

Y la gachupinada con pesetas y con zapatos de charol, sintiéndose aristócrata por haber dejado las alpargatas, se soltaba en denuestos contra la República y clamaba, a voz en cuello, por "los felices tiempos de don Alfonso XIII".

* * *

Pero no obstante el poder y la influencia de los cavernarios en la opinión pública de América, aquel gran movimiento popular, subconsciente si se quiere, iba aumentando conforme se prolongaba el martirio de los que en España daban su sangre por la independencia y por la libertad.

Llegaron a comprender las masas trabajadoras de nuestro hemisferio que la actitud de los reaccionarios, "gentes de orden", no podía ser otra que la asumida por ellos desde el 18 de julio de 1936: ¡alborotarse con el ruido de las espuelas y de los sables españoles; rendir tributo a la brutalidad de Hitler; batir palmas a la barbarie criminal de Mussolini!

¡En esa forma esperaban asegurarse contra el peligro de las "ideas comunizantes"!

Nada había de extraordinario, entonces, en la actitud de esas castas privilegiadas y aprovechadas. Porque si hombres y mujeres de tan agudo alboroto hubiesen vivido en tiempos de Bolívar, habrían estado con Monteverde, con Morillo, con los inquisidores, con el taconeo de los entorchados y con la explotación que a su sabor realizaban los encomenderos.

En México, posteriormente, hubieran denigrado a Juárez por sus leyes de reforma, y se le habrían echado encima por "su testarudez" al enfrentarse con los ejércitos de la invasión francesa.

Y en Cuba, enemigos declarados de Maceo y de Martí, habrían batido palmas al señor Capitán General don Valeriano Weiler y Nicolau. (*España Heroica*, página 138.)

* * *

Todo eso parecía sentirlo —por memoria ancestral— la gran masa popular de América.

Y se formaban organizaciones en ayuda de la República Española.

Y se reunían fuertes sumas, de centavo en centavo, para que a los combatientes nada les faltase.

Y se fundaban diarios y revistas al calor de la guerra de España, de tal modo que se pudiera contrarrestar la propaganda vil de los estamentos parasitarios, de los amos del poder y de la fuerza, enemigos rotundos de todo anhelo reivindicador.

De esa cruzada intensísima, de esas publicaciones, de las grandes asambleas y de los actos fervorosos celebrados en nuestro continente en ayuda y homenaje a los leales, casi no se tenía noticia en la propia España, cuyos políticos, generalmente, sólo se preocupaban de lo que pudieran hacer las demás naciones europeas.

La campaña, empero, continuaba incesante en este lado del mar,

con mayor optimismo cada día, sin intervención de ningún Ministerio de Propaganda, con nuestro propio esfuerzo, con nuestro propio dinero, con la cooperación y las colectas de las grandes mayorías trabajadoras.

Vino después el derrumbamiento de Cataluña. A continuación, la entrega de Madrid. Terminó por fin la guerra. Mas el sufrimiento del pueblo español sigue todavía, en las prisiones, en el destierro, en los campos de concentración.

A los leales les persiguen los traidores en el interior de la península, por haber defendido a su patria de la esclavitud y de la invasión extranjera.

A sus jefes más prestigiados, violando Pétain el derecho de asilo, los reclama y los entrega desde Francia la Gestapo, para que se les inmole sin piedad, con falta tan escandalosa de decencia, que no encuentra parangón esa ignominia en los anales de la bajeza humana.

Y al pie de los Pirineos o en el Sahara, bajo el sol y bajo la lluvia, continúan resistiendo y agonizando por millares los defensores, doblemente traicionados y escarnecidos, de la democracia española.

* * *

He leído, hace algún tiempo, el llamado de la FOARE de México a los pueblos de América, para que no cesen en su valiosa colaboración económica, de manera que pueda financiarse el barco en el que encontrarán su salvación tres o cuatro mil republicanos españoles, escogidos entre la enorme multitud que aún espera en territorio francés o en el norte de Africa.

En el transcurso de pocos días se ha dirigido un nuevo llamamiento a los profesionales hispanoamericanos, a los hombres de letras, a los artistas, a los obreros, a los estudiantes, a los campesinos, a los hombres y mujeres de espíritu humanitario, para que ayuden sin descanso a los soldados que con tanta abnegación lucharon en España contra el nazifascismo.

Firman esa nota urgente varias organizaciones de Norteamérica, de Chile, de México, de la República Argentina, de Puerto Rico, del Uruguay, de Cuba y de otras repúblicas del nuevo mundo. Y se organizan, sobre la marcha, bailes y festivales con el mismo fin, de modo que puedan aportar su contribución, sin sacrificio, todas aquellas personas que

con tanto empeño ayudaron a los heroicos combatientes españoles, durante sus treinta y dos meses de resistencia ejemplar al invasor.

Mas por desgracia —y esto es realmente injusto y doloroso—, el entusiasmo por las colectas en favor del pueblo español ha disminuído, a ojos vistas, de Nueva York a Buenos Aires, pasando por todas las capitales hispanoamericanas.

¿Por indiferencia, por frialdad hacia la situación angustiosa de la auténtica España? ¿Porque los trabajadores de este hemisferio hayan perdido su fe en la victoria final y sus esperanzas de redención?

A esas dos preguntas se puede contestar rotundamente en forma negativa. Las razones son otras. Y la responsabilidad de lo que sucede la llevarán para siempre en su conciencia algunos dirigentes de la propia España, que no han sabido o no han querido emplear, eficazmente, el patrimonio de la comunidad hispánica, para salvar y socorrer a sus compatriotas en peligro.

¡Porque la voz ha corrido, de uno al otro confín, en las naciones hermanas que fueron de Castilla!

Tales cosas, sin embargo, no habrían de arredrar a ningún hispanoamericano, consciente de su responsabilidad histórica.

Podrá suceder todo eso, y mucho más, y lo que se ha dicho sobre el criticable manejo del patrimonio arriba mencionado.

Podrán seguir los gobiernos en relaciones con Franco y con Pé-tain. ¡Incluso Washington! ¡Incluso Londres, con el Duque de Alba representando en Buckingham al testafarro de Hitler y de Mussolini, acomodado en el Palacio de Madrid!

Pero nuestro deber está con el pueblo español, hasta conseguir que no sigan purgando el delito de haber defendido a España, con su abnegación, con su valor y con su sangre, los heroicos soldados que todo lo dieron y que todo lo perdieron por la República Española.

ARMAS TUDESCAS EN LA REPUBLICA DE COSTA RICA

ME referí, recientemente, a la penetración sistemática de los nazifascistas en algunas repúblicas hispanoamericanas.

Con datos concretos, estadísticas verificadas y nombres propios, creo haber podido demostrar en esa serie de informaciones la verdad, más o menos inquietante, de lo que está sucediendo con las actividades que desarrollan, de México a la Patagonia, los audaces y poderosos agentes de la barbarie, pregonada y practicada por el Fuehrer mesiánico de los teutones.

Respecto de mi pequeña patria, la República de Costa Rica, vecina del Canal de Panamá, hice una relación del número de haciendas cafetaleras y de patios de beneficio en poder de alemanes hitleristas; escribí sobre el monopolio azucarero de una casa alemana; agregué el nombre de las principales firmas comerciales de súbditos del Reich; pude dar a la estampa los tomos y los folios del Registro Público de la Propiedad, en donde figuran los traspasos ficticios de fincas de tudescos, sobre todo en la provincia de Heredia, a determinadas personas o sociedades nazicriollas; y me pareció necesario, por añadidura, denunciar el hecho increíble de que sujetos destacados de la colonia alemana fuesen funcionarios del Gobierno costarricense, en altas posiciones públicas de manifiesta responsabilidad.

Entre los teutones rematados, súbditos incorregibles del Deutschland uber alles, cité al señor Max Effinger, Director General de Obras Públicas, hasta hace poco tiempo, y al señor Karl Hollkemayer, ex-Jefe del taller eléctrico del Ferrocarril al Pacífico. Y conectando la coincidencia de esas funciones ferrocarrileras, o como se las quiera llamar, expresé la seguridad de que las armas de dos barcos alemanes anclados en Puntarenas (después se les incendió, con instrucciones del Reich), habían sido transportadas a diversos sitios del interior de la República por los tripulantes nazis de dichas embarcaciones.

Esos tripulantes, trescientos cabezas cuadradas al servicio de la "raza superior", iban y venían en grupos, con absoluta libertad, del puerto a la capital, precisamente en el ferrocarril de cuya administración técnica formaba parte el referido swastiqueño herr Hollkemayer.

Los citados marinos arios en sus viajes a San José —me parece necesario repetirlo—, se hospedaban en distintas casas de hitleristas o en el Club Alemán, centro de tertulia antidemocrática y de constante propaganda en favor del amo supremo de la raza tudesca.

Era de suponer, por consiguiente, que en dicho Club, situado en las afueras de la capital, hubiese buena parte de aquel armamento, así como en determinadas residencias y en algunas haciendas cafetaleras de los fanáticos de Hitler.

* * *

Ahora llega la noticia de que en la pacífica nación centroamericana, en forma inesperada, se ha descubierto un complot nazi contra la tranquilidad y la seguridad de los habitantes del país, habiendo encontrado la policía todo un arsenal de bombas y material de guerra. Así dice, textualmente, el cablegrama sobre el particular:

"San José, Costa Rica, enero 12, 1941. (ANTA).—Flash.—La policía descubrió ayer un arsenal completo de bombas, armas y parque de toda clase, al mismo tiempo que gran cantidad de emblemas hitlerianos, en una ciudad del interior cuyo nombre no se quiso revelar a los periodistas.

"Los diarios fueron informados en el sentido de que el Gobierno "procederá con mano de hierro" contra los agentes totalitarios o sus cómplices, quienes pensaban emplear esos elementos en contra de la tranquilidad y la seguridad del pueblo costarricense".

Mensajes cablegráficos de la misma fecha, procedentes de Cuba, dieron la noticia de que el Ministro del Interior, con la mayor serenidad pero con inquebrantable energía, anunció que está dispuesto a tomar "las más drásticas medidas para suprimir la propaganda nazifascista, que se viene haciendo en territorio de Cuba, sin respeto ninguno para el sentimiento democrático de los cubanos".

Las medidas drásticas que el Gobierno de Cuba pueda tomar contra los agitadores del Reich: la "mano de hierro" que el Gobierno de Costa Rica quiera ponerles encima a los agentes totalitarios; lo que se haga, en fin, a través de toda nuestra América, para que no siga envenenándonos el virus de la swástica, es cosa que debe justificarse y entenderse.

No se les perseguirá ni se les pondrá en orden porque tengan cuadrado el cráneo, porque hablen con sonidos guturales, o porque carezcan de pelo en el pecho por ser lampiños de pies a cabeza.

La mano fuerte tendrán que sufrirla por su soberbia, por su iniquidad, por aplaudir, defender y tratar de imponer en nuestro medio el salvajismo sin nombre de los jefes nazis, que agobian y martirizan a su propia patria.

Para comprender y odiar ese salvajismo hay que haberlo visto y hay que haberlo vivido. No es cuestión de propaganda. No es cuestión de imaginarse, tampoco, que los "tories" luchan esencialmente por la democracia ni por el respeto a las naciones débiles, a las que el grupo Chamberlain sacrificó, cuando aún era tiempo de ponerle freno a la brutalidad del Eje Roma-Berlín-Tokio.

¡Es cuestión de haber palpado, en la propia realidad, lo que durante treinta y dos meses sucedió en España; y de haber seguido, día por día, hora tras hora, la relación escalofriante de la tragedia desatada sobre el mundo!

* * *

Podría eludirse la responsabilidad teutona afirmando que "esas son cosas de la guerra". Mas la guerra nunca se había hecho sobre poblaciones civiles, sobre mujeres y niños indefensos, sobre reliquias históricas, asilos de ancianos o escuelas y museos.

Actualmente se hace la guerra en esa forma, criminal y monstruosa, porque los agredidos no tienen más remedio que defenderse de los agresores con sus mismas armas y con sus mismos métodos, para no ser aplastados por la barbarie.

Y no se diga que no empezaron esa clase de matanza los tudescos. No sólo la empezaron sino que, en sus publicaciones de índole militar, la han pregonado francamente como indispensable. He aquí algunos ejemplos que ya he transcrito varias veces, así en *España Heroica* como en el *Guión de Historia Contemporánea*:

Der Totale Krieg, Llundendorf, Munich, 1935: "La guerra total no debe conocer la piedad, ni ahorrar nada, ni respetar nada, recordando que las armas más crueles son las más eficaces. En esa guerra la ofensiva tiene también que dirigirse, por la bomba y la propaganda, contra la voluntad y la fuerza de resistencia de la población civil. No debe herirse solamente al hombre sino también, entonces, a la mujer y al niño".

Handbuch der Neuzeitlichen Wehrwissenschaft, General Von Teyssen, Berlín, 1936: "Si logramos lanzar, por ejemplo, trescientas toneladas de bombas incendiarias y asfixiantes sobre los pueblos y los centros industriales del enemigo, podemos dar fin a la guerra en un mes".

Grundzuege der Wehrpolitik, Oberst Von Oertzen, Hamburgo, 1935: "Cuando las bombas incendiarias devastan las ciudades enemigas y los habitantes de la población civil son ametrallados por los aviones, la resistencia se hace imposible. El pueblo desmoralizado exigirá el fin de las hostilidades. Esta decisión será más fácil de obtener en los países con poca o ninguna aviación militar".

Semejante barbarie, pregonada y practicada sin ningún escrúpulo por los totalitarios, es la que debemos combatir con "mano de hierro" en nuestra América.

Y bien está que a sus agentes y propagandistas se les apliquen sanciones en cierto modo nazis, expropiándolos y expulsándolos del ambiente americano, en tal forma que no puedan sembrar los odios ni las pasiones de la vieja Europa en el nuevo continente.

Es lo menos que podía pedirse a los gobiernos de Cuba y de Costa Rica, a pesar de la influencia tremenda que en los altos círculos sociales de Hispano América tienen las quintas columnas nazificadas.

Influencia de tal modo poderosa que los "hitleristas de abolengo", a pesar de las listas negras y de las expropiaciones, continúan alzando la voz en los círculos hispanoamericanos de la prostitución aristocrática; explotando a los nacionales; disfrutando de bienes mal habidos con el sudor del pueblo; haciendo mofa de la democracia y de la política del buen vecino, con el auxilio "legal" de gobernantes y de rúbulas criollos, capaces de cualquier complicidad, a cambio de honorarios por "servicios profesionales".

¿Hasta cuándo? He aquí la pregunta que debemos hacernos de norte a sur y de oriente a occidente en nuestra América.

LORD HALIFAX, NAZIFASCISTA REDOMADO, EMBAJADOR EN WASHINGTON

NO acierta uno a explicarse lo que sucede con las cosas y con los hombres de Europa. El predominio del ya fallecido Chamberlain en Inglaterra, durante la crisis que culminó en la guerra actual, era indicio de que el viejo mundo carecía de hombres superiores, de verdaderos estadistas. O era una demostración palpable de que el cinismo y la perfidia corrían parejas con la mediocridad ambiente.

Lo mismo se observaba en la Francia de Blum, Gamelin y Daladier, en la Bélgica de Spaak, en Polonia, en Holanda y en las demás naciones europeas.

Estallado el conflicto, derrotados uno tras otro los países del viejo continente por la preparación bélica de los tudescos, ha tenido que continuar la lucha y sufrir las consecuencias de la miopía de sus gobiernos, en defensa de sus intereses y de su propia vida, el pueblo de las islas británicas.

Y ha sido tan feroz el castigo de justos por pecadores, en tal forma evidente y trágica la equivocación o la torpeza de los líderes del Partido Conservador Inglés, que los más responsables de ese grupo podrían darse por muertos y enterrados, como está muerto y enterrado —¡a medias!— el imponderable Chamberlain.

Pero ya se dijo al principio que no acierta uno a explicarse lo que sucede con las cosas y con los hombres de Europa.

Y así nos encontramos con el brazo derecho y con el más entusiasta inspirador de la "política del apaciguamiento", con uno de los más firmes fortalecedores del nazifascismo, con el alto y desmedrado cómplice de Hitler y de Mussolini, Lord Halifax, convertido en Embajador de Inglaterra ante el Gobierno del Presidente Roosevelt.

* * *

Y nos lo encontramos, por añadidura, vitoreado y aclamado en Nor-

teamérica. Véanse a continuación algunos mensajes cablegráficos sobre el particular:

“Annapolis, enero 24 de 1941. (ANTA).—Flash.—A las diecinueve horas llegó el yate presidencial *Potomac*, trayendo a bordo al Presidente y a Mrs. Roosevelt, así como al Embajador de la Gran Bretaña y a Lady Halifax, quienes pasaron de la cubierta del crucero *King George* a la propia *Potomac*”.

“Annapolis, enero 24 de 1941. (ANTA).—Poco tiempo después de haber atracado el *Potomac* en los muelles del puerto, el Presidente Roosevelt, dando el brazo a Lady Halifax, y el Embajador de la Gran Bretaña a la esposa del primer magistrado norteamericano, bajaron a tierra en medio de los vítores de la muchedumbre que allí estaba congregada. El Embajador tomó asiento en el automóvil presidencial, saliendo ambos sin tardanza rumbo a Washington”.

“Annapolis, enero 24 de 1941. (ANTA).—Al llegar los representantes de la prensa al yate *Potomac*, Lord Halifax los recibió y atendió con la mejor cortesía, haciéndoles las siguientes declaraciones:

“Vengo aquí en calidad de miembro del Gabinete de Guerra de la Gran Bretaña, y en servicio de Embajador de Su Majestad, para que el pueblo y el Gobierno de los Estados Unidos sepan cómo y de qué manera pueden ayudarnos más efectivamente. Cuanto más rápida sea vuestra generosa ayuda, más violentamente podremos destruir a la potencia nazi que trata de esclavizar a Europa y al mundo entero.

“Seguramente que se abre frente a nosotros un camino rudo y difícil, tal vez larguísimo; pero no abrigo la menor duda de que con la ayuda de vosotros obtendremos la victoria. De ese modo salvaremos los principios sobre los cuales descansa nuestra civilización, la de Estados Unidos y la de todos los países democráticos”.

* * *

De manera que el Honorable Lord Halifax, Embajador de Su Majestad Británica, pide ayuda para “destruir a la potencia nazi que trata de esclavizar a Europa y al mundo”. Pero el mismo y muy Honorable Lord Halifax, con su “política de realidades”, cooperó abiertamente, en toda forma, con el Fuehrer y con el Duce, como ya lo han visto los lectores en varias páginas de este volumen.

Hizo que Chamberlain —así se comprueba reiteradamente folios

atrás— reconociera la anexión de Austria al Reich, a los pocos días de haber invadido los teutones el territorio austríaco.

Estuvo gestionando, simultáneamente, el reconocimiento de la conquista japonesa de la China del Norte —como si fuese la China propiedad inglesa— a cambio de protección nipona para los intereses comerciales de Londres.

E inició, sin pérdida de tiempo, todos los arreglos que habrían de parar en el convenio angloitaliano del Mediterráneo, fortaleciendo así la posición de Mussolini.

Ese convenio angloitaliano del Mediterráneo, firmado el 16 de abril de 1938, quedó demostrado con anterioridad que fué el principio del derrumbamiento de España, y de su entrega lamentable a los dos reo-neadores totalitarios.

Dicha entrega —parece necesario insistir en punto de tanta importancia— se pudo consumir definitivamente cuando el propio Halifax y Chamberlain, en la visita que hicieron al Duce en enero de 1939, lo autorizaron para que el Eje de la barbarie, con todas sus armas y con todas sus fuerzas, lanzara y mantuviera su ofensiva brutal en Cataluña contra el pueblo español.

Quiere decir que Halifax no sólo cooperaba con sus amigos de Roma y de Berlín, para cebarlos con países extranjeros, sino que, al mismo tiempo, les prestaba decidido apoyo en perjuicio de la propia Inglaterra y en perjuicio de su aliada Francia.

Se comprende, entonces, lo que sucedió después; y lo que antes había sucedido, como la misión británica, poco honrosa, de conseguir que todos los miembros de la Liga de las Naciones reconocieran la soberanía de Roma sobre Abisinia.

¡Gracias a él y a Chamberlain, por consiguiente, pudo firmar sus papeles el anciano monarca de Italia con el mote de Emperador, aun cuando ya la pesada corona del Negus Neguesti se le haya caído de la cabeza al resignado de Vittorio!

* * *

Todos estos “pequeñísimos errores” deben todavía completarse con la otra “pequeña equivocación”, la del Pacto de Munich, que en septiembre de 1938 puso en manos del salvajismo de Hitler, contra la opi-

nión del mundo entero, el territorio, las fábricas de armas y las defensas totales de Checoeslovaquia.

No es necesario repetir la relación de la enorme cantidad de material de guerra que entregaron al Fuehrer Chamberlain y Halifax, Bonnet y Daladier, nada menos que en marzo de 1939: aeroplanos, cañones antiaéreos, flamantes piezas de artillería, tanques, ametralladoras, obuses, lanzallamas, etc., junto con todos los demás implementos bélicos que tenía Checoeslovaquia.

Lo relatado es historia viva. Es realidad sangrienta y sangrante. También es historia viva, realidad sangrienta y sangrante, lo que dicen los cables arriba transcritos sobre la llegada de Halifax a Norteamérica, y sobre el deseo que ahora tiene de combatir a los totalitarios.

¡Cosas y hombres de Europa que acá en América, francamente, somos incapaces de comprender!

INTERPRETACION TUDESCA DE LA DOCTRINA DE MONROE

FEBRERO de 1941 ha sido en Europa tan movido y agitado, como muy pocos meses anteriores. No podía ser otra la consecuencia de los quebrantos espectaculares del fascismo italiano en todos los frentes; del dominio parcial de Inglaterra en Africa del Norte; y del fracaso de Alemania en su ofensiva contra las islas británicas.

En tales condiciones no le ha quedado más camino a Hitler que el de sembrar la confusión en los Balcanes, apoderarse virtualmente de Rumanía, mover sus tropas hacia Bulgaria, ofrecer su apoyo contra Grecia a los maltrechos italianos, y amenazar con sus huestes y con sus aviones a los turcos.

Mussolini, por su parte, de acuerdo siempre con el Fuehrer, ha movido todas sus teclas diplomáticas para que el Gobierno marioneta español de Francisco Franco, hechura de los totalitarios, ayude todavía más a Berlín y a Roma. Con objeto de llegar a los acuerdos necesarios, y de contar con el apoyo de Falange en el momento oportuno, Franco y el Duce se entrevistaron en territorio de Italia.

Todos esos movimientos, todas esas conversaciones y todo ese cobro de letras vencidas, que la barbarie del Eje le hace a la traición del Generalísimo, no tienen otro objeto que el de preparar un golpe mortal contra Inglaterra, aprovechando los agresores sus derechos de tránsito por la zona francesa no invadida, y por el territorio de la "España Imperial" que tienen sojuzgada.

Mussolini, al parecer, no se conforma con lo que ha podido darle el cabecilla Franco, ni a Hitler le parece suficiente que su pupilo español corresponda, en "tan pequeña escala", al apoyo que Roma y Berlín le prestaron para destruir el régimen democrático de la República.

De acuerdo con cablegramas fechados el 11 de febrero, quieren ambos rejoneadores que el Generalísimo autorice el empleo de los pueros españoles del Mediterráneo, de cierta fecha en adelante, como ba-

ses para la escuadra y para los aeroplanos nazifascistas, agregándose también a esos puertos los del Marruecos español.

Si los totalitarios consiguen, al mismo tiempo, el empleo de las bases francesas en el Africa septentrional, y los barcos de guerra de Francia a cambio de determinadas concesiones ofrecidas a Pétain, sostienen algunos expertos que todo ello combinado asumiría proporciones amenazadoras para la Gran Bretaña.

* * *

Que en una o en otra forma se preparen los beligerantes europeos para intensificar su guerra de exterminio, es cosa descontada, natural y lógica dentro del criminal proceso de una contienda a sangre y fuego. Pero lo inconcebible, lo extraordinario y falaz de los tudescos, es que lleguen al extremo de referirse a la Doctrina de Monroe, como instrumento aprovechable de crímenes y de matanzas. Sobre el particular dice lo siguiente un cablegrama de Berlín:

“Berlín, febrero 12 de 1941 (Transocean).—Alemania, Italia y el Japón luchan hasta obtener que ninguna potencia, extraña a sus respectivos continentes, se inmiscuya en su política ni en sus decisiones, conforme a la tesis que en 1823 sentó el Presidente norteamericano James Monroe. El pacto germano-italo-nipón se interpreta aquí como el punto de partida de una nueva política internacional.

“Alemania e Italia no desean que Inglaterra y Estados Unidos intervengan en los asuntos de Europa; y el Japón está dispuesto a erigir una Magna Asia Oriental, libre de las intromisiones angloyanquis. En esa forma la Doctrina de Monroe se convertirá en doctrina mundial, renunciando las potencias de diversas latitudes al derecho intolerable de intervenir en los asuntos de otros continentes”.

Falacia de tal jaez, en la interpretación de una doctrina, tenía que ser patrimonio exclusivo de la propaganda nazi. Porque Monroe no tuvo jamás en mente que su mensaje del 2 de diciembre de 1823 viniese a servir, al cabo de los años, como bandera de salvajismo y de barbarie para la conquista del mundo por las fuerzas antihumanas y antidemocráticas del siglo veinte.

Su doctrina, por el contrario —no importa que después la hubiese mal empleado el imperialismo de Washington y de Wall Street—, tuvo como objetivo primordial la defensa de pequeñas y recién funda-

das democracias en el nuevo mundo, contra la amenaza de las potencias reaccionarias europeas, que al formar la Santa Alianza pretendían lanzarse a la reconquista del continente americano.

“No nos hemos inmiscuido ni nos inmiscuiremos —decía Monroe— en las colonias y dependencias europeas existentes en el hemisferio occidental; pero en cuanto a los gobiernos que han declarado su independencia —y a los que hemos, tras madura reflexión, reconocido— no podríamos considerar interposición alguna con objeto de oprimirlos o de otro modo guiar sus destinos, más que como una manifestación de índole poco amistosa hacia los Estados Unidos”.

No hay en esas palabras indicio ninguno de que el Gobierno norteamericano tratara de apoyar a los poderosos contra los indefensos, ni a ninguna potencia agresiva y agresora, ni a ningún régimen totalitario.

Resulta sangrientamente trágico, entonces, que en el transcurso de poco más de un siglo, de 1823 a 1941, pretendan los hunos de nuestra época aprovechar ese mismo postulado para fortalecer su posición de filibusteros, de conquistadores y de verdugos internacionales.

SIGUEN LABORANDO LOS FRANQUISTAS DEL CONSEJO DE LA HISPANIDAD

TRABAJAN sin descanso los nuevos "protectores" de las repúblicas hispanoamericanas.

Los falangistas de la España Imperial.

Los infladores de un Opas siglo veinte, metido en uniforme, a quien llaman el Caudillo.

Los que estuvieron de acuerdo en la matanza de españoles y en la invasión de su patria por fuerzas extranjeras.

Los que, en resumen, han renegado de su raza y de su tradición, prefiriendo el dominio de italianos y de teutones al régimen democrático de la República, en territorio peninsular.

Trabajan sin descanso. Y para demostrarlo, con grandilocuencia que huele a cosa podrida, hacen saber que el Consejo de la Hispanidad será el "Eje mundial español".

Como suena. ¡Eje mundial español! Y agregan que cumplirá el Eje de marras su imperial destino, "sin extravagancias románticas ni teorías sensibleras".

Todo ello podrá lograrse con la buena táctica de que el Cuñadísimo Serrano Súñer, Ministro de Relaciones Exteriores, sea al mismo tiempo Presidente del citado Consejo de la Hispanidad.

Así se garantiza el éxito de la sagrada institución en el exterior; es decir, entre las hijas que tuvo España en América.

Junto a Serrano ejercerán cargos sobresalientes en el Consejo personas de calibre muy destacado. Entre ellas, naturalmente, los directores del Archivo de Indias de Sevilla; un representante dinámico del servicio exterior de Falange; el Subsecretario del Ministerio de Estado; el jefe de la sección falangista de relaciones culturales; el Subsecretario de Prensa y Propaganda; el Subsecretario de Comercio; el Secretario General del Ministerio de Marina; el Director de Comunicaciones Marítimas; la señora o señorita delegada de la sección femenina de Falange; el delegado nacional, también falangista, de prensa y

propaganda; los Embajadores de España en Cuba, Chile, México, Argentina y el Perú, etc., creyendo tanta Señoría que el Gobierno mexicano otorgará su reconocimiento al régimen nazifascista y antiespañol de Franco.

Pero eso es poco, pues son miembros del Consejo, además, el Prior de los Dominicos de San Esteban, Salamanca; el Prior del Convento de la Rábida, Huelva; el Ilustrísimo señor Obispo de Madrid, Leopoldo Eijo; el Ilustrísimo señor Obispo de Urambamba, Sabás Sarasola; el perito en cuestiones heráldicas y propietario de un archivo de antigüedades, José de Rujula; y el catedrático y capellán García Morente, que según la crónica de su nombramiento ya está "canonizado", ignorando el suscrito si es que lo hicieron canónigo o que ya lo hicieron santo.

* * *

En ello, sin embargo, no pára la cosa. Codo a codo con obispos, capellanes, priores y funcionarios, se empujan y amontonan los grandes de la península, en lo que a títulos se refiere, sirviéndoles de confesor el padre Silvestre Sancho.

Por allí asoman, en efecto, como miembros sobresalientes de la nueva hispanidad, el Conde de Benhumea, a quien exaltan sus compañeros del "Eje mundial español", por haber sido Ministro durante la dictadura de Primo de Rivera; el Conde de Veragua, experto en problemas de ganadería; Juan Claudio Güell, Conde de Ruisenada; y algunos otros aristócratas de dudosa sangre, cerrado su desfile por el reverendo Fray Justo Pérez Urbell.

Tras de tanta hispanidad marcan el paso, entre otros muchos que pertenecen al montón anónimo, personajes de tan notoria fama como los siguientes:

Raimundo Fernández Cuesta, Embajador de Franco ante Getulio Vargas, Pilar Primo de Rivera, Antonio Goicoechea, José María Arleiza (Consejero de Falange), el General Eduardo Fuentes, Miguel Primo de Rivera (Gobernador de Madrid), el Coronel Eduardo Galarza y, por supuesto, el General de presidiarios José Millán Astray.

¡Aviados estaríamos en América con la protección y con el amparo de Millán Astray!

Mas he aquí que para guardar el equilibrio de espuelas, de "nobles" y de báculos con la inteligencia, se completa la lista de los ilus-

tres miembros del Consejo de la Hispanidad con gentes de muy claro entendimiento.

Manuel Aznar, verbigracia. Eduardo Marquina, también verbigracia. Y Abad de Silos, Fernando Castilla, Antonio Montes, Felipe Jiménez, Jesús Pavón, José Permartín, Juan Pujol, José Losada, José Fernández y diecisiete más, cuyas obras hasta la fecha no se conocen ni se han leído jamás en nuestra América.

Como todo, sin embargo, debe contrarrestarse, ocupan también mullido asiento en el Consejo unos cuantos autores que sí conocemos por estas latitudes.

Los encabeza el filólogo Menéndez Pidal, erudito y muy sabio servidor de la República hasta su derrumbamiento; y los atiza con su filosofía germana el conocido "intelectual puro", don José Ortega y Gasset.

El mismo a quien Araquistáin puso como no digan dueñas en recordada polémica que aún se saborea. El mismo que preguntaba en 1935 si había diarios en nuestros países, negándose a dar opinión sobre temas filosóficos a un periodista mexicano, porque no quería "malgastar" su gran talento escribiendo para mestizos analfabetas.

Constituído en la forma reseñada el "Eje mundial español", al servicio de la hispanidad de Franco, de Hitler y de Mussolini, ha empezado ya sus intensas labores en nuestro medio, valiéndose de las legaciones y de los consulados del otro eje, el Roma-Berlín-Tokio, y de las agencias de Falange en toda la extensión del continente americano.

* * *

Mientras en esa forma trabajan y mantienen su ofensiva los del Consejo de la Hispanidad, permanecen inactivos y guardan silencio en América los verdaderos y más altos valores de España, de bien ganado prestigio en la ciencia, en la literatura y en el arte.

Hay excepciones, desde luego. Antes de cumplir dos años de expatriación, para citar el caso más reciente, inauguró una segunda galería de sus obras pictóricas, ejecutadas en su refugio de México, el pintor español José Bardasano. A cuarenta y dos llegan los cuadros y los dibujos expuestos.

Mas lo que ahora interesa no es el estudio ni el análisis de las cuarenta y dos obras de Bardasano, sino hacer hincapié en que el recio pintor las ha producido en la expatriación.

Lo cual quiere decir que Bardasano está cumpliendo lejos de su tierra, lejos ya de la tragedia, su misión de hombre, su misión de español y su misión de artista.

Porque lo menos que se le puede pedir a un hombre en toda su plenitud, a un español de integridad cabal y a un artista, sobre todo, es que refleje lo que ha vivido, lo que ha sentido, lo que ha sufrido el pueblo de cuya entraña forma parte.

Y eso es lo que hace Bardasano. Y eso es, precisamente, lo que no hacen los demás valores de España en el destierro: señalar con la cabeza en alto la tragedia, la heroicidad y el martirio de su patria, subjetivando la objetividad de la hecatombe y ofreciéndola al mundo, con amplio sentido estético, en escritos que serían luminosos y aleccionadores, en cantos épicos, en cuadros, en dibujos, en alegorías.

* * *

Admirando la labor de este artista del pincel, surgen inmediatamente las preguntas y las respuestas en lo que atañe al silencio desconcertante de los que más tendrían que hablar y escribir sobre el drama de España; sobre el drama de un pueblo —su propio pueblo— cuya grandeza pudieron atestiguar durante largos meses.

¿Se ha revelado, acaso, en nuestra América, con el mismo idioma y con la misma sensibilidad de España, el gran intelectual, el gran tribuno, el gran fustigador que rebosante de fe y de coraje, seguro de la justicia de su causa, vaya sembrando de país en país la semilla de una verdad que los españoles auténticos deben proclamar a gritos?

¿De una verdad que todavía se pretende ignorar porque todos callan, porque hay temor de decirla, porque los más obligados a darle difusión se acogen al adagio de que al buen callar le llaman Sancho?

No. Hasta la fecha no ha surgido el Castelar, ni el Pablo Iglesias, ni el Montalvo o el Martí españoles, que consagren a la epopeya hispana toda su inspiración y todo su talento.

Escritores, poetas y novelistas que laboraron intensamente durante la guerra y que cobraron fama, merecida o exagerada, con su trabajo en apoyo del Gobierno republicano, pareciera que también quedaron aplastados al derrumbarse Madrid, Levante y Cataluña.

Bardasano es un ejemplo de lo que puede hacerse en el destierro. Y un acicate para la lucha, con objeto de ponerle freno a la mendacidad, la labor que realizan los tenebrosos hispanicidas del Caudillo y de Falange.

NO QUIEREN LOS TOTALITARIOS ALIMENTAR A LOS PUEBLOS CONQUISTADOS

LA supercivilización germana de la swástica suele presentar matices, en tal forma extraordinarios, que causan estupor aun entre gentes acostumbradas a saborear y a digerir los absurdos más inconcebibles.

Es natural que las primeras páginas de los periódicos sólo hablen de bombardeos, de violentas ofensivas, de matanzas en ciudades abiertas, de nuevas y monstruosas ejecuciones de rehenes, del hundimiento constante de barcos, de carnicería humana, de salvajismo, pues, y de barbarie.

Parecerá también natural que todo eso acaezca día tras día, semana tras semana, a partir de septiembre de 1939, mes y año en que los agresores “de raza superior” —no satisfechos con Austria, Checoslovaquia y España— se lanzaron al fin sobre el resto de la vapuleada Europa.

Pero pugna, en cambio, con los principios más elementales de la ética, que la barbarie y la ferocidad pretendan cubrirse nada menos que con el Derecho Internacional para fortalecer su posición, como se desprende de los siguientes cablegramas:

“Berlín, febrero 19 de 1941 (AP).—Un vocero oficial del Gobierno del Reich hizo saber hoy que Alemania no debe, en forma alguna, hacerse responsable de la alimentación de los habitantes en los territorios que ha podido “liberar”.

“Así rebate Berlín al alto funcionario norteamericano, Sumner Welles, quien hablando ayer ante los periodistas, en representación del Secretario de Estado, Cordell Hull, declaró que Alemania tiene que cuidar de los habitantes de las zonas ocupadas. Welles hizo tal declaración para refutar al ex-Presidente Herbert Hoover, quien proponía que los Estados Unidos enviaran víveres a Bélgica.

“El vocero alemán dijo francamente que la tesis del señor Welles

es falsa e incorrecta, porque interpreta mal las implicaciones legales del Convenio de La Haya; y lo acusó de querer arrojar sobre el Gobierno del Fuehrer la responsabilidad de problemas que, a juicio de los alemanes, han sido originados por el bloqueo británico".

Subsiguientes declaraciones de autoridades hitleristas, sobre el mismo tema, hicieron saber al mundo que quien haga responsable al Reich de la alimentación de las naciones "puestas a salvo" por los ejércitos de Hitler, no conoce la jurisprudencia internacional. A lo que, desde luego, repuso sin dilación el señor Welles, defendiéndose del cargo inmerecido de "ignorante" que le lanzan los émulos del capataz tudesco. Como todo esto parece cosa de broma, será preferible reproducir algunas de las palabras transmitidas por el cable:

"Washington, febrero 20 de 1941 (ANTA).—El Subsecretario de Estado, Sumner Welles, rechazó ante los periodistas las acusaciones que le hacen los alemanes en el sentido de que no conoce el Derecho Internacional. Funcionarios del Reich le han reprochado su "ignorancia" en la materia, porque dijo que el Gobierno de los Estados Unidos no puede respaldar la iniciativa de Hoover, para que Norteamérica coopere en la alimentación de las poblaciones sojuzgadas por Alemania.

"Enfáticamente repitió el señor Welles que la obligación de alimentarlas recae, según la jurisprudencia internacional y el sentido común, en los vencedores, tesis irreprochable confirmada por siglos de práctica".

* * *

Estará el lector de acuerdo en que la supercivilización de los cabezas cuadradas no puede caber en cerebros de conformación normal. En los territorios ocupados levantan las cosechas, se apoderan de las minas, arrasan pueblos y ciudades, esclavizan y explotan a la población. Su ferocidad y su vesania no encontrarían paralelo sino en épocas remotas de primitivismo.

Pero cuando llega el momento de asumir responsabilidades y de alimentar a los vencidos, pretenden entonces que el Derecho Internacional, jurisprudencia de pueblos civilizados y no de salvajes agresores, les preste su apoyo para seguir matando, despojando y destruyendo, allí donde sus hordas avanzan y se hacen dueñas de la situación, sin que tengan ellos que pensar en compromiso material ninguno con los pueblos bajo su dominio.

Y como a la brutalidad occidental del Eje ario, lubricado con sangre de posaderas italianas, tenía que agregarse la oriental y amarilla de los japoneses, queda entonces este pobre mundo —¡mundo de la vigésima centuria nazarena!— a merced de la barbarie desencadenada.

De esa barbarie puede darse cabal cuenta cualquier observador, en el punto que escoja del continente americano, pues el incendio se extiende por ambas latitudes: en un extremo del Pacífico y en el extremo opuesto del Atlántico. Simples titulares de los últimos días son elocuentes:

“Importante reunión de los altos jefes de la marina del Eje totalitario, para coordinar una acción común en el Mediterráneo”... “El Japón se prepara febrilmente para efectuar grandes operaciones militares en el Asia. Ciento cincuenta mil soldados del Imperio Oriental desembarcaron en Cantón y en la isla de Hainan, listos para lanzarse a la ofensiva cuando se les ordene”... “Las autoridades japonesas están resueltas a mantener su hegemonía en el Extremo Oriente, y Hitler y Mussolini en las naciones europeas, desde el Polo Norte hasta Gibraltar”.

Debajo de los titulares transcritos insertan los periódicos largos mensajes sobre los vaivenes de la guerra. Y entre las informaciones, como una demostración de lo que es la mentalidad de los imperialismos, la noticia halagadora de que, a pesar de todo, “el mercado de cambios se mantiene optimista, así en Europa como en el Japón, pues no sólo el movimiento ha sido extraordinario, sino que algunas acciones fueron muy solicitadas y se cotizaron con varios puntos de alza”.

Sobran comentarios. Podrán seguir mirando con desprecio a “la raza inferior hispanoamericana” los soberbios conquistadores de ojos azules o de mirada oblicua. Mas ya dije alguna vez que cuando olfateamos a fondo en la trágica realidad del este y del oeste, tiene uno el consuelo de pensar que nos hallamos todavía muy lejos de la descomposición en que se encuentran los grandes imperios supercultos.

MONSIEUR PIERRE LAVAL

LO que el pueblo francés, intervenido y humillado, está sufriendo desde junio de 1940, bien podemos comprenderlo los hispanoamericanos, que hemos sentido la sangre en la cabeza frente a “grandes cerebros” y a vulgarese vendepatrias de nuestro medio tropical.

No es necesario remontarse mucho tiempo atrás. Hace pocos años, en enero de 1927, sacudía a Nicaragua una situación oficial tan vergonzosa, de vileza tan indescriptible, tan sin parangón, que muchos centroamericanos creíamos que no había en el mundo mayor ni más condenable indignidad.

Un presidentillo de aquel país, puesto al frente del Gobierno por el imperialismo, a la sazón combinado, de Washington y de Wall Street (imperialismo que nada tiene que ver con la política del buen vecino); un presidentillo marioneta llamado Adolfo Díaz, sin noción ninguna de pudor, se respaldaba en la fuerza de sus protectores “para librar a Centro América del peligro comunista mexicano”. Es famoso el radiograma que dirigió Díaz al *New York Times*, el 9 de enero de aquel año. Rezaba en parte:

“No puedo responder de lo que suceda, ni de las consecuencias que tengamos que lamentar, en lo que respecta a vidas e intereses extranjeros, si al Gobierno de México se le permite suministrar dinero, armas y hombres a una pequeña minoría que se levanta contra mi administración.

“Nicaragua es un país débil y pobre, que no puede resistir a los invasores y a los agentes del bolcheviquismo mexicano. Así lo hice saber a varios diplomáticos. Entonces los representantes de Italia y de la Gran Bretaña fueron a visitar al Ministro de Estados Unidos, con objeto de pedir protección para sus amenazados connacionales, a quienes yo no puedo dar todas las garantías que necesitan”.

Más adelante llegó el ignominioso testaferrero, de acuerdo con noticias publicadas el 24 de febrero de 1927 en los principales diarios norteamericanos, al extremo de pedir a Washington que estableciera

sobre su pueblo un "mandato" —novísimo sistema colonial europeo— por un término no menor de 100 años prorrogables. Y con anterioridad había dicho ese hombre infortunado:

"Si los Estados Unidos pensarán que es mejor que yo le ceda el puesto a cualquiera otra persona, lo haría inmediatamente"... "Siempre me opuse a la retirada de los marinos de Nicaragua, y les doy la bienvenida a su regreso en ayuda de nuestra nación"... "En tanto que yo sea Presidente, y en los gobiernos que me sigan, los marinos de Estados Unidos deben permanecer en mi país".

* * *

Como siempre ha ocurrido en casos semejantes, el imperialismo acusaba de comunistas rabiosos a cuantos erguíanse contra la invasión extranjera y contra el crimen doméstico de lesa patria. Y acompañaban al llamado Presidente el alto clero, la plutocracia criolla y los espumosos círculos sociales de la patria de Darío, con muy pocas pero honrosísimas excepciones de algunas gentes de alcurnia.

En "clima" tan propicio al deshonor y a la corrupción, ocurrió el asesinato colectivo de Ocotal. ¡Espantosa carnicería de seres humanos, hombres, mujeres y niños indefensos, bárbaramente ametrallados por los aeroplanos "pacificadores" de Coolidge y de Kellogg, comandados por el brigadier general Logan Feland!

Pero sobrevino entonces lo peor, cuando estaban todavía insepultos y a merced de los buitres los 300 cadáveres de Ocotal. El comandante y los más altos jefes militares de la invasión fueron festejados, con un gran banquete, por el citado testafarro Adolfo Díaz, quien al mismo tiempo solicitó por cable a Washington que se condecorase a los aviadores que tomaron parte en la matanza.

Al ágape asistieron encumbrados funcionarios, senadores, diplomáticos, piadosas matronas de aristocrática pudibundez, señoritos bien, caballeros de la mejor sociedad, y, desde luego, el otro Presidente en ciernes, José María Moncada, compañero y asesor de los aviadores extranjeros durante sus viajes de exploración.

"¡Esta sí que fué tragedia!" —escribí en *Rompiendo Cadenas*, a continuación de los párrafos anteriores—. "Tragedia moral sin paralelo en los anales de la Historia, mil veces peor que la de la víspera, cuando se perdió la vida de un grupo numeroso de seres humanos, pero

sin quedar al descubierto en toda su desnudez, en toda su profunda descomposición, la llaga que corroe a nuestras clases privilegiadas”.

* * *

Han pasado los años y nos encontramos ahora con muchos Adolfo Díaz en la supercivilizada Europa.

Franco y los militares traidores a España, son buena prueba de afirmación tan rotunda.

¡Y Pétain, Darlan, Blum, Daladier, Flandin, Hacha, Quisling, Antonescu, reyezuelos de opereta y grandes bribones “anticomunistas” del continente en llamas!

Pero, sobre todo, Laval; el fatídico y miserable Pierre Laval, traidor máximo de Francia y el hombre más despreciado y más odiado en su país.

Hijo de un vendedor de carnes de Chateldon, carretero en su mocedad, fué ascendiendo en la escala social hasta casar a su hija única con el Conde René de Chambrun, descendiente directo del Marqués de Lafayette.

Demagogo en su carrera política, logró colarse en la extrema izquierda del Partido Socialista, que lo eligió diputado por el suburbio parisiense de Aubervilliers, en 1913, a la edad de 31 años.

Mantuvo su conexión con el socialismo y con el antiguo Premier Caillaux, durante toda la guerra del catorce, aprovechando sagazmente las relaciones políticas y financieras de su desprestigiado protector, y evolucionando con toda suerte de equilibrios hacia la derecha.

Se había enriquecido; era defensor de poderosas organizaciones capitalistas; catorce veces ocupó puestos en el Gabinete; Su Santidad lo hizo conde papal; fué Primer Ministro; era ya, con tres grandes latifundios, un castillo para sus fines de semana, una cadena de periódicos, 17 millones de fortuna y varios títulos aristocráticos, el enemigo más peligroso de sus primeros electores.

* * *

En 1935 y en 1936, por su amistad con Mussolini y en su carácter de Jefe del Gobierno, logró que la Liga de Ginebra dejara sin apoyo

a los abisinios, y no adoptara sino débiles sanciones económicas contra Italia. Para Laval eran injustas tales sanciones. Y poco después maniobró hasta conseguir que no se pusieran en vigencia, echando a pique desde entonces el sistema de la seguridad colectiva, único que podría salvar la paz de Europa.

Iba pasando el tiempo. Cada día se odiaba más en Francia al poderoso Laval, por sus traiciones, por su avaricia, por sus ligas declaradas con Hitler y con el Duce.

Sobrevino lo de España, y fué uno de los adversarios más recalcitrantes del pueblo demócrata español.

Sobrevino lo de Checoeslovaquia, y fué el más entusiasta partidario de la rendición de Munich, no teniendo escrúpulo en felicitar a los totalitarios nazifascistas por su victoria diplomática, que era en realidad un triunfo de los enemigos de su propia patria.

Estalló, por fin, la guerra del Eje Roma-Berlín contra el Eje Londres-París.

A Laval, en esos días, no era posible verlo ni oírlo por ninguna parte. Se puso a buen recaudo. Estaba seguro de que la indignación popular, de que todo francés auténtico, hubiera dado cualquier cosa por colgarlo en el patíbulo.

Avanzaron después los alemanes y se apoderaron de Francia. Laval fué entonces, para los invasores tudescos, el hombre de la situación.

* * *

Pero crecía el rencor del pueblo francés en contra suya. Y el propio Pétain, no obstante que desde el 16 de junio de 1940 había tenido que nombrarlo Vice-Premier, y "delfín" o heredero de su régimen; y a pesar de que, posteriormente, no le quedó más remedio al anciano Mariscal que poner en manos tan sucias el Ministerio del Exterior, tuvo a la postre que hacerlo salir de Vichy, en diciembre del mismo año, aunque bien es verdad que para llamarlo de nuevo a su lado en abril de 1942.

Removido Laval del Gobierno pelele de las aguas termales, se refugió en París, en compañía del periodista mercenario Marcel Deat. Allí, en la antigua capital francesa, convertida por la guerra en alegre ciudad de los germanos, organizaron Laval y Deat un ejército aproximado de 50,000 hombres, sostenido con las contribuciones asfixiantes

que el decrépito Pétain debía pagar a Hitler, por mancillar el territorio de su patria.

¿Y a cuánto llegó, solamente en 1941, la contribución de Francia en favor de los nazis para que la tuviesen ocupada? De acuerdo con el último *Anuario Estadístico* de la Sociedad de las Naciones, los adelantos del Banco de Francia al quebrantado fisco galo, que en 1939 montaban a 44,700.000,000.00 de francos, subieron en septiembre de 1941 a 198,000.000,000.00. De tan enorme suma más de 120,000.000,000.00 tuvieron que emplearse en pagar el costo de ocupación al Reich. ¡De allí salía el dinero para el ejército del gran traidor!

Y con ese ejército, formado por la hez de la humanidad, Laval amenazaba por un lado a Monsieur le Maréchal Pétain, y fortalecía por otra parte su posición cerca de Hitler, sobre todo a partir del 22 de junio de 1941, fecha en la que el Fuehrer de los tudescos lanzó su ofensiva contra la Unión Soviética.

* * *

De tal manera respaldado, y con el apoyo incondicional de los totalitarios, seguía Laval imponiéndose a Pétain desde París, haciéndose cada día más fuerte y poderoso.

Sin ser miembro, entonces, del Gobierno de Vichy, no dejó el antiguo carretero de maniobrar un solo instante, valiéndose por supuesto del señor Darlan.

Así, con la máscara del protervo Almirante, criado, Ministro y consejero del senil y ex-heroico Mariscal de Verdún, continuó Laval hundiendo y entregando a Francia, hasta uncirla en toda forma al régimen invasor de los teutones.

Signió, por consiguiente, en su papel de vendepatria, con más poder que nunca, con su cínica sonrisa, con sus labios gruesos, con sus ojos indefinidos semicerrados, con las facciones burdas del mercader de pueblos, que no nació para prócer ni tiene nada de común con la grandeza de Francia.

Tal es la figura de Pierre Laval, insensible ante la tragedia de su patria, cómplice de Roma y de Berlín, antiguo socialista y después gran señor de las finanzas, cada día más admirado por los banqueros franceses, los "hombres de negocios", los comerciantes, los almacenistas, los industriales, por toda la caverna o "gente de orden", cuyas ga-

nancias se mantienen a "nivel muy aceptable", gracias a la clientela en marcos del ejército extranjero.

¡Cómo recuerda tanta ignominia lo acaecido en Nicaragua con Adolfo Díaz, y con Sacasa, y con Moncada, y con los altos círculos sociales de la pequeña república centroamericana!

* * *

Mas he aquí que no podía soportar tanta humillación el pueblo antifascista de Francia. Y armó el sentimiento popular de los franceses el brazo de un joven patriota y decidido, Paul Collette, quien el 27 de agosto de 1941 dió a Laval y a su palafrenero lo que merecían, abatiéndolos a tiros en Versalles.

Nada importa que los dos traidores hayan logrado salvarse de la muerte. Y que como represalia empezase a funcionar la guillotina, manejada por Pétain y la Gestapo, cubriendo de luto, de indignación y de terror a la República Francesa.

Lo que debe tomarse en cuenta es el espíritu indomable del pueblo francés, simbolizado en la figura de Collette. Y lo que también se debe señalar es la actitud que asumieron los serviles de derecha. Se podría resumir en un pequeño cablegrama, fechado en París el 29 de agosto. Decía lo siguiente ese mensaje:

"París, agosto 29 de 1941. (Transocean).—El estado de Pierre Laval y de Marcel Deat es todavía muy serio hoy por la noche. El hospital de Versalles, en donde se encuentran los heridos, está atestado por millares de personas que quieren firmar la lista de visitantes, y que demuestran en toda forma su profunda simpatía por los señores Laval y Deat".

Allí están pintadas de cuerpo entero las dos Francias: la Francia decrepita que se derrumba; y la Francia eterna, la Francia siempre joven y siempre altiva, que quiere acabar totalitariamente con los servidores miserables del totalitarismo.

¡Y que acabará con ellos, sobre todo cuando Pétain y los nazis han vuelto a humillarla, imponiéndole definitivamente a Pierre Laval como árbitro supremo del peyelismo denigrante de Vichy!

LO QUE ESPERAMOS DEL ACUERDO DEL ATLANTICO

EN su enésimo discurso, pronunciado en Munich el 24 de febrero de 1941, afirmó rotundamente el Fuehrer de los tudescos que en las últimas 24 horas había hundido Alemania 215,00 toneladas de embarcaciones inglesas; pero que en el curso de los dos próximos meses debería esperar el enemigo los golpes más certeros y la más espantosa destrucción, "porque la Providencia no puede permitir que el pueblo alemán se haya sacrificado tanto para resultar al fin vencido".

Volvió a la carga contra el Tratado de Versalles, calificándolo de "criminal injusticia", y de ser "el documento más odioso contenido en la Historia"; lanzó nuevos y furibundos ataques a la "podrida democracia"; aseguró que la potencia bélica del Reich, con sus armas de tierra, mar y aire es invencible, porque en ella "se ha volcado la nación entera"; y no tuvo escrúpulo en dar fin a su largo discurso con estas palabras:

"Llegará la hora en que Dios pondrá fin a las pruebas por las que estamos pasando. Nuestro combate será bendecido por el Sér Supremo en el porvenir, como lo fué en el pasado".

El señor Churchill, por su parte, también está seguro de la victoria, contando con el apoyo, no solamente de Dios, sino de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. Y tanto sus discursos como los del Presidente Roosevelt, en distintas ocasiones, dan al mundo la impresión de que el triunfo de Londres, de Washington y de Moscú, sería el triunfo de la democracia y el derrumbamiento definitivo de la barbarie brutal de los germanos.

¡Así sea! Otra cosa no puede pedirse ni desearse, sobre todo después de la triste experiencia de la gran guerra anterior, cuando ruidosamente se hablaba, como hoy, de luchar sin desmayos ni vacilaciones para que un nuevo orden democrático imperara sobre la tierra.

Mas en el transcurso de esos mismos años de conflagración, preci-

samente del catorce al dieciocho, a pesar de las buenas intenciones del Presidente Wilson, caía el imperialismo norteamericano sobre Haití, sobre Santo Domingo, sobre Nicaragua, sobre Veracruz, con su intervención militar, con sus marinos, con sus acorazados; imponía en Cuba a Menocal, acogido Washington a la Enmienda Platt; daba todo eso la impresión, en resumen, de que los pueblos débiles no tenían derecho a disfrutar de aquello por lo cual aseguraban estar peleando las potencias aliadas.

* * *

Ahora, por lo visto, será diferente el resultado, ya que los pueblos no habrán de continuar a merced de la farsa democrática ni de la explotación.

Así lo han hecho saber Churchill y Roosevelt, por medio de los ocho puntos que elaboraron en su entrevista del Atlántico, en agosto de 1941, defendidos también y respaldados por el régimen socialista del Kremlin.

Eso aclara la situación, pues todo hombre culto, toda persona racional, con un poco siquiera de amor a la justicia, está de acuerdo en que el salvajismo criminal de los teutones sea inmisericordemente aplastado, porque constituye una deshonra de la humanidad.

Pero ese final no se desea, desde luego, para que los demás imperialismos sigan siendo imperialismos, escarneciendo a las naciones semi-feudales, abusando de países conquistados, pretendiendo mantener su hegemonía sobre vastas regiones del planeta.

A este respecto el caso de Inglaterra es elocuente. ¡La Inglaterra plutocrática, la de los lores, la de la Royal Dutch, la que dispara sobre los hindúes, la Inglaterra del difunto Chamberlain y del vivo y enteco Halifax!

Es elocuente, por lo que pasa en sus colonias, y no de oídas sino por haber visto y comprobado el que esto narra, acá en América, la esclavitud y la miseria de los infelices nativos, expoliados sin merced por sus patrones. Véanse algunos ejemplos que juzgué necesario anotar hace cinco años: (*España Heroica*, páginas 276 y 277.)

“En mi primer viaje a la Península Ibérica tuve oportunidad de visitar, durante pocas horas, Port of Spain, capital de la Isla de Tri-

nidad, colonia inglesa; al día siguiente el puerto principal de otro "paraíso británico", la isla de Barbados; y a mi regreso conocí Kingston, capital de la británica Jamaica. En estas tres poblaciones saqué la impresión de que los súbditos, los desnutridos súbditos negros de la Corona de Londres, eran y siguen siendo más infelices que sus antepasados en las selvas del Africa.

"Cayó en mis manos el *Trinidad Guardian*, y leí en sus páginas lo relativo a jornales de los trabajadores, convertidas a dólares las libras o las fracciones de guinea: ¡\$ 3.13 a la semana en Port of Spain; \$ 2.57, para labores en el campo; y \$ 2.37 semanales en Tobago! Si no se tratara de cifras oficiales de la Junta Consultora de Salarios, no hubiera yo creído en ellas.

"Hablé con algunos pobladores; los ví sudar mientras trabajaban largas horas en las carreteras, bajo el fuego del trópico; y comprobé la exactitud de los salarios publicados en el *Trinidad Guardian*.

"Mi desolación no pudo ser mayor, por lo que tiene de cruel y de inhumana la forma en que la llamada civilización occidental abusa de estas grandes masas de seres indefensos".

* * *

"Harapos —agregué—, como consecuencia de tanta explotación y de tanta miseria.

"Manos que se extienden pidiendo al pasajero una limosna".

"Infortunadas muchachas jóvenes que ofrecen bailar desnudas el "Cuchi-Cuchi" y el "Can-Can".

"Hombres y mujeres que desde pequeñas lanchas se echan al agua poblada de tiburones, para recoger unos míseros centavos con peligro de su vida.

"Pero se les habla de Su Majestad Británica; de lo que para ellos significa el estar "defendidos" por la bandera de un enorme imperio; de las maravillas de Londres y del poderío de Inglaterra, cuyo símbolo materializado "es un rey poderoso y justiciero", aunque no sea de su mismo color ni de su misma raza.

"Vi en Barbados un monumento en memoria del soldado desconocido de esa isla. Es decir, en memoria de los humildes esclavos negros que pelearon en Europa, de 1914 a 1918, "por la democracia y por la libertad del mundo".

“Y leí, en Kingston, la inscripción de otro monumento que dice textualmente: “A Victoria, Reina de Inglaterra, Emperatriz de la India y Señora Suprema de Jamaica”.

“Como la Reina Victoria son también señores supremos de Jamaica, de Barbados, de Trinidad, de todas las colonias inglesas, los grandes lores blancos, los plutócratas, los amos del Gobierno y de la banca, dueños de la tierra, dueños del petróleo, dueños de las fábricas, de las refinerías, de los clubs y de los palacios de esos territorios coloniales, en donde los obreros con salarios de hambre, en miseria inconcebible, exponen su vida lanzándose al mar en busca de una moneda, y en donde mujeres de menor edad ofrecen al viajero “anything you want for half a dollar”.

* * *

¿Seguirá la humanidad en esa forma, cuando se acabe con el salvajismo de los cabezas cuadradas?

¿Será posible que iniquidades semejantes se mantengan en el hemisferio occidental, cuando caigan vencidos los rejoneadores totalitarios?

¿Y que continúen algunas repúblicas hispanoamericanas bajo el terror y el dominio de vergonzosas satrapías, tan enemigas de la democracia como Hitler y como Mussolini?

Esas son las preguntas que debemos plantearnos con absoluta claridad, pues el triunfo de la democracia —democracia efectiva— ha de tener un sentido radical y profundo en nuestro continente.

¡Así tendrá que ser, si logra la justicia victoriosa que los ocho puntos de la Triple Alianza Democrática también puedan aplicarse en las colonias de Su Majestad y de la City! ¡Y si hacemos, de igual modo, que cobijen sin excepción a los pueblos de la América española!

LOS ENCOMENDEROS COLONIALES PREGONABAN LO MISMO QUE EL SEÑOR HITLER

HOY que anda el mundo de cabeza, convertido en manicomio, atragantado de teorías y de doctrinas tan fuera de razón como la del racismo, puesta en boga por la pandilla bárbara del austriaco Hitler, resulta interesante revisar páginas ya olvidadas de nuestra historia hispanoamericana.

Y resulta interesante hacerlo, porque para los “arios” tudescos, como para los encomenderos coloniales y postcoloniales, la raza del hemisferio occidental, desde México hasta la Patagonia, pasando por las Antillas; es decir, la raza de Morelos, de Juárez, de Maceo, incluso la de Bolívar y la de Martí —criollos puros, pero que “por dentro llevaban el mulato”—, ha sido catalogada a nivel tan inferior que los lampiños nórdicos, y hasta las robustas o amojamadas eminencias de la “hispanidad”, suelen mirarla con humillante y desdeniosa altanería.

Sobre el particular, en una conferencia suya pronunciada en el Salón de Recepciones del Palacio Municipal de la Habana, el 9 de julio de 1941, hizo ver don Fernando Ortiz cómo el genial apóstol de la libertad de Cuba sostuvo siempre que “el alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color”. Escribe a continuación el conocido intelectual cubano:

“Tuvo Martí una expresión feliz para esas razas inventadas por los antropólogos, midiendo cráneos, narices, pelos y pigmentos, y apuntando en las crónicas apologéticas de las conquistas, y en los relatos de los exploradores y de los misioneros, siempre anhelosos de resaltar lo trascendente de su blanca empresa civilizadora, tanto más elevada cuanto más baja fuese la condición de los pueblos de color. Tales razas, dijo Martí, son “razas de librería”.

* * *

De manera que Martí sintió —y muy bien lo expresa el conferencista referido—, “a todo lo largo de su intensísima vida de revolucio-

nario, la inmensa parábola del racismo en Cuba, desde la realidad tenebrosa hasta la luminosidad del ideal, librándose del peso de los prejuicios, buscando armas en el ideario de su época para destruir los viejos mitos, anticipándose al porvenir, trazando perspectivas políticas hacia una positiva solución social de los conflictos raciales, donde las disonancias se trocaran en sinfonía”.

En su trabajo —publicado en la *Revista Bimestre Cubana* (septiembre y octubre de 1941)— hacer ver don Fernando la forma en que las filosofías y las religiones abrieron el camino de la redención, cuyo mensaje de amor y de igualdad entre los hombres tiene su raíz en la milenaria filosofía de la China y de la India. Irrumpió el pensamiento oriental en Occidente, hicieronlo suyo los estoicos de Roma y pasaron estas ideas al cristianismo.

Quiere decir, entonces, como lo habían proclamado los orientales, y el Emperador Marco Aurelio, y el esclavo Epicteto, y los seguidores de Cristo, que todos los hombres eran iguales, y que solamente la virtud hacía que uno fuese superior al otro.

* * *

Mas no se acabó con la esclavitud ni con los prejuicios de raza, a pesar de todas esas prédicas. Las minorías detentadoras, los aristócratas, los de sangre azul, los juristas y los teólogos estuvieron siempre unidos para justificar la esclavitud y la servidumbre, con razones humanas y con razones divinas, incluso con las Sagradas Escrituras.

“La Iglesia —asegura el señor Ortiz— jamás fué contraria a la esclavitud, tratando únicamente de hacerla más llevadera mediante la obediencia y la resignación de quienes la sufrían. La Inquisición, que mataba en la hoguera al hereje, al contrabandista y al sodomita, nunca quemó a un tratante de negros, ni al amo que en sádico suplicio hacía morir impíamente al esclavo infeliz. En América hubo negreros que fueron obispos, frailes y jesuítas, y éstos tuvieron en Cuba haciendas e ingenios con dotaciones de esclavos, arreados a la faena por el látigo de su mayoral”.

Explica más adelante el citado escritor que el esclavo, ya muerto, “podía ir al goce del cielo, pero sin poder librarse en vida de su terrenal y horrible infierno; y que cuando en el siglo quince se reanudó, en gran escala, el comercio de esclavos negros del Africa con las naciones cristianas de Europa, los teólogos exégetas de la Biblia, apremiados

por el imperativo económico de la época, inventaron el más infame de los mitos: el de que los negros estaban condenados a ser siempre esclavos de los blancos, porque así lo dispuso Dios, como consecuencia de la maldición fulminada por Noé contra todos los descendientes de su hijo Cam”.

Ese mito fue después aplicado por los clérigos españoles, no sólo a los negros sino también a los indios de América. Así el Padre Clavijero, el Padre Gomila, Fray Tomás Ortiz, Fray Domingo de Betanzos, Fray Gregorio García y el más fanático y sanguinario de los teólogos racistas, Torquemada, no tuvieron escrúpulo en mantener constantemente la tesis antihumana y anticristiana de que los indios eran como bestias, y que carecían de alma racional, siendo aún “de más baja y despreciable condición que los negros”.

Y siempre apoyándose en el Pentateuco, afirmaba todavía en 1896 el presbítero Juan Bautista Casas, que ni los negros ni los mulatos antillanos tenían ningún motivo fundado para sublevarse contra el régimen de España, ya que debían sufrir las consecuencias de su inferioridad racial, como castigo y maldición divina por la actitud irrespetuosa de Cam hacia el patriarca Noé.

* * *

Dejemos ya lo de Cuba, cosa muy reciente, y veamos lo que a propósito de racismo había sucedido en otras partes de América. Tomemos, por ejemplo, el caso de Venezuela.

Durante la dominación española se dividía a la población del país en siete castas raciales perfectamente definidas, desde los españoles nacidos en Europa y los criollos nacidos en América, hasta los mestizos, los mulatos, los zambos, los indios y los negros importados.

A los que no eran de sangre pura se les llamaba “pardos”, notándose la división incluso en las ceremonias religiosas, pues concurrían los blancos a determinadas iglesias, y a otras los de “razas inferiores”.

Pero el problema se ahondaba cada día más, conforme los “pardos” se iban multiplicando y fortaleciendo. Los europeos de la hispanidad encomendera, dueños de la tierra y de la riqueza, hacían cuanto en su poder estaba para oponerse a la hegemonía social y a las ansias de cultura de los mestizos, a quienes humillaban y posponían en toda forma.

Una elocuente acta del Ayuntamiento de Caracas, fechada el 14 de abril de 1796, ya en vísperas de la revolución o guerra de indepen-

dencia, ofrece párrafos como los que siguen, que no han menester de comentario ninguno, dirigidos a la Corona:

“Los pardos, mulatos o zambos tienen el infame origen de la esclavitud y el torpe de la ilegitimidad. Dispensados de lo que son, quedarían habilitados para los oficios públicos, propios de personas blancas, y vendrían a ocuparlos sin impedimento, mezclándose e igualándose con los blancos y con las gentes principales, en cuyo caso, por sufrir este sonrojo, no habría quien quisiera servir los oficios públicos, como son los de regidores y los que se benefician y se rematan de cuenta de la Real Hacienda.

“Podrían originarse entonces turbación y disensiones en las respectivas clases del país, por la dispensa de calidad que se les conceda a estas gentes bajas, que componen la mayor parte de las poblaciones”.

* * *

Aprobada el acta del 14 de abril, se formuló la representación que habría de dirigirse al Rey, firmada por un grupo de grandes latifundistas, funcionarios y eclesiásticos de “pura raza”. De dicho documento también vale la pena reproducir lo esencial, en donde se advierte cómo hasta la instrucción se les quería negar a los “pardos”, indignos de que cultivasen las letras y las artes. Léanse las propias palabras de los racistas de aquella época:

“El tránsito de los pardos a la calidad de blancos es espantoso a los vecinos de América, por la inmensa distancia que separa a los unos de los otros, la ventaja y superioridad de los blancos, y la bajeza y subordinación de los pardos.

“A éstos no debe franqueárseles la instrucción de que hasta ahora han carecido y deben carecer en adelante, porque pretenderán entrar en el Seminario; hormigüearán las clases de estudiantes mulatos; rematarán y poseerán los oficios concejiles; servirán en las oficinas públicas y de la Real Hacienda, usurpando obsequios equivocados que elevan su pensamiento a otros objetos más altos”.

Las pocas frases transcritas dan una idea de lo que se respiraba en Hispano América, a fines del siglo dieciocho y comienzos del diecinueve. Ya para entonces comprendían su derrota las castas dominantes, diciendo además al Rey, entre otras cosas:

“Vendrán los tristes días en que España, por medio de la fuerza, se vea servida de mulatos, zambos y negros, cuya sospechosa fidelidad causará conmociones violentas”.

Llegaron, en efecto, las jornadas que llamaban los explotadores, los nobles y los encomenderos "tristes días", pero que los hispanoamericanos consideramos como los más gloriosos y epopéyicos de nuestra historia.

Llegaron esas jornadas y surgieron entonces los pardos o sus defensores de alcurnia en América: los Bolívar, los San Martín, los Sucre, los O'Higgins, los Morelos, los Sarmiento, los Alberdi, los Montalvo, los Andrés Bello, todo lo que forma la grandeza y el humanismo de la América Española.

* * *

Al cabo de los años vuelven los racistas europeos a desenterrar la tesis de su indiscutible superioridad. Y como tenía que suceder, se asocian a los nórdicos de "raza superior" los eternos encomenderos de la España Imperial, nietos en décima generación de los que proclamaban cosas como las que aquí se han visto.

Los procedimientos de éstos y de aquéllos, a través de tantos años, se relacionan en tal forma que niegan a las mayorías, hoy como ayer, el derecho de leer y educarse; y a los que no estén con sus doctrinas, el derecho de producir. Queman libros, persiguen a los autores, destruyen bibliotecas, se ensañan, en fin, con la cultura.

¡La misma teoría, el mismo punto de vista, exactamente, el de los tudescos y los hispanicidas; el de Franco, Hitler y las espuelas y las tizonas que escarnecían a los nativos de nuestra América, antes de la guerra de independencia!

Al poco tiempo, sin embargo, los libertadores demostraron tener suficientes capacidades físicas, intelectuales y morales para vencer al amo cerril de pergamino y de caverna.

Y en lo que al señor Hitler se refiere, a propósito de perfecciones antropológicas, no me canso de repetir que el doctor von Grüber, especialista en cráneos, en facciones y en pómulos, lo declaró de "mala raza" ante un tribunal de Munich, en 1923.

¡De mala raza! ¡Como los encomenderos de las centurias coloniales de la esclavitud! ¡Como los Goering, los Goebbels y los Himmler! ¡Como los Opas siglo veinte de la España Imperial!

¡¡De mala raza!! Nos quedamos en América con los llaneros tropicales, los gauchos argentinos, los heroicos milicianos "pardos" de la independencia y de la libertad.

INCOMPATIBILIDAD DE LA DEMOCRACIA CON EL IMPERIALISMO

QUIEN haya visto de cerca los procedimientos bárbaros de los agresores totalitarios europeos, su sadismo, sus métodos sanguinarios de terror, su saña imperdonable contra los no combatientes, hombres, mujeres y niños; quien haya visto y sentido semejantes cosas, tiene forzosamente que odiar y condenar a los autores de tanta infamia y de tanta iniquidad.

Es obligación, entonces, de quien se considere y pretenda que lo consideren ser humano racional; es obligación de los hispanoamericanos, principalmente, evitar a todo trance el dominio nazifascista en nuestras ingenuas y explotadas repúblicas.

Pero eso no quiere decir, ni mucho menos —como se dijo páginas atrás—, que combatir a las hordas salvajes de Hitler y de Mussolini deba interpretarse como una defensa, a ojo cerrado, de ningún otro imperialismo, ya que la economía semifeudal de Hispano América nos ha hecho tributarios del capital monopolista extranjero.

No es esta la ocasión de hacer una reseña de hechos concretos, de intervenciones armadas, de zarpazos imperialistas en puntos estratégicos de la América española. Basta con echar una simple mirada al cuadro de nuestras importaciones y exportaciones, a las empresas extranjeras de luz y fuerza que nos acogotan, a los ferrocarriles, a las compañías bananeras, a las grandes sociedades anónimas, con sus principales accionistas en el exterior, que dejan huecas nuestras minas y exhausto de petróleo nuestro subsuelo, para llegar al convencimiento de que estamos a merced de los enormes monopolios económicos de la privanza internacional.

Esos monopolios, desde luego, no son, no pueden ser lo que nosotros queremos, lo que nosotros pretendemos que sea la democracia, diferente, sin duda, del concepto que suelen tener de ella numerosos súbditos "liberales" de determinadas potencias.

Diferente, puesto que la democracia es absolutamente incompatible con la esclavitud y con el imperialismo, así aparezca disfrazado este último con paternal indumentaria de protección a las naciones débiles.

Diferente, porque allí donde hay siervos miserables y señores opulentos; o allí donde manda y ordena el capital monopolista, no es posible esperar que prospere ni se desarrolle la democracia en su profundo sentido humano y económico, único al final de cuentas que nos debe interesar, porque constituye la base firme y estable de toda cultura, de toda independencia y de toda libertad.

* * *

Afortunadamente, a pesar de los grandes intereses creados que lo rodean, se da cuenta de lo que ocurre, del ambiente psicológico hispanoamericano, de lo que perseguimos y de lo que pensamos, el actual Gobierno del Presidente Roosevelt.

Y se da cuenta de ello, por lo menos en un sentido político internacional, al declarar que la defensa del continente sólo podrá hacerse sobre el principio invulnerable del respeto absoluto a la soberanía de todos y de cada uno de los países americanos.

En esa forma, con apoyo en la Declaración formulada en La Habana por los Ministros de Relaciones Exteriores, el 31 de julio de 1940, se espera que la política del buen vecino interprete debidamente el espíritu de la Doctrina de Monroe.

Es decir, que al agruparnos y defendernos todos contra la barbarie nazifascista, no nos quedemos sin defensa contra el peligro que bien podrá entrañar en lo futuro la enorme maquinaria bélica del poderío anglosajón.

Eso es lo que se quiere. Eso es lo que piden y proclaman las gentes de buena fe, recordando que Inglaterra y Estados Unidos, hace más de una centuria, auspiciaron y elaboraron la famosa Doctrina antes mencionada, que al correr de los años se convirtió en nudoso "big stick".

Inglaterra y Estados Unidos auspician también ahora, con el mismo espíritu de Monroe, la nueva interpretación de esa Doctrina; pero no sabemos si seguirán imperando en Londres los potentados de la City, o si volverán al poder de Norteamérica los Teodoro Roosevelt, los Coolidge, los Taft, los Hoover, los Kellogg, o algunos otros imperialistas de la misma talla.

No sabemos, ni lo sabe el propio pueblo de las dos potencias, en

cuyas masas debemos apoyarnos, si hombres como los referidos tornarán a ser los amos de la administración después de la victoria.

* * *

Lo que sí sabemos —y lo que, por su parte, también deben saber el proletariado inglés y el proletariado norteamericano— es que unos y otros estamos en la obligación de armarnos y de fortalecernos contra todo imperialismo. Pero nuestras armas y nuestra fortaleza no serán de cañones, ni de aeroplanos, ni de barcos de guerra.

La defensa de las grandes mayorías de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, contra el régimen que las agobia, está en su organización y en su avanzada conciencia de la realidad.

Y la defensa única de Hispano América estará en nosotros mismos, en nuestras instituciones, en la democracia efectiva que alcancemos, en la transformación social que seamos capaces de realizar, de tal modo que cada hispanoamericano defienda su tierra y sus conquistas como defendió Sandino el suelo nicaragüense —símbolo individual—, y como defendió su ciudad —símbolo de masa conscientemente heroica—, sin armas ni cañones, el pueblo cohesionado de Madrid.

A todo eso llegaremos reajustándonos en lo moral y en lo material. En lo moral, si luchamos contra vendidos leguleyos, sátrapas y traidores de uniforme militar o de levita. En lo material, iniciando la urgente transformación económica de lo que llamamos democracias, que no es simple cuestión de votos ni de mascaradas electorales.

En esa forma parece haberlo comprendido el doctor Alfonso López, de nuevo Presidente de Colombia —electo para un segundo período el 3 de mayo de 1942—, al afirmar que su país acepta la defensa continental americana, siempre que se haga prevalecer el colombianismo defensivo por sobre cualquier otro interés.

Y cuando ha manifestado que los empréstitos que desde el exterior se le insinúan al Gobierno de Bogotá, y las ayudas que se le ofrecen, no serán a cambio de concesiones para compañías sembradoras de frutas tropicales, sino para que se desarrolle y tome fuerza la estructuración económica de su patria.

Ese es el punto de vista que la América española debería tomar como lema. Y para que los reaccionarios estén tranquilos, será bueno recordarles que el doctor López no es socialista, ni comunista, ni hombre de color subido. Es, sencillamente, un liberal colombiano de sentido común.

ACTIVIDADES DE LA FALANGE HISPANICIDA

CUANDO el mundo de la supercivilización europea se sigue derrumbando, y la guerra se hace más violenta, y por millares caen día y noche hombres que saben lo que defienden, en contraste con “arios” irresponsables que ignoran por qué matan y por qué los matan; cuando en Hispano América comprendemos que la tragedia del otro lado del océano nos debe poner en guardia para seguir luchando contra lo que allí ha producido la catástrofe; cuando estamos seguros de que la crisis universal tendrá que resolverse con una transformación definitiva en favor de las grandes mayorías, que son las únicas víctimas del crimen y de la matanza; cuando todo eso está sucediendo, y lo vemos, y lo palpamos, arrecian las actividades de la más retrógrada y de la más antihumana caverna del viejo continente, disfrazada —como en páginas anteriores se explicó— con el nombre pomposo de Hispanidad.

Es muy fácil para estos mal llamados hispanistas, lacayos del Eje Roma-Berlín, desorientar a los pobres de espíritu y animar, con falsos postulados, a los que en nuestro medio se inclinan, por lucro o conveniencia, ante los regímenes de azote y de cadalso que hoy imperan en las naciones bárbaras del Eje. Pero es, en cambio, muy difícil, impresionar con propagandas estilo Goebbels a quienes gocen de despejado entendimiento.

No desmayan, sin embargo, los agentes del pequeñín Generalísimo, que tiene a su patria en manos de los agresores internacionales.

No desmayan los Serrano Súñer, ni los Queipo de Llano, ni los Millán Astray, ni los herederos de Doval y Bravo, ni tantos otros sargentones o traidores a la raza y a la tradición ibéricas.

No desmayan, en fin, los modernos y trasnochados encomenderos, para persistir en imaginarse que los hispanoamericanos tenemos necesidad de que nos vengán a proteger y a civilizar.

Ejemplo de esa persistencia es la epístola siguiente, que en los primeros días de marzo de 1941 se ha enviado a todos los cónsules de nuestro idioma en México, y que creo oportuno reproducir, sin quitarle punto ni agregarle coma. Dice así:

“ALIANZA DE HISPANIDAD IBERO AMERICANA”.—(En el margen superior izquierdo un sello, en rojo y amarillo, con cruz y lanzas atravesadas.) “CONSEJO INTERNACIONAL, SEDE EN MEXICO, D. F.—Bolívar No. 39, altos.—Apartado postal 10613”.—(En el margen izquierdo, debajo del sello, una larga lista con todas las jefaturas de la Alianza, incluyendo asuntos militares, acción magisterial, acción estudiantil, acción profesional, acción intelectual, acción religiosa, acción política, acción femenina, acción sindical e investigación, entre muchas otras jefaturas más, lo cual indica hasta dónde llegan las actividades de estos nuevos protectores que nos han salido a los hispanoamericanos.)

“Muy distinguido señor —dice la circular, emperifollada y ufana de todos los adornos antes referidos—: Con el favor de Dios Todopoderoso, esta ALIANZA DE HISPANIDAD IBERO AMERICANA, ha iniciado sus actividades que tendrán, como principio y fin, la reconquista y defensa de estos cinco puntos esenciales:

1o.—CATOLICIDAD DE IBERO AMERICA.

2o.—INDEPENDENCIA POLITICA.

3o.—INTEGRIDAD TERRITORIAL.

4o.—AUTONOMIA ECONOMICA.

5o.—DEFENSA DE LA HISPANIDAD.

“Por lo que, conociendo su resuelto amor por la Hispanidad, y sus grandes merecimientos como hombre de Espíritu, Señorío y Corazón (con mayúsculas), nos permitimos invitarle, fraternalmente, a colaborar en esta obra gigantesca que hemos iniciado en momentos tan angustiosos para nuestra patria, en particular, y tan críticos para los países hispánicos de América.

“Como no dudamos de su benévola acogida, nos permitimos suplicarle se sirva recibir a nuestro representante, el señor don Humberto Romero y Valencia, Consejero de esta Institución, quien le expondrá a usted más ampliamente nuestros fines y nuestros medios para alcanzarlos, sirviéndose señalarnos día y hora para recibirle.

“Que Dios Nuestro Señor Guarde a usted muchos años.—SERVI-

CIO.—JERARQUIA.—HERMANDAD.—Por el Consejo: Lic. Octavio Elizalde N.—Lucio Marcio”.

* * *

La circular transcrita habla por sí misma. Los hispanoides o hispanicidas del entreguismo ibérico, quieren para nuestra América **CATOLICIDAD**.

Es decir, la catolicidad de los prelados españoles que firmaron la carta pastoral contra el pueblo español, nada menos que en Burgos, cuando se había hecho publicar la noticia, “comprobada y fotografiada”, de que casi todas Sus Ilustrísimas habían sido “abiertas en canal” por los “terribles rojos”.

La catolicidad de los señoritos bien, de las beatas ojiblanco ante italianos y tudescos, de los nobles sin nobleza y de los plutócratas y latifundistas, amigos del “cante jondo” y de la manzanilla.

La catolicidad, resumiendo, de los actuales gobernantes españoles, con un millón de prisioneros en las cárceles y con centenares de fusilados por semana.

Quieren también para nosotros, en segundo término, **INDEPENDENCIA POLITICA**.

En otras palabras, lo que ellos mismos no tienen ni tendrán mientras el pueblo español no los haga salir de la península.

Lo que entregaron y vendieron a sus protectores de Roma y de Berlín.

Lo que nosotros los hispanoamericanos sí estamos dispuestos a defender, en la misma forma y con el mismo brío que emplearon nuestros próceres para lanzarlos a ellos a puntapiés de América, hace poco más de un siglo.

Desean, además, que tengamos **INTEGRIDAD TERRITORIAL**. Vale decir, la integridad territorial que solamente defendieron los españoles auténticos, durante casi tres años de lucha contra la invasión nazifascista que los hispanicidas llevaron a su patria.

Y se emocionan, en última instancia, pregonando para la América española **AUTONOMIA ECONOMICA**, de la cual igualmente carecen, y **DEFENSA DE LA HISPANIDAD**, que ellos han pervertido y que deshonran con sólo mencionarla.

No vale la pena seguir analizando lo que dicen y hacen publicar los lacayos antiespañoles de la barbarie europea.

En Hispano América —ya también se dijo antes— nos basta con la ideología de Morelos, con las leyes de Reforma de Juárez, con la expropiación petrolera de Cárdenas, con la inspiración de los Bolívar, los Hidalgo, los Morazán, los Montalvo, los Sarmiento, los Martí, defensores de la integridad humana, para luchar y defendernos.

Nos basta, pues, precisamente, con lo que tanto odian y maldicen los secuaces franquistas del crimen y de la encomienda.

LECCION DE CULTURA QUE PODRIA DAR HISPANO AMERICA

LAS declaraciones hechas por el Ministro de Relaciones Exteriores de México, el 25 de marzo de 1941, se ciñen estrictamente a lo que convinieron las repúblicas de América en las Conferencias de Lima, Panamá y la Habana. El sentir oficial mexicano no implica, ni mucho menos, una renuncia a la paz ni una renuncia, tampoco, a las aspiraciones de liberación económica de los pueblos sojuzgados en el nuevo mundo por las potencias imperialistas.

Prueba de ello es que México defiende la nueva doctrina interamericana; pero mantiene, a la vez, las conquistas de su revolución, incluso la expropiación de los ferrocarriles y la expropiación petrolera, en pugna precisamente con los grandes intereses capitalistas de Inglaterra y de los Estados Unidos.

Lo que dice en concreto el Canciller mexicano es lo siguiente: "México no ha contraído ningún compromiso que obligue a la nación a participar en una guerra extracontinental; no enviará un solo hombre a una guerra fuera del Continente; no ha celebrado ni celebrará ningún pacto secreto; la soberanía y la dignidad del país serán mantenidas íntegramente; defendemos la doctrina panamericana, porque la esencia de esa doctrina es la igualdad y el respeto recíproco de las naciones".

Y lo que se resolvió y se suscribió en la capital de Cuba, por los plenipotenciarios del hemisferio occidental, reza, en síntesis: "Todo atentado de un poder no americano contra la integridad e inviolabilidad del territorio, contra la soberanía o la independencia política de un Estado americano, se considerará como un acto de agresión contra todos los Estados que firman el presente convenio".

* * *

No hay, pues, contradicción, entre lo que hoy reafirma México y

entre lo que ayer pactaron las cancillerías del nuevo mundo. Y las palabras transcritas adquieren enorme importancia, cuando advertimos que las actividades nazifascistas, en este lado del mar, toman caracteres cada día más agudos.

Precisamente el 19 de marzo, día de San José y tercer aniversario de uno de los más criminales y horrendos bombardeos de Barcelona por los pilotos de Hitler y de Mussolini; precisamente en esa fecha, poco antes de haber declarado lo que declaró el Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos Mexicanos, apedrearon el edificio de la Cancillería y lanzaron vivas a las potencias del Eje italo-nipón-tudesco, en tumultuosa y escandalosa manifestación de incultura, varios grupos de agitadores quintacolumnistas.

Una semana antes, indignados por las derrotas de las hordas del fascio a manos de los griegos, pretendieron vengar a Mussolini varios de sus fanáticos, asaltando el Consulado de Grecia en México. Pero bastó la actitud defensiva del propio Cónsul y de dos empleados del Gobierno de Atenas en el edificio consular, para que se confirmase, en tierras de América, que los "temibles" legionarios del Duce tienen bien ganada su fama mundial como campeones del pedestrisimo veloz en fuga.

En uno y en otro caso, de acuerdo con las pesquisas realizadas, parece que los instigadores de esos atentados no son ajenos a los funcionarios diplomáticos de Roma y de Berlín en México, citándose muy especialmente al Barón von Collenberg, Ministro del régimen de Hitler ante el Gobierno de la nación azteca.

(Casi un año después, afortunadamente, al romper México sus relaciones con la barbarie, Collenberg y sus colegas totalitarios fueron expulsados del territorio nacional.)

Provocaciones quintacolumnistas como las reseñadas se suceden en otros países hispanoamericanos, en donde a los agentes arios de la Gestapo y del pintor de brocha gorda, señor y amo de los teutones, y a los "furibundos" panegiristas del señor Mussolini, se suman los representantes de la Falange que encabeza en España el Caudillísimo de la traición.

* * *

Indudablemente que la guerra actual produce, a los que no quieren o no pueden ver, un confucionismo difícil de aclarar; y en esas con-

diciones es lógico que las ideologías de los opuestos bandos choquen entre sí, reflejándose en el medio hispanoamericano.

Pero causa penosa indignación que en regiones civilizadas del Continente americano se lancen "vivas" a los rejoneadores de la libertad, de la democracia, del respeto a las naciones débiles, de todo aquello, en fin, que constituye la única garantía y la única defensa de los que no disponemos de fuerza material ninguna para hacerle frente al agresor totalitario.

Que los súbditos del Reich, partidarios de la Gran Alemania, sean nazistas y voçiferen aclamando a su Fuehrer, es cosa explicable, aunque no excusable; que los émulos de Mussolini, a pesar de sus derrotas y de sus carreras desenfundadas, sueñen con resucitar el antiguo Imperio romano, es algo que también puede explicarse, como explican los alienistas la locura de grandeza y poderío; que todo eso y mucho más acaezca en el torbellino de la época contemporánea, puede pasar y quedar catalogado entre las aberraciones de una era histórica de descomposición social.

No tiene explicación, en cambio, que en países que por su estructuración económica no pueden ser imperialistas, se exalte —aun cuando sólo sea por pequeñas minorías— nada menos que al más peligroso y al más soberbio de los sistemas imperialistas existentes en la historia de la humanidad.

Inútil seguir diciendo que con el triunfo del crimen y de la barbarie nazifascista en Europa, que con la victoria de los enemigos de la democracia, estaremos mejor defendidos del imperialismo anglosajón.

Inútil imaginarse que pueda impresionar a nadie, con uso de discernimiento, la demagogia de Goebbels.

Inútil cuanto hacen y escriben los partidarios de la nueva Santa Alianza, porque el problema actual no es de lucha contra lo que pueda suceder, sino contra lo que está sucediendo.

¡Y de lo que está sucediendo hay plena y escalofriante demostración en las propias naciones europeas ya subyugadas!

La lección que Hispano América podría dar al mundo —vino por fin a darla en enero de 1942—, a reserva de defenderse de cualquier otro imperialismo, sería la de romper relaciones y la de no tener trato ninguno con Hitler ni con Mussolini.

He allí una lección de humanidad y de cultura, a la postre superada con once declaraciones de guerra, incluyendo a México y al Brasil, que dará prestigio a nuestros pueblos en la Historia.

DECIMO ANIVERSARIO DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

CATORCE de abril de 1931.

Se produce en España un cambio de régimen.

Con festejos populares, con risas, bailes y canciones, se derrumba la monarquía del último Borbón.

Huye de Madrid el derrocado, sin preocuparse de salvar primero a su mujer y a sus hijos.

Cuando acontecimientos de tanta trascendencia política pueden realizarse; cuando arraigados sistemas de gobierno se desploman por voluntad de las masas oprimidas, surge la violencia, el patíbulo empieza a funcionar, se abre paso la tragedia.

Mas he aquí que en España no se producen hechos de sangre.

No se desatan las pasiones.

Nadie opone resistencia a la fuga del que fué monarca.

No se ultraja a la familia real.

¡Y el propio pueblo se convierte en guardián de los príncipes y de la Reina, para que sin obstáculo ninguno puedan salir de la península!

Nadie recuerda los ocho años de dictadura.

Nadie habla de venganzas.

Todo es fiesta.

Todo es alegría.

El pueblo mismo garantiza el orden.

Organizaciones políticas y sindicatos, de todos los matices, se comportan ante el mundo en forma única por ejemplar.

* * *

Pasan las semanas y los meses.

Confiada se desenvuelve la República.

Tan confiada o tan ingenua, que a los militares se les deja en sus

puestos o se les jubila, si así lo desean, reservando para ellos la tercera parte del presupuesto total de la nación.

Y llega a tal extremo la benevolencia de los republicanos, que a los capitalistas, al clero, a las grandes empresas, a toda la reacción peninsular, se le conserva intacta su gran fuerza económica, o se aumentan sus haberes con erogaciones substanciosas del erario público.

Responden las derechas a tanta generosidad, desencadenando contra el nuevo régimen campañas agresivas, conspiraciones y amenazas de revuelta y de desorden.

Se enfrentan a la transformación social de las grandes mayorías.

¡Hasta que lanzan, por fin, sobre su patria, a los ejércitos de la invasión nazifascista, en connivencia con los militares, con las tejas montañesas, con las altas clases privilegiadas y con los demás enemigos ancestrales del progreso y de la dignidad del hombre!

* * *

Así, con la traición y con la invasión extranjera, con las propias armas de la República y con las de sus enemigos del exterior, vuelve la caverna a dominar en España.

Así, con lágrimas, con sangre, con entrañas abiertas y bendiciones papales; con un millón de vidas sacrificadas; con gumiás sarracenas; con pilotos, y aviones, y tanques, y ejércitos de la barbarie contratada en Africa, en Roma y en Berlín, retrocede aquel país de don Quijote al paréntesis que está viviendo desde marzo de 1939.

Paréntesis de tragedia y de dolor, porque las fuerzas medioevales que eran ya pasado, en pugna con la evolución humana, no sólo quieren ser el presente sino también el porvenir de un pueblo que sigue viviendo en la expatriación o en la cárcel.

De un pueblo que ha demostrado tener más honda experiencia histórica que el resto de sus vecinos, al norte de los Pirineos.

¡Vano empeño el de las espuelas, las mitras, los tricornios y las gentes de sangre azul, al servicio del invasor.

¡Vano empeño el suyo, a pesar de las armas y de las alianzas que tienen con la brutalidad totalitaria!

¡Vano empeño, porque los pueblos no dan pasos atrás ni se detienen!

* * *

Podrán caer momentáneamente, como ha caído España, heridos y desangrados.

Pero hay una fuerza vital interior, más poderosa que los campos de concentración, el presidio, los fusilamientos, los cañones y las bayonetas.

Una fuerza vital interior que no desmaya, que no muere, que siempre está despierta.

Y que en pueblos como el español, no obstante todas las confabulaciones, todas las traiciones y todas las complicidades, obra el milagro de convertir las derrotas en victorias, vivificando el organismo material con su savia espiritual, eterna y luminosa.

Esa savia, esa vitalidad interior vibra en España, a pesar del dominio aparente del nazifascismo.

Es la fuerza vital de la República, simbolizada en el espíritu invencible de los mineros asturianos, de los católicos vascos, de los hombres de Levante, de los sindicatos catalanes, de los épicos y gloriosos madrileños.

* * *

¡Enormes madrileños! —escribí hace poco en volumen que por ahí circula.— ¡Enormes madrileños!

Durante treinta meses, con su ciudad sitiada, se mantienen firmes esperando a los desleales, y a los moros, y a los italianos, y a los bárbaros tudescos.

Se mantienen firmes, seguros de su fuerza, seguros de sí mismos, seguros de que los traidores y los invasores no tendrían viril el ánimo para traspasar los umbrales de la heroica villa.

Cien mil hombres y mujeres van a disputarle palmo a palmo y pulgada por pulgada al invasor, a los afronazifascistas, el terreno que pretendan hollar.

Grandes y chicos, médicos y abogados, poetas e ingenieros, escritores y albañiles, levantan trincheras y barricadas para detener a las hordas del salvajismo contemporáneo.

Las azoteas están llenas de piedras, de palos, de adoquines, de todo lo que pueda servir como arma de combate.

¡Y con agua y con aceite hirviendo bautizarán las mujeres a los moros!

Si el mismo espíritu hubiese prevalecido en las otras naciones europeas, no estarían hoy sojuzgados trescientos millones de seres humanos por la ignominia brutal de los teutones.

¡Con palos, con piedras, con agua y con aceite hirviendo, acabaría la superculta Europa, escarnecida y humillada, con el insolente dominio de los hunos sanguinarios de Hitler!

* * *

Con ese dominio, tarde o temprano, sí acabarán los hombres y las mujeres de España.

Porque la gran masa popular española, que derrumbó a la monarquía, no es responsable de que los políticos miopes, y las llamadas democracias —París y Londres—, hayan desperdiciado tanta heroicidad.

Y porque esa gran masa popular, que forcejea en las cárceles, en los campos de concentración o en el destierro por la independencia y por la libertad, sabrá cumplir con su destino histórico, sin dirigentes inferiores a un material humano, de vibración profunda, que aquéllos no supieron —¡benditas sean las excepciones!— orientar ni dirigir.

Todo eso lo saben y lo sienten los españoles legítimos.

Por eso celebran este décimo aniversario del 14 de abril.

Podrá ser una conmemoración en la que hay mucho de nostalgia y de dolor.

Pero este 14 de abril de 1941 —y el de 1942, y los que vengan— es tan revolucionario en su nostalgia, tan revolucionario en su dolor, como aquellas risas, y aquellos bailes, y aquellos festejos populares del 14 de abril de 1931.

* * *

Los de la antihistoria, en cambio, no podrán celebrar jamás una fecha semejante a la que hoy se conmemora.

Su gozo no es el de la libertad sino el de la esclavitud, que implica siempre persecución y odio.

El día que escojan las derechas para recordar lo suyo, lo de Franco, lo de Hitler, lo de Mussolini, la matanza de mujeres y de niños, no será la fiesta del pueblo, sino la fiesta del antipueblo.

No será la fiesta de España, sino la fiesta de la anti-España.

No será la fiesta de los españoles, sino la fiesta macabra de los que traicionaron lo más noble de su raza, de su carne y de su espíritu.

Fiesta macabra, porque si lo uno fué el derrumbamiento incruento y alegre de la monarquía, lo otro ha sido venganza, aversión feroz a la dignidad y al decoro, sadismo, ruinas, bombardeos, escombros, entrañas abiertas al sol y al aire.

Y el crimen, la traición, la felonía, podrán cometerse e incluso bendecirse, para escarnio de la fe católica; pero no pueden ni podrán nunca celebrarse, como celebran hoy los españoles verticales este nuevo aniversario de una República que no ha muerto, que todavía vive y seguirá viviendo, sin que pueda nadie derrotarla ni acabar con ella.

GOERING Y GOEBBELS

HABLAR de bombardeos aéreos, de incendios y destrucción de ciudades desde la cabina de un avión, de “pilotos entrenados e indomables”, es traer inmediatamente a la memoria el nombre y la figura fútrica del mariscal de campo, Hermann Wilhelm Goering, segundo capataz de los tudescos después de Hitler.

Y es traerlo a la memoria, porque ha sido este modelo ideal para cuadros de mujer de Rubens, el más cruel y el más cobarde asesino de pueblos indefensos.

Nunca olvidará la Historia las horrendas masacres de que fueron objeto, bajo su dirección, las poblaciones españolas de Durango, Marquina, Elorrio, Munguía, Eibar, Larrauri, Ochandiano, Guernica y tantas otras villas de la tierra católica de Euzkadi.

Tampoco olvidará nunca la Historia los millares de víctimas, hombres, mujeres y niños, en otros sitios de Europa, asesinados por los “caballeros germanos del aire”, a las órdenes de este monstruo de la época contemporánea.

Nació el voluminoso Goering en Rosenheim, Baviera, el 12 de enero de 1893, acercándose por lo tanto al medio siglo la gran cantidad de materia corruptible que lo forma.

Sirvió en las fuerzas aéreas alemanas durante la primera guerra europea, de donde vino a resultar con ciertas mutilaciones, que acabaron con su virilidad y le dan a su semblante aspecto bovino.

El mal funcionamiento, además, de sus glándulas de secreción interna, le ha despertado afición extraordinaria por los adornos femeninos: vistosos trajes, cintas de colores, condecoraciones y afeites.

* * *

La carrera política de Goering, dadas sus condiciones de cruel-

dad poco viril y de sadismo por insuficiencia endócrina, tenía que ser rápida y brillante a la par de un mesiánico poseso como Hitler.

Ha sido Presidente del Reichstag, desde 1932; Primer Ministro, y Ministro del Interior en Prusia, desde 1933; Ministro General de Aviación del Imperio hitleriano, y Mariscal de Campo, desde febrero de 1938, además de otra serie de posiciones políticas y militares, cada una con su correspondiente uniforme, y con las cintas y con las medallas que el Fuehrer le ha ido otorgando, para darle satisfacción y halago a su complejo feminoide.

Ante seres de tal jaez no acierta uno a comprender que pueblo alguno, que ningún partido como el nacional socialista alemán, que nadie con pretensiones de raza superior, sea capaz de doblegarse, dejando así traslucir un aspecto innegable de inferioridad.

Nos dirán entonces los nazis a los hispanoamericanos: ¿Y Rosas? ¿Y el Dr. Francia? ¿Y García Moreno? ¿Y Veintemilla? ¿Y Cipriano Castro? ¿Y los demás dictadores o sicarios de la fauna de ustedes?

Sí. Los hemos tenido. Los tenemos. Pero Hispano América, con excepciones lamentables, no les dió jamás punto de reposo a sus tiranos. Aquellos de mayor intrepidez, por otra parte, eran hombres y no de curvas; hombres de valor personal indiscutible, ante los cuales, como ante Francisco Villa, habrían tomado las de villadiego los Goering, los Franco, los Mussolini, los Hitler y los demás nazifascistas europeos, que tratan de organizar al mundo con su "nuevo orden".

Un "nuevo orden" que repudiamos y condenamos de México a la Patagonia, en donde no hemos llegado al extremo de aceptar como buena, en relación con gobernantes, ninguna tesis mesiánica o providencial de paranoicos.

* * *

Pasemos ahora la vista por otro caso clínico del Reich: Herr Doktor Joseph Goebbels, Ministro alemán de Propaganda. ¡Alto, flaco, huesipegado!

Nació el 29 de octubre de 1897, en un villorrio de Rhinelandia. Ya maduro estuvo allí ejerciendo la carrera del periodismo, después de haber obtenido un doctorado en Heidelberg. Y desde entonces comenzó a dar pruebas inequívocas de su gran capacidad para el manejo perfecto de la difamación y de la calumnia.

Es el tercer hombre del nacional socialismo, descontado el fugitivo

Hess, formando con Hitler y con Goering —Himmler se les agregó posteriormente— la trinidad tudesca del crimen y de la barbarie.

Sus impulsos satánicos se atribuyen al hecho de ser anatómicamente deforme y de sufrir, como su compañero el Mariscal de Campo, de ciertas taras psicofisiológicas que le atormentan y torturan. Entre sus defectos más notorios señala un biógrafo el de su cojera incurable, pues tiene la pierna derecha más larga que la izquierda.

Se unió al Partido Nacional Socialista desde la primera época de su fundación, llegando a obtener el grado de líder regional en 1926, gracias a su dinamismo y a su influencia entre los cabezas cuadradas hitleristas de más alto predicamento. Dedicó entonces sus mayores esfuerzos a la propaganda, en el norte de Alemania, mientras el jefe máximo operaba en Munich.

En 1927 fundó el diario de Berlín *Der Angriff*. En 1928 ocupó un asiento en el Reichstag. Y ya en 1933 nos lo encontramos con el título de Ministro de Propaganda del Gobierno nazi.

Es en esa posición que desarrolla Goebbels todas sus facultades, organizando un completo control estatal sobre la prensa, la literatura en sus diversas manifestaciones, la radio, el teatro, el cine, la música y los demás aspectos culturales y artísticos de la tierra, seguramente avergonzada, en que duermen las cenizas de Goethe y de Beethoven.

Sus campañas cobraron enorme importancia, cuando Alemania se lanzó por el atajo de su política de agresión y de incumplimiento de los numerosos convenios internacionales, que conducían a la paz.

Para llenar su cometido, para engañar y desorientar a la opinión mundial, ha empleado el inescrupuloso Goebbels el fantástico aparato de la propaganda alemana, que los nazis consideran como arma esencial de combate en el interior y en el exterior del Reich.

* * *

Al estallar la guerra de invasión de España, aprovechando cuantos medios y recursos tenía a su alcance, desató Goebbels una tremenda y eficaz campaña contra el "comunismo". Esa campaña vino a cohesionar, como era lógico suponerlo, a todas las derechas de América y de Europa en la desfiguración de la verdad, presentando como "rojo" a un pueblo victimado que sólo luchaba por su independencia.

De Berlín salían composiciones fotográficas, por ejemplo, de doña Dolores Ibárruri, La Pasionaria, rasgándole la yugular, con las uñas y con los dientes, a un pobre monje en una calle de Madrid; dibujos y grabados de terribles asesinatos y de criminales violaciones; folletos y discursos que se leían por radio, en los que se relataban escenas tan espantosas de crueldad, que hacían estremecer, pálidos y cariacontecidos, a los pazguatos derechistas del mundo entero.

Entre las frases de Goebbels, que pueden servir de modelo por su cinismo y por su audacia para impresionar a los incautos, merece citarse la que no tuvo reparo de decir en un discurso suyo, pronunciado en Nuremberg:

“Una tarde los comunistas, que se hacen llamar republicanos españoles, repartieron “beefsteaks” a los hambrientos de Madrid. Y cuando ya los habían repartido y los pobres madrileños estaban en plena digestión, declararon entonces los perversos rojos que lo que habían distribuido era carne de 200 mahometanos prisioneros, sacrificados, abiertos en canal y cocinados por las hordas del Presidente Azaña”.

Transcribir una parte mínima de frases de Goebbels como la anterior, tomaría buen número de páginas. Y no solamente en relación con España sino también con Checoslovaquia, Polonia y los demás pueblos europeos que ya tenían los amos del Reich en la lista de sus futuras víctimas.

Sería interminable, sobre todo, hacer una relación de los insultos y de los agravios del Ministro alemán de Propaganda contra Rusia, Stalin, Litvinov y los demás jefes del socialismo soviético, calificados todos ellos como “perros judíos”, responsables de las guerras y de los conflictos registrados en Europa.

A pesar, sin embargo, de cuanto Goebbels ha dicho y escrito condenando a la Unión Soviética, y haciendo creer que Alemania se preparaba en realidad contra los comunistas —¡no contra Inglaterra ni contra Francia!—, ya vió el mundo de qué manera los tudescos solicitaron a Stalin la celebración del pacto de no agresión, suscrito el 23 de agosto de 1939.

Y ya hemos visto todos, posteriormente, en qué forma trabajó el Reich para que el Japón, miembro del Eje de las tres téas, enviara a Moscou a su Ministro de Relaciones Exteriores, Matsuoka, para que

el 14 de abril de 1941 firmara con las autoridades soviéticas un convenio semejante al de Ribbentrop con Molotov.

Quedó así en el aire el famoso pacto anticomintern, y anulada la perversa y cínica campaña de Goebbels, aun cuando más adelante, desde el 22 de junio de 1941, al lanzarse Berlín sobre el Soviet, hubiesen vuelto los teutones a la carga del anticomunismo.

* * *

A este hombre, genial sin duda en su carácter de publicista del Tercer Reich, puede y debe considerársele como el verdadero autor de la llamada "guerra de nervios". Con ese sistema de ofensiva pudo aterrorizar en tal forma a los pueblos y a los gobiernos europeos, que uno tras otro se fueron entregando a sus invasores, sin ofrecerles resistencia. ¡Estaban de antemano dominados por la incesante labor del referido Ministro alemán de Propaganda!

Parece ocioso agregar que es el enemigo más feroz de la raza judía, no obstante que su esposa Magda fué la hija "adoptiva" del hebreo Friedlander.

Con ella, en el Castillo de Schwanerwerder, situado cerca de Berlín; con la israelita Magda, estirando o encogiendo más su pierna corta, ha podido tener dos hijos el gran difamador, ocasionando sus engendros gravísimo disgusto a Hitler, enemigo a muerte de que los altos jefes del Reich se conviertan en padres de familia.

¡No se sabe si el disgusto del Fuehrer obedece al natural judaísmo de los descendientes de Magda con Herr Goebbels, o a los defectos físicos de un progenitor que no puede hacer válido el principio nazi de la superioridad racial!

CASULLAS, CALICES Y ESTOLAS OBSEQUIAN LOS NAZIS AL GENERALISIMO

LOS diarios madrileños, en sus primeras páginas, destacan a grandes títulos lo que ellos llaman "las resonantes victorias del Eje Roma-Berlín". Y adornan sus informaciones con las veras efigies de Hitler y de Mussolini, llenando de alabanzas a los dos dictadores y ennegreciéndoles el arismo con humo de incienso.

Pero he aquí que a pesar de la inclinación absoluta del infeliz de Franco hacia sus amos; y no obstante que esa inclinación de siervo agradecido se refleja en todas las autoridades mal llamadas nacionalistas, y en todos los órganos de la prensa mal llamada española, continúa la sombra del difunto Chamberlain inspirando la política de la Gran Bretaña, en relación con Franco, los falangistas y sus secuaces.

Y es curioso observar que los nuevos extravíos británicos acaezcan y se repitan, sin que el Gobierno de Londres quiera recordar las experiencias sufridas por Inglaterra en los últimos años. Porque mientras los hispanicidas que detentan el poder español se acogen a la "ideología" y a las prácticas totalitarias, Downing Street fortalece a los aliados y servidores iberos de Italia y de Alemania, en la misma forma en que lo hacía el fallecido anciano del paraguas, de acuerdo con su infortunada política del apaciguamiento, que tanta desolación le está costando a Europa.

Sin tomar en cuenta el aspecto antihumano y antidemocrático de semejante actitud, puesto que siguen todavía funcionando en la península los pelotones de ejecución, y las cárceles están abarrotadas con cerca de novecientos mil prisioneros políticos, y todo allí es crimen y barbarie al estilo tudesco; sin hacer hincapie en posición tan contradictoria con lo que se predica, y tan en pugna con toda idea civilizada de libertad y de justicia, es verdad sin reticencias que Londres no deja

de ayudar al Caudillísimo con enormes cargamentos de trigo, y que le ha hecho un nuevo préstamo de varios millones de libras esterlinas.

* * *

Naturalmente que las autoridades inglesas dan su explicación, o tratan de darla, en la misma forma en que solía hacerlo el señor Chamberlain. Un mensaje cablegráfico de Londres, fechado el 22 de abril de 1941, dice que en esa misma fecha declaró el Primer Ministro ante la Cámara de los Comunes:

“La Gran Bretaña tiene grandes deseos de evitar un rompimiento con el régimen del General Francisco Franco, y de obtener que no coope-re con Alemania en un ataque contra Gibraltar”. Y agrega el referido cablegrama:

“El señor Churchill defendió el reciente empréstito concedido a España por Inglaterra, haciendo así frente a las críticas que le lanzaron los miembros del Partido Laborista. Hizo saber, además, que está llevando a cabo una política “estudiada cuidadosamente”, en un esfuerzo encaminado a mantener al Gobierno español a distancia de las potencias que forman el Eje”.

Esa política, “estudiada cuidadosamente”, la realiza Londres cuando es mayor la incertidumbre en Inglaterra por los triunfos del Reich en los Balcanes; cuando todos los periódicos informan del aumento constante de tropas alemanas en territorio español; y cuando, según cablegramas del mismo mes de abril, se logra confirmar que el número de “turistas” nazis, de invasores alemanes en España, llegaba intonces a la respetable cantidad de ciento ochenta mil cabezas cuadradas, “sin contar los muchos millares más que están posesionándose sistemáticamente de Portugal”.

Aseguran estos últimos mensajes que el idioma alemán se escucha en las calles, en los cafés, en los teatros, en los hoteles y en todos los sitios públicos de las principales ciudades españolas y portuguesas.

Se trata, por consiguiente, de un movimiento perfectamente claro, del que Inglaterra sólo podrá sacar una nueva y muy dura lección.

De un movimiento formidable de quintacolumnismo torifalangista, al que creen oponerse los eternos apaciguadores dándole nuevo y continuado apoyo a Franco.

De un movimiento, en fin, en el que los cavernarios españoles y los nazifascistas de Hitler y de Mussolini trabajan de común acuerdo, según se desprende de la intensa campaña periodística a que se hizo mención en el párrafo primero de este trabajo.

* * *

Pero lo que ocurre en Europa es de tal forma extraordinario, desde cualquier punto de vista que se le observe, que hasta la religión católica, perseguida por los nazis a sangre y fuego, se toma de pretexto para estrechar, "todavía más", los vínculos entre los grandes delincuentes del viejo mundo en descomposición.

En lo que toca a España el caso es deplorablemente trágico. Sirva como ejemplo de tanta iniquidad la noticia publicada, el 21 de febrero de 1941, por el diario franquista *Informaciones*. Véanse los títulos:

"El Ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Súñer, inauguró ayer la exposición de objetos del culto católico, regalados a España por obispos alemanes". — "Cuatro mil casullas, mil setecientas estolas, trescientos cálices y millares de objetos religiosos, por valor de doce millones de pesetas, constituyen el valioso donativo". — "Como la *Legión Cóndor* contribuyó a salvar la civilización europea, los católicos alemanes han aportado su colaboración, dijo von Stohrer, Embajador del Reich en Madrid".

Eso dijo von Stohrer en el gutural discurso que pronunció cuando se inauguraba, en el Círculo de Bellas Artes, la exposición de tan enorme cantidad de objetos del culto católico, fruto de la rapiña y de los saqueos de las hordas nazis en los países que tienen dominados.

Y lo dijo en nombre del régimen ateo y anticristiano del señor Hitler.

Y relinchó sus palabras ante una enorme concurrencia de altos personajes, con muchas indulgencias y con muchos entorchados.

Entre ellos no podía faltar el propio Serrano Súñer, ni el famosísimo General de presidiarios Millán Astray, ni el Nuncio de Su Santidad, ni Pilar Primo de Rivera, ni el Obispo de Madrid, ni el Obispo de Toledo, ni el de Segovia, ni el de Cartagena, que es también, actualmente, el Administrador Apostólico de la ciudad condal de Cataluña, y quien

tiene el encargo de distribuir a las diócesis peninsulares los objetos de que se ha hecho mención, saqueados en el resto de Europa por la soldadesca brutal y sanguinaria de Hitler.

También le tocó en suerte al citado señor Obispo de Cartagena, en nombre de Dios, del Caudillo y de la catolicidad, hacer el elogio del Reich y de su esplendidez, al contestar a von Stohrer y decirle que “el mejor cáliz será enviado a la capilla del Alcázar; la mayor custodia a la Catedral de Oviedo; y los demás objetos a otros puntos de nuestra España, tan heroicamente defendida por los pilotos alemanes de la *Legión Cóndor*, que vertieron su sangre junto al ejército salvador del Generalísimo Franco”.

* * *

Poco habrá que agregar a lo transcrito. Tal vez, como simple recuerdo, que los elogiados pilotos de la *Legión Cóndor* fueron los bombardeadores y los destructores de la tierra católica de Euzkadi, con sus santuarios y con sus iglesias. Y que fueron los más cobardes asesinos de una población civil indefensa, profundamente religiosa, que caía de hinojos implorando piedad al cielo, orando fervorosamente, mientras los aviadores de Hitler y de Mussolini lanzaban sus bombas incendiarias sobre el territorio invadido de la España inmortal.

Se podría agregar, de igual manera, que todo ese “clima” de España, de la España franquista, de la España antidemocrática, de la España a las órdenes de Berlín y de Roma, manchada de cieno y de sangre, no habrá de transformarse, por obra y gracia de empréstitos ni de trigo —de fortalecimiento totalitario— en el “clima” que esperan respirar los herederos del venturoso Chamberlain.

SIGNIFICACION DEL PRIMERO DE MAYO

HACE más de medio siglo, el primero de mayo de 1886, se vieron afectados 11,562 establecimientos industriales de los Estados Unidos por una huelga simbólica, emocionante, en la que participaron 600,000 trabajadores norteamericanos.

Chicago era el centro de agitación, pero se unieron al movimiento, pidiendo ocho horas de trabajo, numerosas organizaciones obreras de Baltimore, Cincinnati, Detroit, Nueva York, Milwaukee, San Luis, Pittsburgh y otras ciudades de la Federación anglosajona.

Pocos días después, el 4 de mayo, una manifestación de protesta en el Haymarket, por el asesinato de seis obreros, no obstante que la manifestación era pacífica, culminó con nuevos ataques de la policía, con nuevos asesinatos y con la sentencia de muerte que llevó al patíbulo a Persons, Spies, Fischer y Engel, víctimas de la reacción capitalista.

La huelga del primero de mayo de 1886, las que con anterioridad habían podido realizarse y las que el primero de mayo de años subsiguientes se han llevado a efecto, marcaron y seguirán marcando una honda huella en el historial de las conquistas inmediatas del proletariado.

Por ese motivo la fecha del primero de mayo es de enorme significación para los trabajadores, quienes desde los comienzos del siglo diecinueve clamaban en Estados Unidos y en Europa por una jornada más corta, menos inhumana de trabajo.

“Desde el alba hasta el crepúsculo” eran cruelmente explotados los obreros, sin distinción de sexos ni edades. Por medio de intensas luchas pudo conseguirse la jornada de diez horas. Y a partir de 1886 se intensificó la batalla de “ocho horas de trabajo, ocho horas de recreo y ocho horas de descanso”.

Este postulado lo adoptó el Congreso reunido en París el 14 de julio de 1889, centenario de la toma de la Bastilla, en representación del proletariado revolucionario del mundo.

Desde entonces el primero de mayo se considera, por las clases la-

borantes de todos los países, a pesar de los gobiernos que representan generalmente a la plutocracia, como el Día del Trabajo Internacional.

* * *

En lo que llevamos del siglo veinte la situación de las grandes mayorías productoras ha sufrido graves trastornos. La riqueza se ha concentrado cada vez en menor número de manos. La crisis del régimen capitalista ha ido en aumento, hasta provocar la segunda guerra mundial, que desde 1939 hace crujir a Europa.

Los trabajadores de las grandes potencias, actualmente dominados, convertidos en carne de cañón o en ilotas al servicio de los totalitarios, es indudable que reaccionarán vigorosamente en defensa de lo suyo, de su libertad y de sus derechos.

El mundo, sin remedio, caminará entonces hacia la transformación social, no importa que las minorías detentadoras hagan esfuerzos desesperados por conservar sus privilegios, con el apoyo de criminales dictaduras y de voraces satrapías.

La celebración del Día del Trabajo adquiere hoy, por lo tanto, una importancia trascendental, porque va entrando la humanidad por nuevos cauces, completamente distintos de los que han seguido los viejos y decadentes regímenes que, en los cuarenta y dos años de este siglo, han llevado la desesperación, la matanza colectiva y la miseria a las grandes mayorías sin patrimonio.

Está, por consiguiente, el mundo entero, en época de reajuste de todos sus valores. Y este reajuste debe empezar con una comprensión clara de que ya no es posible seguir hablando de libertad, en la forma en que lo hacen los fetiches liberales que nos han gobernado, porque el liberalismo clásico, en su aspecto económico que es el fundamental, deja libres las manos a los poderosos, a los propietarios de los medios de producción y de cambio, para que continúen asfixiando y haciendo que se lancen, unas contra otras, las masas desposeídas, que son, en última instancia, las víctimas propiciatorias del crimen y de la brutalidad de las castas dominantes.

Menos aún será posible hablar de democracia en sentido abstracto, después de la hecatombe actual, porque la democracia efectiva y el imperialismo son términos antagónicos. Tan antagónicos en lo interna-

cional, como lo es la propia democracia respecto de la dictadura en la vida interior de las naciones.

* * *

Largo ha sido el calvario y constantes los sacrificios de la parte más numerosa de la humanidad. Muchos, también, los errores cometidos. Y profundamente desconcertantes las claudicaciones, las traiciones o las debilidades de dirigentes demagogos, en cuya pericia puso el proletariado toda su confianza.

Pero la experiencia adquirida; la vileza comprobada; los falsos líderes aprovechados; los que se enriquecieron; los que acumularon grasa y oro con la sangre y el sudor del pueblo, mientras predicaban la necesidad de liberarse; los hechos, la realidad, la Historia; lo que la llamada civilización contemporánea, trágica y sangrienta, ofrece de lección a los de abajo y también a los de arriba, es siembra fecunda que hará brotar de la tierra, abonada con entrañas deshechas y con puños rígidos en alto, el "nuevo orden" del primero de mayo.

Tal es el significado de esta fecha de justicia y libertad. Porque la barbarie de los agresores, además, con sus armas de guerra, sus bombardeos, sus lanzallamas, sus tanques, sus carnicerías y el tropel del crimen, de la desolación y de la muerte, acabará por destruir lo que aún queda del régimen actual, que se hunde y se deshace.

Así deben sentirlo y comprenderlo los trabajadores del mundo entero, en esta nueva conmemoración de la huelga revolucionaria de 1886.

CATILINARIA DE HITLER CONTRA CHURCHILL Y EL ACTA APOSTOLICAE SEDIS

“**M**IL años durará el nazismo, estando preparado el Reich para enfrentarse a todas las coaliciones de sus enemigos!” En esa forma se expresó Hitler ante el Reichstag, al pronunciar su anunciado discurso del 4 de mayo de 1941. Y agregó:

“Cuando los países democráticos, países agitadores a los que Alemania no ha hecho jamás el menor daño, amenazan con sofocarnos o estrangularnos, yo contesto que no volveremos a presenciar la situación en que nos vimos en 1918, sino que surgiremos y seguiremos adelante, cada vez con mayor energía”.

De manera que los tudescos, con su Fuehrer a la cabeza, no han hecho nunca el menor daño a los países democráticos. Es falso, entonces, lo de España, lo de Austria, lo de Checoslovaquia, lo de Memel, lo de Polonia, lo de Noruega, lo de Yugoslavia, lo de Bélgica, lo de Francia, lo de Holanda, lo de Grecia, lo de todas las naciones dominadas y ultrajadas por la bota militar de los germanos.

A continuación se refirió Hitler a la paz. Alemania, desde luego, no obstante su doctrina francamente guerrera y su práctica en el asesinato colectivo, sólo ha sido una víctima de “los voraces traficantes internacionales de la guerra, y del odio que las democracias criminales han sentido por el pueblo alemán”. Por ese motivo los arios no tienen más remedio que “librar al mundo de la conspiración fraguada contra la raza superior”.

Como Inglaterra continúa resistiendo y no se doblega ante la “inofensiva Alemania”, recayó la cólera del Fuehrer sobre la cabeza de Churchill, “cuyo comportamiento es sintomático de borrachines y de personas que desvarían; porque Churchill es el aficionado más sangriento que registra la Historia; es un incendiario internacional —aña-

dió, gesticulando, el amo teutón— que durante casi cinco años ha andado de aquí para allá, en busca de algo a qué prenderle fuego”.

* * *

No es necesario comentar el cinismo de los nazis al hablar de paz, ni el vocabulario del señor Hitler, acostumbrado como ya está el mundo a los novísimos procedimientos diplomáticos de la supercultura Europea, ensombrecida por la swástica.

Pero sí es curioso hacer la observación, a propósito de criminales, de que en la misma fecha del discurso a que se hace referencia, publicaron los diarios norteamericanos la noticia sensacional de que la Gestapo está suprimiendo en masa, matándoles con inyecciones de cianuro, a los ancianos, a los incapacitados y a los enfermos del paraíso hitle-rista.

Y no se trata de exageraciones, ni de propaganda antinazi, ni de un afán morboso de calumniar y difamar a los dirigentes del Reich. La acusación se ha hecho con pruebas documentales de un alto dignatario de la Iglesia, que han repercutido en el Vaticano e impresionado terriblemente a Su Santidad.

(¡Aun cuando bien es cierto que, por otra parte, ya está la Santa Sede en relaciones con el nuevo reino de Croacia; ha firmado un concordato con Francisco Franco; establece relaciones diplomáticas con el Japón, en pugna con el credo católico de los filipinos; y los jerarcas anticristianos de España —como se vió en información anterior— se inclinan ante Hitler a cambio de custodias y de cálices!)

Pues a pesar de todo eso, con las pruebas en su poder, horrorizado y poseído de intensa angustia, deseoso de cumplir eficazmente con Dios y con la cristiandad al denunciar los crímenes cometidos en Alemania, ha lanzado Pío XII una serie de admoniciones contenidas en el *Acta Apostolicae Sedis*, y una resolución pontificia denominada *De la matanza directa de inocentes hecha en el Reich por orden de la autoridad*.

De tan impresionante documentación, traducida del latín al inglés por el semanario *New Republic*, se infiere que en el curso de un año, desde septiembre de 1939 a octubre de 1940, “ochenta y cinco mil personas, calificadas como inútiles o incurables por las autoridades alemanas, han sido muertas por agentes de la Gestapo, empleando en este

asesinato colectivo inyecciones intravenosas de cianuro de potasio, de ácido prúsico y de otros venenos activísimos”.

* * *

A consultas insistentes de prelados católicos, que no querían sancionar con la administración de los Santos Sacramentos semejantes crímenes, contestó rotundamente el Santo Padre: “Tal cosa es contraria a las leyes naturales y divinas”.

Y en el *Acta Apostolicae Sedis*, reproducida por el *New Republic*, vino a establecerse que la eutanasia fué decidida en vista de que los hospitales se tenían que dedicar exclusivamente a los soldados heridos, y que las inyecciones mortíferas “sólo se aplican a los culpables de estar enfermos o de haber vivido demasiado sin provecho para el Reich.”

Acaso sea menor el número de víctimas de tan monstruosa doctrina hitleriana. Los ochenta y cinco mil muertos podrían, tal vez, reducirse a la mitad. Suprímense dos o tres ceros, si se quiere, a tan crecida cantidad de ajusticiados. Para el caso es lo mismo. Y el caso no es otro sino la barbarie, la manía homicida, la crueldad sin freno del criminal desaforado que domina hoy en toda la extensión continental del viejo mundo.

¡El mismo criminal desaforado que no tiene escrúpulo en atacar e insultar a los hombres representativos de otros países y de otras razas, porque cometen el delito de enfrentarse a los ejércitos de la invasión tedesca!